

Casino
de
Coyanza

Onésimo Fernández Rubio

Copyright © 2021 Onésimo Fernández Rubio

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-09-25433-0

PRÓLOGO

Decía Carl Bagan, que un libro es una prueba de que los seres humanos son capaces de hacer magia.

Pues tras “Suelta hilo a la cometa”, “La enfermedad de la vida: desde el casino de Coyanza”, “Al Atardecer: síntesis de una vida dedicada a la Psiquiatría”, de nuevo Onésimo Fernández, nos regala, con este libro, otro acto de magia.

Es en el casino de Coyanza, en Valencia de Don Juan, donde el autor hace girar la mayor parte de su relato de la misma forma donde pasó gran parte de su infancia. De igual manera que el casino contaba con salas de juego, o de baile o un lugar para tomar algo, el libro, en cada uno de sus capítulos, a modo de aquellas salas, nos hace partícipes de vivencias, sentimientos, pensamientos y, a veces, confesiones.

También nos deja perlas de su profesión, la psiquiatría, que no de su vocación, pues como dice el autor, su verdadera vocación es estar en paz. Nos acerca a aspectos de aquella desde un lenguaje fácilmente comprensible, cercano, socarrón las menos de las veces y escéptico la mayoría.

Pudiera parecer como un relato descriptivo de hechos o acontecimientos. Nada más lejos de la realidad. En cada capítulo, a la vuelta de un pequeño párrafo, el lector se puede sorprender con un pequeño tratado sobre la religión, sobre la amistad, sobre la historia, sobre el sufrimiento, sobre la vida.

Personajes como Luis Alonso, Martínez Majo, Conrado, don Rodrigo, Pacita Paramio, don León, don Natalio, “Chichines”, Policarpo, tío Minuto, Jañe, tío Miguel, Gabino, don Anastasio y su hija Tere, Marcial Junquera, don Pío, don Antonio Molleda, Domingo Morán, Ramonín, Jesúsín, Palomo, Molina, José Garrido, Lolo Palacios, José Ortego, la familia “Tirillas”, el señor Febrero, don Marcelo, Manolo Alija, y hasta un perro, Mateo ... acompañan en silencio al autor en esta excursión relatada de la vida.

Su humildad intelectual igualmente le lleva a plasmar pensamientos que otros descubrieron con anterioridad, y así es fácil tener referencias de personajes ilustres como Santa Teresa, Freud, Calderón, Epicteto, Séneca, Heidegger, Copérnico, Darwin, Serrat, Unamuno, Isabel la Católica, Tomás de Aquino, Cristóbal Colón, Tony Leblanc, Alberto Cortez, Jesús Guridi, Lord Byron, Jorge Manrique, Kant, etc.

Pero, donde más se denota la bonhomía del autor. es la forma en que desprende gota a gota, a lo largo del todo el texto, el cariño y el amor por la familia. El respeto por su padre Onésimo, la admiración por sus hermanas Paquita y Chenchita, la complicidad protectora de su hermano José Mari, y la veneración por su madre, Paca; son, junto con la felicidad compartida con sus hijos, sus nueras y sus nietos, un ejemplo de sensibilidad.

Sin duda Onésimo Fernández, esta bella persona disfrazada de escritor, utiliza de forma magistral, no sólo el acercar recuerdos del pasado a la realidad presente, sino también acercarlos a la más rabiosa y crítica actualidad, como si quisiera demostrarnos que la vida es una noria donde los cangilones giran en torno a un mismo yo.

Como escribió Miguel Delibes, las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así, y de esta forma nos las narra el autor.

Como se escucharía en el casino de Coyanza: ¡hagan juego! Como en las salas del casino, disfruten de cada una de las páginas de este libro. Sin duda, no los defraudará.

A Onésimo Fernández mi enhorabuena.
A mi tío, mi más sincero agradecimiento.

RECONOCIMIENTOS

A Anunciata Baquer Masgrau, colega y amiga, de cuyas acertadas apreciaciones y geniales ocurrencias, algunas entrecomilladas, se ha beneficiado la redacción de estas páginas.

A Ana Fernández, autora de portada y contraportada

A María Collado, autora de la maquetación.

A One-José, Santiago, Rafael y Javier, nuestros hijos y editores.

DEDICATORIA

(por orden de llegada al cielo)

A Fidenciano Franco, Cianito, el espléndido y prudente hermano que nos acompañó buena parte de la vida llegando, incluso, a echar una mano en el fragor de las fiestas del Cristo. Su generosidad y su sencillez nos acogieron en las muchas reuniones que promovió. Ni la natural discreción pudo impedir que su protagonismo se abriera paso; un protagonismo tras las bambalinas, podría decirse. Si en el cielo no se permite fumar, le imagino, a hurtadillas, con el pitillo escondido en la mano.

A Josemari, el hermano con quien pasé los días de la infancia hasta que el internado nos separó, bien que nunca dejó de estar tras de mí. De su cuidado me llegaron muchos regalos entre los que recuerdo con enorme ternura la radio galena con la que escuché los temas musicales que acompañarían las últimas noches de mi destierro. Su exquisito sentido de la ironía y la broma hacían de él inigualable narrador de las anécdotas de nuestra Valencia, en medio de la delectación de todos los hermanos. Se fue llevando trozos de historia de nuestro Casino y, con ellos, gran parte de nuestro corazón.

También para las hermanitas, Paquita y Chenchita, restos del bajel que desde nuestra querida Valencia bogan serenamente hacia el cumplimiento de su travesía que, en tanto llega, nos reúne a los tres en su cubierta, complacidos en la evocación de los recuerdos de nuestro entrañable Casino, a la espera de encontrar, a la llegada, pañuelos al aire, a nuestros queridos padres y a los hermanos que ya se fueron.

ÍNDICE

1 INTRODUCCIÓN	1
2 LA PSIQUIATRÍA: MI PROFESIÓN	7
3 NATURALEZA DEL SUFRIMIENTO.....	15
4 EL PASADO	41
5 EN TORNO A LO MISMO	47
6 LA HISTORIA.....	57
7 EL AMOR. LA PAREJA. LOS HIJOS	63
8 EL ANDÉN. EL ETERNO RETORNO	71
9 EPÍLOGO.....	87

1 INTRODUCCIÓN

El título de este escrito poco y mucho, a la vez, tiene que ver con su contenido que quiere ser una síntesis del pensamiento gestado a lo largo de los días de mi vida, desde la circunstancia de mi nacimiento que tuvo lugar en el Casino de Valencia de Don Juan lugar donde se pudiera haber despertado la curiosidad por el sentido de algunos de los comportamientos, aparentemente carentes de sentido, de cuantos clientes acudían regularmente y, por ende, de los propios. Tiene la intención de ser un documento descriptivo en el que no tiene cabida juicio alguno, simplemente queda cumplido con la narración de las cosas tal como fueron vividas por mí, no como debieran haber sido porque, si de esto último se tratara, hablaríamos de un paraíso, en el que no habría sed ni hambre ni obligación alguna. Esta narración nada tiene que ver con la crítica, la alabanza o la justificación.

Unido a los queridos hermanos, quiere ser también un sencillo homenaje para nuestro querido Casino, ubicado en la calle Isaac García de Quirós, también conocida como calle Mayor, de la preciosa población de Valencia de Don Juan, orgullosamente erguida sobre las orillas del río Esla, que ya en mi adolescencia vino a ser distinguida con el solemne título de ciudad, coincidiendo con la gestión de uno de sus grandes alcaldes, don Luis Alonso, responsable del pavimentado de sus calles, del alcantarillado y del embellecimiento con bien cuidados jardines; una extraordinaria remodelación que en los últimos años se ha visto enriquecida con la gestión de otro buen alcalde, Martínez Majo, artífice del trazado de idílicos paseos a cobijo de los muros de nuestro soberbio castillo y lindantes con las aguas del que, hasta la construcción de la presa de Vegamián, fuera impetuoso río Esla que, en sus enormes y alarmantes crecidas, anegaba grandes extensiones de su fértil vega.

Mi infancia discurrió en tiempos de posguerra, en plena dictadura del general Franco, personaje hoy denostado por la opinión, no sé si generalizada, pero jaleada por la casi totalidad de los medios de comunicación al punto de que el último mediocre dirigente, en su afán por reescribir la historia, no cesó hasta conseguir su exhumación, siendo hoy la fecha en que la turba política está dispuesta a promover una ley que penalice cualquier comentario favorable a la dictadura, asunto esperpéntico porque los hechos históricos, por definición, pertenecen al pasado y, por tanto, son inamovibles por lo que cualquier crítica sobre ellos es puro ejercicio de banalidad. No obstante, creo que esa circunstancia no pudo dejar en mi daño alguno ya que tuve la fortuna de nacer en el seno de una familia de padres trabajadores y amantes de los hijos, en un clima exento de tensiones ajenas a las impuestas por las exigentes condiciones de la vida. Por lo demás, nada me impidió observar de cerca los movimientos de una comunidad que bastante hacía con enfrentarse diariamente a la escasez de medios.

Quisiera poseer atinada capacidad descriptiva e imaginación suficiente como para engalanar el pequeño comentario sobre nuestra querida ciudad, aunque soy consciente de que la actividad del escritor requiere un mínimo de fantasía que no poseo, pero en mi descargo diré que, en la escasa parte en la que pudiera ser considerado autor de estas líneas, no me considero escritor. En mí, esa “loca de la casa” como, al parecer, así llamara Santa Teresa a la imaginación, ha estado fuertemente atada a los hechos cotidianos, al aquí y al ahora, invadiéndome una desagradable desazón cada vez que mi mente trataba de despegarse de la tierra, siquiera fuera un palmo. Nada de princesas por rescatar ni “entuetos por deshacer”, los héroes han sido, ya desde la niñez, figuras incoherentes y estrafalarias, sin otro encargo que, al igual que los cohetes de las ferias, servir de paréntesis en la tediosa rutina cotidiana y crear una fugaz ilusión para, enseguida, caer en el desvanecimiento, porque - así me preguntaba- y después, ¿qué? Cuando, en las películas del oeste, contemplaba al “bueno”, erguido sobre su caballo perderse en el horizonte de un zigzagueante camino, solitario e impertérito, renunciando al aplauso de los “menos malos”, una vez la justicia quedaba restablecida, no recuerdo experimentar emoción alguna porque ya para entonces reflexionaba para mis adentros ¿y para qué tanto jaleo? De siempre un desmedido pragmatismo o escepticismo, quien sabe, se ha antepuesto a todos los posibles devaneos de mi mente impidiéndome, incluso, cualquier disfrute estético, como cuando asistía a la proyección de vistosas películas rodadas en espléndidos salones palaciegos, pues al poco me asaltaba la preocupación por quienes tuvieran que devolver a su estado inicial el desorden desatado por todo el desenfrenado jolgorio. Ese mismo miramiento impedía unirme al entusiasmo experimentado por los participantes de las grandes juergas rusas que indefectiblemente culminaban en el estallido de las copas contra el suelo

“¡qué inútil destrozo!”, así pensaba para mí.

Los años del Casino favorecieron la reflexión sobre las, a veces, destempladas e inesperadas reacciones de los parroquianos, labor por otra parte sencilla pues a la observación directa me llegaban datos personales y familiares procedentes de fuentes diversas, generalmente indiscreciones facilitadas por el consumo de alcohol, de forma que ya desde mi temprana edad dejé de haber reacciones carentes de sentido. Pronto, los aspectos biográficos de cuantos autores llamaron mi atención, generalmente oculta detrás de las ideas pregonadas, me interesaron tanto o más que éstas. Hoy, que al parecer, como siempre, tan en boga está la reverencia por la naturaleza, me llenó de perplejidad saber que Rousseau, el gran defensor del retorno a ella, enviaba a sus hijos a la inclusa, conforme iban abriendo sus ojos a la luz. Por esta razón, por la importancia que desde el inicio de mi vida adquirió lo acontecido en la trastienda del pasado, es por lo que ofrezco algunas pinceladas del mío ya que, sin ellas, las ideas que pudiera exponer carecerían de la coherencia propia de las deducciones lógicas para pasar a ser arbitrarias afirmaciones carentes de fundamento. También, la falsedad de esa añoranza por la vuelta a la naturaleza se pone de manifiesto en las atractivas series sobre la vida salvaje de Alaska en las que sus protagonistas viven rodeados de barcos, tractores, excavadoras, frigoríficos, rifles y todos los medios de la sociedad urbana, con lo que estos aparentes salvajes acaban inmersos en todas las comodidades y bienes que con tanto empeño simulan denostar, de forma que el desdén por el confort más parece el disfraz para la representación teatral que, una vez finalizada la función, queda colgado en el perchero a la espera del siguiente destino.

En los momentos en los que esto escribo me hallo en Perth, en Australia, y en sus calurosas mañanas de Enero gusto de oír repetidamente una bellísima balada irlandesa que habla de la melancolía de quien, lejos de su añorado Carrickfergus, evoca los días pasados. Es un canto lleno de nostalgia que inevitablemente trae imágenes de mi primera separación de casa; recuerdos siempre latentes a la espera de invadir mi pensamiento y en los que contemplo, desde la ventanilla del ridículo tren Secundario de Castilla, cómo van desapareciendo las tenues lucecillas de mi amado pueblo, aún envuelto en la penumbra, cercano ya al amanecer. Después, el transbordo a un tren más adulto en el que atravesaba la llanura de tierra de campos hasta llegar al lugar del destierro. Como en la mencionada canción, suspiraba por estar en mi Valencia y, al igual que en ella, lamentaba no tener alas para atravesar de vuelta los que, para mis ojos de niño, eran infinitos espacios que se interponían a mis ardientes deseos de regreso. Y así, ya en el internado, en medio de interminables sollozos y escrupulosas tachaduras de fechas del calendario, contando los días que tan perezosamente se sucedían y que me

separaban del edén perdido, es como dio comienzo el desgarrador capítulo de mis “noches blancas”.

Hoy, que ya todo ha quedado atrás, de forma inesperada, como si de una perversa tentación se tratara, aún me veo sobrecogido por la escena de ese niño mirando con los ojos vidriosos al través de la ventana sin ver -ni querer ver-, nada en concreto, en tanto la llovizna y el vaho expelido por la respiración empañaba los cristales, esperando únicamente que se obrara el milagro de estar viviendo una pesadilla y que al despertar de ella permaneciera en los brazos de mamá, deseando que ella, no pudiendo soportar nuestra separación, pospusiera mi partida, un día tras otro, escondiéndome entre su regazo y las ropas de la cama, suplicando al presunto inspector: “dejémosle un poco más, ¡es tan niño todavía..!” En fin, de esta forma comenzó el recorrido de mi camino, similar al que, años más tarde, identificara en la novela de don Miguel Delibes, embargado por la desesperanza de que, como sucediera al indiano Juan, el desafortunado héroe de la zarzuela Los Gavilanes, nada de cuanto dejaba atrás hallaría, a mi retorno; me sucedería igual lo mismo que al infortunado emigrante de la canción Maitechu Mía.

Como suele suceder en la vida en la que ninguna experiencia es del todo negativa, dejaré a un lado la triste balada de Carrickfergus para centrarme en la descripción de las ideas que el recorrido a través de tan tortuoso sendero me iba a deparar, bien que siempre vistas a través de la asombrada mirada de aquel niño a quien la vida se le presentó de forma tan abrupta, tal vez como a todos. Así, la idea del retorno vino a ser pieza fundamental en mi particular sentido de la existencia, idea que, por otra parte, en modo alguno es original.

Cuantas reflexiones queden aquí expuestas no tienen más objetivo que el de la expresión, por lo que no espero de ellas ninguna consecuencia ni que, mucho menos, pasen a la posteridad porque, por fortuna, de ninguna de ambas aspiraciones soy rehén; la innata arrogancia se ha venido esfumando a la par que la vejez se va apropiando del terreno. Igualmente, faltaría a la verdad si dijera que lo que voy a exponer lo hago solamente para mi propio consumo como, con cínica impudicia, hacían alarde los autores del llamado cine de arte y ensayo en sus habitualmente soporíferas producciones, no. Me halagaría ser leído ¡claro que sí!, la zanahoria de la vanidad, con que la vida nos incita a seguir el sendero, ha dejado de atraer mi interés, aunque no por ello pueda asegurar que se haya extinguido completamente, pues de toda aquella pasión aún se resiste a perecer el exiguo rescoldo restante.

Finalmente, y en tanto me doy cuenta, hablo en plural ya que, junto a mis queridos padres y mis no menos amados hermanos, formo parte de una misma voz que procede de los recovecos de nuestro añorado Casino, de aquel salón en el que, a veces, sonaba la orquestina de don Rodrigo al violín y de Pacita Paramio al piano por quien recuerdo haber pedido, en mi primera comunión, que me esperara, que no creciera más para así poder casarme con ella. Mas, como el tiempo no se para, el niño siguió siendo niño, sus ocurrencias cambiaron y la admirada pianista, y apuesta amazona, contrajo matrimonio con la bellísima persona de Celso del Río.

Casino de Coyanza

2 LA PSIQUIATRÍA: MI PROFESIÓN

Bueno, en verdad el ejercicio de la Psiquiatría ha sido mi segunda ocupación, porque la primera fue otra no muy alejada: la de barman, porque fue tras el mostrador del Casino el lugar donde se despertó el interés por la segunda que, si bien se mira, ambas confluyen en lo referente a la atención de quien te solicita algo.

De siempre he aborrecido las comparaciones, bien sea porque esconden, agazapadas, sentencias morales que finalmente dividen a las personas en grupos de mejores y peores, por lo que he abrazado sin esfuerzo la convicción de que cada cual representa, en su caprichoso reparto, el papel asignado en el guión de la vida. En mi caso, mal estudiante, encontré una apertura casual por la que acceder a la carrera de medicina y, dado que lo único que de ella me podía interesar era la Psiquiatría, hacia ella fueron reclamados mis titubeantes pasos hasta que, al cabo de unos tortuosos años, me llegó la licenciatura y con ella el comienzo del ejercicio profesional que ocuparía el resto de mi vida.

A lo largo de estos años, he sido testigo de los profundos cambios experimentados en esta especialidad médica, tanto en su concepción como en su desempeño práctico. En mis comienzos, todo se fundamentaba en una proposición simple e incontestable: había alguien que, estando “enfermo”, debía ser “curado”. Un sencillo planteamiento que servía de sólida plataforma para el ejercicio de esta actividad. Y en este marco dieron comienzo mis primeros pasos en la profesión. No podría hablar de vocación porque, como creo bien se deduce de lo anterior, no podría hablar de una temprana inclinación hacia ningún lugar que no fuera otro que el de estar en paz.

El paso de los días, sin embargo, vino a horadar tan sólidas bases y a

cuestionar los que a la larga se demostrarían inestables cimientos. Conforme pasaban los días, aumentaban mis recelos hacia la especialidad clásicamente entendida, basada en prescripción de fármacos y, sobre todo, en la esperanza puesta en que un día habría de aparecer un milagroso comprimido capaz de resolver lo que se consideraba un extravío del metabolismo cerebral. En este contexto, vinieron a ocupar el primer plano de los congresos las sinapsis neuronales y los misteriosos productos intervinientes en la transmisión nerviosa. Pronto la adrenalina, dopamina, serotonina y un sinfín de sustancias, se erigieron en supuestos gobernantes de los estados mentales y de sus conductas correspondientes sin que esa endeble explicación llegara a satisfacer mi razón con la misma contundencia y claridad que lo habían hecho mis observaciones en el Casino, una vez añadidas al comportamiento visible las escondidas condiciones personales y familiares que completaban la fidedigna realidad de las personas y sus vidas.

Tampoco el paso por la cátedra del, por entonces, un muy renombrado pope de la psiquiatra contribuyó a menguar mi natural escepticismo, sino que, por el contrario, acrecentó la sospecha de que, por encima de todo, más allá de las creencias, las ideas y de la mal entendida ciencia, estaban las necesidades, materiales y espirituales reclamando una atención, lo que a la altura de mis días de hoy me parece en extremo entendible.

Menos mal que mi principal ocupación tuvo lugar en una clínica modélica en la que la escucha y la palabra eran los fármacos casi únicos. Fue “Peña Retama”, lo que por entonces se conocía como comunidad terapéutica, cuyo fundador afianzó en mí las incipientes convicciones que ya arrastraba de mi querida Valencia.

Paralelamente a todos estos acontecimientos hizo su aparición un ruidoso movimiento que tomó por nombre la “Anti Psiquiatría”, cuyo bagaje doctrinal en definitiva era tan simple como la pataleta de los niños que no consiguen que el mundo se doblegue a sus ansias de dominio, actitud comparable a la pretensión de los actuales representantes políticos a quienes no critico pues es ley de vida que obliga a todos a seguir la ruta hacia la supervivencia en la que se aprende que comporta menos complicaciones la demolición que la planificada edificación, la protesta que la callada contribución.

Cierto es que las tempranas vivencias hicieron que la disposición para el ejercicio de la especialidad distara mucho de ser común porque, ya de niño, se había instalado en mí una silenciosa rebeldía a todas las prédicas, bien que vinieran de los púlpitos que de las cátedras a las que, muy a menudo, encontraba inconsistentes y falaces; una rebeldía gestada seguramente en las

frecuentes comparaciones de que los niños éramos objeto por aquel entonces. Guardo un grato recuerdo de los maestros de escuela, de don León, de su sencillez, dedicación y tenacidad, actitudes bien distantes de la mayoría de los profesores de la facultad, quienes, subidos en el estrado, quizá para mejor destacar su autoridad por si los temores al suspenso no fueran suficiente protección, apoyaban sus enseñanzas en la prestada autoridad de cátedra, sin apoyo argumental lógico alguno. Todos estos acontecimientos y cambios fueron vividos por mí con el mismo desinterés con que la persona que, por compromiso, se ve forzada a escuchar un relato ya oído. Y así, sucedió que pronto la bata blanca y la mesa del despacho, objetos interpuestos entre psiquiatra y cliente, comenzaron a ser prendas chirriantes, testigos de una artificial separación entre los dos intervinientes en la consulta, siendo ambos pertenecientes al género humano y personas, por consiguiente.

Paralelamente a este proceso, se vino produciendo no solamente un cambio en el escenario de la consulta sino en la correspondiente depuración terminológica de la que ya dejé constancia en mi primera publicación: “La Enfermedad de la Vida” y que no es necesario repetir, ni tampoco redundar en las observaciones sobre las falacias que pueden ocultarse tras el ostentoso, -“ostentóreo” que hubiera dicho don Jesús Gil- envoltorio de “lo científico”, así como las trampas que la utilización de este temerario vocablo pueden ocultar.

Aunque los límites definitorios de “lo científico” son inconcretos, se puede aceptar como científico toda actividad mental que relacionan efectos observables con sus posibles causas. No es, por tanto, necesario acudir a este calificativo siempre que se pretenda fortalecer un argumento. Ejemplo sencillo de ello lo tenemos en los hechos fortuitos que llevaron al descubrimiento de la vacuna. Era de frecuente observación que los trabajadores de granjas en contacto con las vacas lecheras no contraían la enfermedad de la viruela, hecho por el que Jenner, médico inglés, intuyó que estas personas habían tenido contacto con el virus de la viruela bovina, aunque con una cepa menos agresiva que la del virus de la viruela y así fue como ideó la vacuna. Las dotes de observación de Jenner, apoyadas en experiencias anteriores, le permitió poner en relación unos efectos con sus causas. No obstante, se tiene noticia de que la “variolización”, inoculación del virus de la viruela, ya se practicaba en Constantinopla, dato este que no hace más que evidenciar la realidad de que tras cualquier descubrimiento hay siempre unos precedentes y que, si bien es un nombre el que al final figura como autor, lo es por la imposibilidad de mencionar todos los precedentes que harían la exposición algo interminable.

Llegados a este punto, es de justicia mencionar a Sigmund Freud como el innovador revolucionario e iniciador del movimiento psicoanalítico encaminado al natural entendimiento de la persona con independencia de los adjetivos que las variadas formas de “estar” fueran objeto. Su contribución, basada en el entendimiento, no solamente modificó la atención a los padecimientos espirituales, sino que, a la par, acercó el saber a una explicación racional de las aparentemente distintas formas en las que se expresan las actitudes humanas, hasta su llegada tenidas por enigmáticas, cuando no producto del retorcimiento de voluntades perversas o posesiones demoníacas. Además, su legado ha contribuido, y aún lo sigue haciendo, a ensanchar los campos de la Ética y la Moral, al punto de que, a través de sus aportaciones, estamos en condiciones de poder considerar a todos los seres como compañeros en la nada comfortable aventura de la vida.

En este peregrinar me he visto en la obligación de escuchar un sinnúmero de banalidades y sandeces que en esto, la Psiquiatría tanto como la Psicología, son terrenos propicios a la osadía y la estulticia y que, además, en la actualidad se ven falazmente favorecidas por los avances informáticos capaces de manejar velozmente unos datos, no importa si ciertos o falsos, hasta plasmarlos en sugestivas tablas estadísticas, contraviniendo el principio, ya aprendido en la escuela de villa, de la imposibilidad de sumar productos de distinta especie, ni mezclar churras con merinas. Pero así son las cosas. Tal vez mi aproximación esté excesivamente impregnada de un criticismo y seriedad que ni siquiera la vida reclama.

El caso es que tras un fugaz contacto con la Psiquiatría clásica, me vi en una clínica en la que los fármacos eran sustituidos por la palabra y los tecnicismos por conocimiento, que era la especialidad a la que verdaderamente quería dedicarme, lo que no implica desdén alguno para la actuación eminentemente farmacológica que ocasionalmente he practicado; y tampoco se rajan mis vestiduras por reconocer haber aplicado algunos electrochoques, que en esto la vida nos pone frente a circunstancias tan críticas como la atención a personas al borde de un inminente e inevitable suicidio sin otra posibilidad de aplazamiento que la que pudiera proporcionar la colosal conmoción de una descarga eléctrica capaz de retirar o aplazar del pensamiento presente la idea que conduce a tan trágico desenlace. Y es que entre lo que uno quiere y lo que la vida impone puede haber una brecha insalvable. En cualquier caso, vivía tiempos en los que en los tratados de Psiquiatría aún figuraba la homosexualidad como enfermedad. Pero ya se me hacía incomprensible la idea de que un comprimido pudiera aportar lo que la sucesión de las jornadas de la vida no hubiese traído consigo; algo parecido a la extrañeza que experimentaría el agricultor que a la llegada del verano encontrara sus tierras llenas de espigas sin haber sembrado. Repugnaba a mi

razón que los “enfermos” fueran de naturaleza distinta a la mía, ya que la convivencia en estrecha proximidad con los residentes de “Peña Retama” hacía que con frecuencia envidiara en ellos tantos y tantos rasgos, algunos llenos de genialidad, otros llenos de infantil ingenuidad, la misma que se guarda escondida por aquello del qué dirán, pero ninguno que me fuera tan ajeno y extraño en el que no me pudiera reconocer. Quizá por ello el poeta habló de la locura (término siempre inadecuado), como de la máscara tras la que se oculta la persona.

Contrariamente a lo que pudieran haber animado mis primeras pretensiones, el paso de los días me situaron ante una realidad, desalentadora en principio, pero llena de posibilidades después, y fue el descubrimiento de que la Psiquiatría no tiene por ocupación “curar”, como tampoco las ciencias económicas tienen por misión librar de la pobreza a la humanidad ni las plegarias aplacar los arrebatos de los irascibles dioses y que, como los demás quehaceres, son formas de ocupar el tiempo, de deslizarse empujados por el ventarrón de la vida. En la niñez se quiere ser torero, as de fútbol, o rutilante estrella de cine, no por el aprendizaje que pudiera comportar sino por la notoriedad que ante los demás se pudiera alcanzar, porque finalmente cualquier inclinación está movida por el natural deseo de ser querido. Así, el paso por la especialidad médica, a la que me iba a dedicar, comenzó con la insolente pretensión de que mi habilidad sorprendiera a propios y extraños, al lograr eliminar de un soplo las indeseadas manifestaciones que condujeran a los clientes al consultorio, mas no como consecuencia de la serena reflexión. Fue debido a este engrimiento que las tempranas decepciones vinieran a ser el justo pago a tanta osadía. Sin embargo, algún vestigio del Casino debía permanecer en mí como para entender que las cosas habían de tener un sentido, como lo habían tenido en el pasado mundo de Valencia, de forma que, aunque la desairada vanidad hubiera ejercido algún efecto, algo me alentaba a buscar el sentido que con tanta facilidad se me había ofrecido en el los años del Casino, por lo que, como a la fuerza ahorcan, la vida no tuvo mejor reparación que hacer que a la inmodestia sucediera la aceptación de que todo cuanto sucede a la persona había de tener un sentido más inteligible que el académico y más apegado a los hechos de la vida ordinaria. Así fue como, la conformidad sustituyó al desengaño, la serenidad a la impaciencia y el goce de la observación al aturdimiento.

Esta mi nueva posición hizo posible que la atención fuera acomodada a su justo destino, alejado de la vanidad y dispuesta para el verdadero objetivo de la disciplina: el cliente y el motivo que le traía al consultorio, de modo que los tropiezos iniciales se tornaron en fructíferas reflexiones acerca de todo aquello que constituía la consulta. Y fue así como nació la primera publicación “La Enfermedad de la Vida” y, tras ella, una segunda “Al

Atardecer”, que me brindaron la oportunidad de plasmar la experiencia acumulada y de la que se vuelve a interesar la presente publicación.

El motivo por el que la persona acude a la consulta suele ser en apariencia tan diverso que su descripción sería una labor tan interminable como inútil, como evidencia la publicación de las sucesivas ediciones de los llamados manuales diagnósticos, cuyo número de páginas no cesan de aumentar, en el vano intento de acoger todas las situaciones posibles adjudicándolas un código para así poder establecer comparaciones, sumar, restar, promediar, distribuir por edades, sexos, provincias y naciones, persiguiendo el sueño de lograr la objetividad en lo que es incomparable y único: la persona. Un tan esforzado desatino que, buscando el entendimiento y el respeto del resto de especialidades médicas, desemboca en la mera agitación. Total, que pretendiendo la misma objetividad que las ciencias empíricas, se concluye en la engañosa obtención de datos con los que elaborar informes, preferentemente destinados a la obtención de beneficios laborales, cuando no a la confección de documentos que añadir a las pruebas periciales en los tribunales de justicia y todo ello a costa de pervertir el propósito de la Psiquiatría intentando reducir la persona a un guarismo. En suma, que con la disculpa de buscar el entendimiento se cae en la confusión ya que la persona no es divisible, salvo para estudios anatómicos, por lo que toda tentativa de socializarla bien pudiera ser bautizada como una mecanización del psiquismo, una verdadera aberración. Quien, con alguna capacidad crítica, se acercare a la lectura de los mencionados manuales diagnósticos poco tardará en preguntarse sobre la finalidad de tan prolijas descripciones si de antemano se puede intuir su inutilidad o ¿es, acaso, un intento de llevar la corriente socializante hasta sus últimas consecuencias?

Salvo excepciones, como las ocurridas en una cierta localidad para la conmemoración de un evento, se pide un punto de coherencia a las acciones: que los animales de tiro vayan delante del carro y no detrás; que se escriban la carta antes de echarlas al correo; que el puente sirva para unir dos orillas a fin de que pueda ser atravesado un espacio insalvable, para cuyo fin todo cuanto se precisa es un acertado diseño, adecuada elección de materiales y el cuidadoso cálculo de su resistencia y no como aconteció en la capital aragonesa en la que se levantó un puente para alojar un pabellón, la construcción de una torre para albergar una gota de agua o el alzamiento de un teleférico para ningún destino. El mismo sentido común reclama el entendimiento de la persona de no ser que el furor socializante obnuble las mentes.

Sea lo que fuere, las manifestaciones de quien acude a la consulta conforman lo que entendemos por el síntoma que, en sí mismo, no es sino el equivalente al humo respecto del fuego, el sudor consecuente al acaloramiento, algo que no es causa sino consecuencia, aspecto este importante porque al inicio de la profesión era lo primero en tratar de combatir hasta que a fuerza de decepciones, como le sucedería al bombero obstinado en dirigir el chorro de agua hacia el humo, se impuso la realidad de que lo más trascendente estaba más allá de la apariencia, que los síntomas no son más que las manifestaciones de un acontecer soterrado, de un sufrimiento espiritual o psíquico y, al cabo, una señal de la intemperante existencia.

Casino de Coyanza

3 NATURALEZA DEL SUFRIMIENTO

De modo que la especialidad psiquiátrica tiene por cometido la atención a los sufrimientos espirituales, a las impropriamente llamadas enfermedades mentales, habitualmente consideradas alteraciones, bien de la conducta, bien del pensamiento o de la razón. Sea como fuere, se ocupa de una forma de sufrimiento diferente del ocasionado por un daño físico. Es un dolor que se presenta inconexo de sus posibles causas y cuya permanencia suele abarcar toda la vida, si bien manifestándose de diversas formas. Se puede soportar el pinchazo de una zarzamora retirando la mano y esperando a que el dolor se calme y pronto desvanezca ya que el incidente es fugaz, pero el mal al que me refiero camina con la persona y la acompaña do quiera que ella vaya, como una sombra siniestra.

¿Quién a lo largo de sus días no se ha preguntado alguna vez, o muchas, por el sentido del recorrido por la escabrosa senda de la vida, por la razón de los actos que ocupan las azarosas jornadas o de qué sustancia están hechas las penas, las zozobras y las inagotables pesadumbres que acompañan la sucesión de los días? Aparte del azar, ¿hay alguna otra ley que gobierne el destino de la persona? Todos estos interrogantes, se quiera que no, revolotean incesantes en las mentes, como abejaorros zumbones, sin que su insistencia conduzca a respuesta alguna, aparte del conocimiento de que la excursión de la vida está enmarcada por dos fechas, conocida y segura la una e imprevisible la otra; nacimiento y muerte, principio y fin. Aun así, la persona no renuncia a la creencia de tener algún protagonismo en esta representación teatral, como así calificara a la vida nuestro excelso Calderón.

El sufrimiento espiritual, al que se hace aquí referencia, es tan antiguo como la propia humanidad y el fundamento de esta aseveración resultaría obvio si imaginamos en qué condiciones hubo de discurrir la vida de nuestros antepasados, de los primeros moradores del planeta, de aquellos desvalidos pobladores, acosados por el hambre y la intemperie, indefensos ante los cataclismos, en competencia con las fieras y en continuo riesgo de perecer. Así se explica que en ellos, arrinconados por la impotencia y las abrumadoras fuerzas de la naturaleza, “se instalara” la idea de que seres de un poder omnímodo gobernarán a su antojo el caos reinante. De esta forma nacerían la retahíla de dioses que pueblan los tratados de historia, sus mitologías y leyendas, tantos como necesidades a cubrir, tales como los dioses de las cosechas, de las enfermedades, de la caza, de la fertilidad, de la sabiduría, del sol, del rayo, etc.

El obligado paso siguiente sería el de discurrir la forma de esquivar su enojo y atraer su benevolencia, lo que intentarían lograr mediante ofrendas y plegarias, llegando incluso en esta forzada sumisión, a la inmólación de propios congéneres. Los insoportables sentimientos de insignificancia e indefensión precipitarían al hombre al establecimiento de alianzas con sus pretendidos valedores a los que había que rendir pleitesía. Esta forma, un tanto esquemática, explicaría el nacimiento de la conciencia religiosa. Y con este sencillo bosquejo ya tendríamos a la persona situada en pleno conflicto entre el deber y el placer, entre lo que puede y lo que quiere, entre la obligación y el deseo, junto con los equilibrios que ha de hacer para, sin renunciar completamente al logro de los anhelos, no perder el favor de las deidades. El pasaje bíblico del sacrificio de Isaac, que relata el episodio en el que Jehová pone a prueba la sumisión de Abraham, ejemplifica este comentario a la vez que pone de manifiesto que la ansiada protección no iba a ser gratuita.

El conflicto así suscitado entre el desamparo y la búsqueda de protección, pudiera explicar el nacimiento de las religiones, esparcidas por todas las culturas por aquello de que, si al adversario no te puedes enfrentar, la prudencia aconsejaría amigarte a él. En esencia, todos los entramados religiosos descansan sobre estas sencillas consideraciones: unos poderes omnímodos y unas criaturas desvalidas, suplicando el amparo mediante ofrendas y preces junto con el seguimiento de obsesivas liturgias, cada vez más complejas y precisas. De esta misma realidad subsisten muchas de las bellísimas y sobrecogedoras composiciones musicales de la liturgia sacra llenas de serenidad, resignación, reproche y dolor, como el “O Vos Omnes”, el “Dies Irae”, los cánticos gregorianos de la religión católica o el “Avinu Malkeinu” de la cultura hebrea; retahíla de contriciones, súplicas y ofrendas con las que aplacar la rabiosa e insaciable cólera de las despóticas deidades,

nunca satisfechas con el comportamiento de sus indigentes criaturas. Solo faltaba un dato que explicara con alguna coherencia al porqué de la tan impar relación entre los dioses y los hombres y a este destino debió obedecer la gestación del pecado original, para conferir mayor justificación a tan desproporcionado trato y poder así dar por cerrado el círculo.

Pero como ni aun así las cuentas podían quedar cuadradas dado que, debido a la tan humillante desproporción, la persona no se resigna al papel de comparsa, del empeño por no caer en el anonimato, es decir, de la transacción entre las fuerzas que propenden a la búsqueda de la satisfacción y las que alientan su prohibición, surgen los síntomas del sufrimiento espiritual, conflicto universalmente compartido, aunque en cuantía variable, en cuyo estudio se puede llegar al conocimiento del origen y la proporción en la que estos dos contendientes participan en la contienda y de la que se deduce la generación del síntoma. Porque, cuando la censura es tan agobiante que apenas permite un mínimo de satisfacción, el psiquismo busca un cierto alivio en la formación de manifestaciones distorsionadas que, a fin de cuentas, son los síntomas objeto de las consultas.

En la formación de los síntomas, como digo, intervienen los que conocemos como mecanismos defensivos que, de naturaleza inconsciente, están destinados a evitar que la persona perezca en tan desigual lid, tales como la negación y la evasión de la inaceptable realidad, origen de la formación de los delirios y otras manifestaciones más comunes como las obsesiones y las fobias. Estas defensas psicológicas solo excepcionalmente logran el objetivo de implantar la paz interna de ahí que, desgraciadamente, pocas personas tengan la fortuna de una existencia sosegada, porque aún las que disfrutan de ese privilegio lo hacen tras lapsos de turbulentas acometidas de la conciencia que tienen por coste la renuncia a los sueños y la mansa conformidad con las migajas que la vida se digne conceder.

Aparte de los citados mecanismos psíquicos, la religión ha sido la dársena donde todas las civilizaciones han buscado cobijo en la tormentosa travesía de la vida. En el hecho de que en los despoblados seminarios ya no habiten quienes solían, que han quedado desiertos o transformados en paradores, hospederías o ayuntamientos, se puede advertir el drástico viraje de la sociedad que no ha mucho entregaba miembros de sus prolíficas y humildes familias. A la par que las creencias ancestrales van perdiendo la firme adhesión de los días pasados, la medicina va progresivamente ocupando su lugar en un proceso favorecido por una mayor tolerancia a las críticas de las creencias religiosas que así se manifiestan con mayor atrevimiento, libres de las amenazas inquisitoriales y excomuniones. Hoy ya no resulta fácil aceptar las ingenuas tradiciones que hablan del edén. en los albores de la creación y

que, sin mediar explicación alguna que justificara la razón por la que se quiso someter a la prueba de la manzana prohibida a nuestra primera inquilina, a sabiendas de antemano que su insaciable curiosidad, imposible de ser apaciguada, por razones obvias, en las visitas a las grandes superficies, tuvo como catastrófico resultado su expulsión, junto con su pareja (que ya por entonces dio muestras de un carácter complaciente), al valle de lágrimas, arrastrando tras de ellos a toda la humanidad; una pobre justificación para el hecho de que, desde entonces, deambulemos por este piélagos, condenados a lidiar con el deseo, el arrepentimiento y la culpabilidad. En esta circunstancia es lícito reconocer que el consentimiento de Adán no es un buen precedente para el afianzamiento del feminismo feroz que actualmente invade a nuestra pobre península.

El resultado es que, a la altura de los tiempos presentes, pocas personas, si alguna, conservan la esperanza de alcanzar una vida feliz y no será porque a lo largo de la historia los más distinguidos representantes del pensamiento hayan desatendido el tema y ofrecido infalibles recetas para su logro. Mas, como para el propósito de estas páginas la detallada descripción de todos los precedentes históricos sería, además de prolija, inútil, como estériles son los consejos, escogeré a uno que se distinga particularmente por sus desvelos en la búsqueda de la felicidad; me refiero a Epícteto, filósofo griego del siglo primero, seguidor de la escuela estoica, para quien acertadamente el bienestar y la paz interna son una única y misma cosa. Este pensador, autor del “Arte de Vivir”, distingue dos factores causantes del sufrimiento humano: de un lado, los procedentes del exterior, como sería la irrupción de un terremoto cuyos efectos no pueden ser previstos y que una vez desatados son de muy difícil gobierno y de otro, los que tienen su origen en el interior de la persona, sobre los cuales ingenuamente el citado autor supone que la persona puede ejercer algún arbitrio. Este autor, finalmente, ¡cómo no!, tras algunas disquisiciones, acaba concluyendo que la anhelada paz se alcanzaría mediante el dominio de los deseos, con lo que, así planteadas las cosas, el advenimiento al estado de felicidad sería el resultado de un prolongado esfuerzo precursor, del empleo de la “voluntad”, conclusión que nuevamente nos remite a los inicios bíblicos del “ganarás el pan con el sudor de tu frente”, haciendo descansar todo el edificio ideológico sobre la certeza de que la “voluntad”, puede conducir los comportamientos humanos hacia el bienestar lo que, de ser así, ¿cómo explicar las desquiciadas conductas que tantos infortunios comportan a sus presuntos autores?

Este autor, uno entre una multitud, que finalmente concluyen en el desatino de afirmar que la paz interior está en manos de la persona, sirve de pretexto para la reflexión acerca del tan manoseado tema de la voluntad, a la vez que me traslada a los tiempos de mis comienzos profesionales en los que, creyendo en su existencia y no distinguiendo entre las necesidades del cliente de las mías, la relación concluía inevitablemente en el desencanto de ambos.

El mero hecho de hablar de la voluntad implica la afirmación de su propia existencia lo que, ya de entrada, conduce a un callejón sin salida. Además, es imposible abordar el tema de la existencia de la voluntad comenzando por su definición, porque ¿cómo definir algo cuya existencia está en entredicho? Mejor sería abordar el tema por otra ruta que bien pudiera ser la de prestar atención al sinnúmero de reproches o alabanzas con los que su hipotética abundancia, o escasez, se adjudica a la persona, por esta o aquella condición.

Por ahora, baste con el comentario de que la creencia generalizada da por hecho que la voluntad está repartida en mayor o menor proporción en todas las personas, calificando la Psiquiatría los estados en los que escasea, o está ausente, con el nada benevolente calificativo de abulia. Aunque, en esta competición de sustantivos grotescos, toma el liderazgo la Psicología al bautizar los estados en los que la persona aplaza la realización de tareas ingratas con difícil vocablo de “procrastinación”, como si el rechazo a los deberes enojosos fuera privativo de unos cuantos. Pero, lo que aún es más grave, para cuya “curación”, como si de un maleficio se tratara, propone, en la misma línea de despropósitos, un temprano contacto con la frustración para así avivar los manantiales de la misteriosa voluntad, como si la vida se fuera a olvidar de hacerlo. En resumen, que pretendiendo alcanzar la paz, la persona ha de estar en perpetua cruzada con los deseos y las pasiones. Para este viaje pocas alforjas eran necesarias.

Parece lógico admitir que los protagonistas de nuestra irrepetible gesta del descubrimiento bautizaran con su nombre o con el de la localidad de su procedencia, cuantas tierras pisaran por vez primera. Pero que autores de tratados sobre psicología obren de igual forma proponiendo nuevos términos, como el de “resiliencia” o “asertividad” para significar lo que ya estaba sobradamente nominado en el rico vocabulario de la lengua española, no puede ser presentado como descubrimiento alguno.

Dado que la discusión acerca de la existencia de la voluntad, tema inseparable del de la libertad, el libre albedrío y el fatalismo, ha consumido a lo largo de los siglos un sinnúmero de jornadas sin nunca llegar a destino alguno, más prudente será hacerse a un lado e ir directamente a lo que es mollar; después, cada cual permanecerá en sus personales convicciones. Y para continuar, nada mejor que ceñirme a mí experiencia en el ejercicio de

la disciplina psiquiátrica y de esta forma, que entiendo es la más aséptica posible, podremos reflexionar acerca de los temas trascendentes sin tener que avanzar conclusión alguna ni imponer afirmaciones que no estén sustentadas en los abundantes ejemplos de la vida cotidiana y de cuya realidad todos tenemos noticia, en mayor o menor medida. Vamos, pues, a ello.

Cuando alguien es poseído por el invencible temor a ser infectado por los millones de microorganismos que pululan en la atmósfera, se ve inevitablemente incitado a desarrollar una complicada maraña de precauciones tendentes a evitar que sus temores se hagan realidad, tales como hervir los utensilios en el agua; limpiar meticulosamente los vegetales con lejía; lavar exhaustivamente las manos cuidando de que no entren en contacto con los pomos de las puertas o los apoyos del autobús; evitar estrechar las manos y toda un rosario de rituales, en una desenfrenada actividad que se impone al buen juicio y que se acompaña de insoportables niveles de angustia.

Ante este panorama, ¿podremos, de buena fe, creer que si esta víctima, asaltada por tan pérfido invasor, tuviera la capacidad de “entender” que sus temores tienen un origen distinto al contagioso, que esos miedos, racionalmente considerados, carecen de sensatez toda vez que el mismo riesgo corre el resto de los humanos y que todas estas reflexiones tuvieran la virtud de liberar a la persona, ¿no cesaría esta en sus agotadoras cautelas que no habrán de concluir sino en la desesperación y el agotamiento?

Que la razón no es el insobornable piloto que gobierna la nave de las personas en el caminar por la vida, es cosa fácilmente deducible de los numerosos ejemplos que nos ofrece el día a día. Especialmente elocuentes son los padecimientos obsesivos en los que fácilmente se observa a la víctima a merced de dos órdenes implacables e inconciliables, yendo de la una a la otra sin nunca lograr descanso, ni siquiera en el sueño. Hay estados en los que la persona se ve obligada a comprobar, una y otra vez, si con la basura no se habrá desprendido inadvertidamente de algún documento vital, por lo que se verá forzada a la repetición de comprobaciones sin nunca culminar en la certeza y el sosiego. En idénticas condiciones se encuentra la madre que presa de la insoluble duda de si el hijo será normal o no, se verá forzada a una perseverante observación, con continuas mediciones de su crecimiento. Así, se podrían describir otras muchas variantes, desde las clásicas obsesiones de las manos nunca limpias hasta los meticulosos pasos sin pisar raya, pasando por el escrupuloso ordenamiento de los armarios, todos ellos consumidores de interminables ceremonias que nunca logran la plena convicción y el reposo.

Intencionadamente he entrecomillado el verbo entender ya que en estos casos no es precisamente de inteligencia –otro concepto ampliamente usado sin que se sepa ciertamente su significado–, de lo que la persona adolece, no. Lo que sucede en estos estados, llenos de tormento, es algo más complejo, y más simple a la vez, que un fallo en el entendimiento racional, motivo por el que estas víctimas están condenadas a vivir con el insostenible peso de la obsesión de la que en raras ocasiones, si alguna, se verán libres. ¿No parece incoherente el hecho de que, de estar en su mano, la víctima pondría término a su viacrucis y que, por tanto, lo que se entiende por voluntad carece aquí de provecho?

Para la explicación de la dinámica de estos cuadros hay que tener en cuenta el hecho de que toda persona lleva una doble vida: de un lado, la que atiende a los intereses propios y de otro, la que como integrante del tejido social se ve en la obligación de acatar las normas de convivencia, sin que habitualmente ambas estén en armonía y confundidos sus intereses, porque lo común es que la segunda ejerza un despótico dominio sobre la primera. Alguien puede desempeñar el papel de agente de seguros, por poner un ejemplo, sin nunca perder de vista que, ante todo, es una persona y de que, si bien todo en la vida es circunstancial, su rol en la sociedad lo es en mayor grado por lo que la dedicación a su persona, aún por mucho entretenimiento que logre en el desempeño de su papel social, nunca dejará de ser solo un medio para una mejor atención de sí.

Sin embargo, hay excepciones a este comportamiento, tal y como sucedió al desventurado juez a quien la vida no permitió separar su vida personal de aquella de su representación social de forma tal que vive condenado a ser magistrado las veinticuatro horas del día y a que los procesos bajo su gobierno no vieran el final de las sentencias dictadas, sino que las argumentaciones previas al establecimiento de éstas continuaban pululando en su mente cavilosa, en interminable debate, sin nunca alcanzar la paz consiguiente a la obra finalizada. Fue en vano esperar que la llegada de la jubilación pusiera término a las vacilaciones pues éstas siguieron corroyendo su estar con aún mayor insistencia, tomando provecho de la desacostumbrada ociosidad, al punto de pedir a sus compañeros que le permitieran revisar expedientes ya archivados hasta que, sobrepasado un límite, los colegas le hubieron de prohibir el acceso a los archivos. Como triste colofón, la misma desazón que acompañó toda su existencia vino a depositarlo en una institución psiquiátrica en la que acabaron sus días. Tampoco aquí se podrá argüir falta de cordura como causante de esta atormentada vida.

Ejemplos similares los hay, por desgracia, a millares. Desde la persona

incapaz de estampar su firma hasta no soportar la cercanía de cuchillos u objetos punzantes por temor a perder el control y herir a los seres más queridos, pasando por las múltiples fobias a animales como arañas, reptiles y el revoloteo de las palomas.

Hay que notar que el sufrimiento específico que lleva a las personas a la consulta nunca tiene un origen reciente porque los daños procedentes del exterior y cuyas causas son, por tanto, fácilmente identificables, pueden producir un daño más o menos importante, pero nunca un conflicto psíquico capaz de desembocar en un cuadro obsesivo. Encontrarse implicado en un accidente masivo, como pudiera ser el choque de dos locomotoras, por poner un ejemplo, y con independencia de las consecuencias que esta tragedia pudiera acarrear, nunca es motivo de consulta psiquiátrica, ya que el Yo de la persona no siente tener implicación alguna en su desencadenamiento. El sufrimiento psíquico o espiritual, siempre está en relación con los primeros compases de la vida y, en definitiva, con el apoyo que el niño ha tenido, o carecido, para vivir sin insalvables obstáculos externos su propia aventura; una aventura que por definición se halla en las inciertas manos del destino, nunca en las expectativas de los progenitores.

No siendo, pues, la carencia de racionalidad explicación al comportamiento de los ejemplos precedentes, su entendimiento ha de llegar por otros caminos. Porque ¿cómo una persona que ha debido memorizar, metódica y ordenadamente, ingente cantidad de folios, entre otras muchas actividades intelectuales, puede ser considerada carente de juicio? Y, no siendo la irracionalidad la explicación de estos comportamientos, ¿cuál, entonces, podría ser su causa? La persona está en permanente conversación consigo misma y bien se sabe que para que este diálogo tenga lugar se precisa de la existencia de, cuando menos, dos participantes: uno de ellos que aprueba, o afea, las propuestas que el otro propone. Es por esta razón por la que no es posible aceptar que la persona se produzca como un bloque compacto, como una nave en la que siempre los remeros bogaran al unísono, con la misma fuerza y determinación en pos de un mismo objetivo. Tal vez, en lo que conocemos por censura, o conciencia moral, se halle la clave para el esclarecimiento de estos enigmas.

Antes de continuar, puede ser de utilidad el recuerdo de las tres instancias con las que Freud describió los componentes de la estructura psíquica: Yo, Ello y Superego que, en un símil marinero, corresponderían: el primero, al timonel que persigue marcar el rumbo de navegación de la nave; el segundo, con la tendencia de la nave a dejarse llevar por el oleaje y el viento y el tercero representaría a las exigentes precauciones a tomar ante los peligros de las tempestades y los riesgos del naufragio. A fines prácticos, se puede considerar

constantes dos de los tres componentes estructurales: el Ello y el Yo y solamente variable el Superego en razón de la variedad de patrones educacionales. El Ello (o Id) es invariable en razón a que representa todo aquello que suscita el interés del niño y porque éste no puede inventar nuevos deseos ni verse tentado por atracciones fuera de las derivadas de las pulsiones instintivas de conservación y procreación, así que el Yo tiene la singularidad de, ante todo, pugnar por su realización.

De modo que el elemento de mayor variabilidad es el Superego, la conciencia moral, una instancia psíquica que se va formando conforme las experiencias a lo largo de la primera etapa del desarrollo y que, en definitiva, es la condensación de la forma de estar de los padres y de su interrelación; es el sedimento dejado por el ambiente reinante en el hogar, un proceso de evolución que se considera prácticamente concluido a la llegada de lo que se conoce como el periodo de latencia, allá por los siete años. A esa edad se puede afirmar que ya está vendido casi todo el pescado.

Al llegar a su definitiva consolidación, esta conciencia adopta cuantas variedades podemos intuir que se esconden tras los comportamientos de todas las personas sin excepción, por lo que, visto desde este ángulo, podremos fácilmente entender aún los más insólitos proceder, tanto los tenidos por aceptables como los considerados descarriados, porque los adjetivos convienen a la sociedad, pero no al individuo. El comportamiento de cualquiera, del santo al pecador, puede tener claro entendimiento siempre que sea posible conocer los vericuetos por los que ha transitado, pues todos somos utensilios de la naturaleza cuyo designio es indescifrable. Es inevitable, y hasta saludable, desaprobar o ensalzar conductas porque es así como el aparato psíquico, como si de una conducción obstruida se tratara, alcanza un alivio, pero que al cabo no son más que desahogos mediante los que el alma se aligera de sus tensiones; nunca expresiones de verdad alguna.

Esta misma consideración puede aplicarse, tanto al restringido campo de la Psiquiatría, que se ocupa del individuo y que es lo que motiva la escritura de estas páginas, como al más amplio de la Sociología, que se interesa por la interacción del conjunto de los seres que integran las sociedades, así como al de la Historia que relata los sucesos del pasado.

Todas ellas se sustentan sobre la discutible base de que las personas son actores voluntarios, capaces de modificar la representación a su antojo aunque ello, a la luz de cuanto es observable, parece carecer de verosimilitud, que si lo fuera no habría tantas calamidades ni se perpetraran tantos desatinos en la vida. Aun así, la vida seguiría siendo un tránsito penoso.

En la especulación sobre el proceso del nacimiento de las religiones ya fue mencionado el decisivo papel que hubo de desempeñar el desamparo y las consiguientes estratagemas para el logro de una alianza protectora, pero ni siquiera echando mano de esta hipótesis se aclararía el “enigma” que encierran los ejemplos anteriormente expuestos ya que, si bien los dioses pueden exigir ofrendas abusivas, la persona podría mantener aún la capacidad de atribuir esta subordinación a causas externas a sus deseos con lo que, aparte de poder negociar entre las renunciaciones solicitadas por los dioses y sus apetencias, no se viera dañada la esencia de la persona, su Yo. Todo lo contrario, acontecería cuando la obligación estuviera tan íntimamente incrustada en el Yo que no pudiera ser contemplada como un mandato procedente del exterior, sino formando parte inseparable de la esencia de la persona. Con el advenimiento de las religiones se podría explicar el nacimiento de la conciencia religiosa que canalizaría parte de las actuaciones humanas, pero no el establecimiento de la conciencia moral personal, la instancia que acostumbramos a reconocer como el Superego que, junto al Ello y al Yo, integra la estructura psíquica del ser. Un dominio abrumador de la conciencia moral, del Superego sobre el Yo, acarrearía una pérdida de elasticidad de la persona que le pudiera permitir capear el temporal suscitado por la colisión de las dos fuerzas encontradas: la sumisión a las exigencias morales y la rebeldía a la renuncia a la satisfacción. En condiciones favorables la persona sabría repartir su tiempo entre sus devociones y anhelos, (por la mañana a misa, por la tarde de jarana) y para que ocurriera esta pérdida de elasticidad sería menester que la conciencia moral estuviera fundida con el Yo de forma tan íntima que la persona ni siquiera tuviera conciencia de ello, de que el Superego se hubiera erigido en el exclusivo rector.

Por sí misma, la formación de la conciencia religiosa es incapaz de explicar la génesis de los estados obsesivos, aunque este escollo pudiera ser salvado imaginando lo que sucedería reduciendo el mundo de la persona al estrecho ámbito de la familia: pues que el niño percibiría a los padres de manera similar a como otrora el hombre primitivo sintió su pequeñez respecto de los dioses e igualmente trataría de captar su simpatía, plegándose a sus mandatos y experimentando la misma desazón cada vez que percibiera alguna señal de disgusto en ellos. En medio de este diálogo de peticiones y respuestas se modelaría la conciencia del niño que gobernará su vida y en cuyo proceso de formación se podría encontrar explicación, tanto para los temores

“irracionales” como para la gozosa confianza que puede disfrutar la persona por el regalo de poder ser ella misma.

Equivocadamente se podría deducir que el párrafo anterior contiene algún consejo para la mejor crianza de los hijos, pero nada más alejado de la intencionalidad del mismo, sabedor de su inutilidad y de que, contrariamente a la doctrina extensamente difundida, que se plasma en sentencias como la de, por ejemplo, "del viejo, el consejo", la vida de cada cual es una experiencia única, cada ser vivo se ve inexorablemente impulsado por un particular destino asignado, sin que consejo alguno, ni advertencia, pudiera modificar su trayectoria. Para un mejor crecimiento de los hijos no hay pautas que pudieran ser enseñadas, ni siquiera en los ingenuos manuales de autoayuda porque detrás de la forma de atención está el pasado de los padres marcando las pautas y así en una interminable secuencia cuyo inicio se remonta al origen de los tiempos. No creo que haya padres que a la vista del recién nacido no experimenten una indecible ternura y unos impulsos de amparo. Pero no está en el ánimo de este escrito la emisión de juicios acerca de cómo tendrían que ser las cosas sino cómo parecen ser, por lo que, con ese mismo espíritu descriptivo, se hace mención únicamente de las condiciones ideales que se han de dar cita en los padres para la idónea crianza, condiciones que desafortunadamente no siempre se cumplen, pues las circunstancias que rodean a las personas impiden el goce del encanto de acompañar a las criaturas en su lenta evolución. Por el contrario, las mencionadas condiciones son responsables de que la educación quede reducida a la vigilancia del cumplimiento de una serie de convenciones, no de que el cuidado de los nuevos inquilinos sea una placentera diversión. A lo largo de su evolución, el niño pasa por momentos significativos, no en el sentido de que tengan mayor transcendencia que los demás, sino que, por su elocuencia, se prestan al entendimiento de la esencia del proceso de educación. Hago referencia a la época del aprendizaje del gobierno de los esfínteres, ejemplo claro de cómo una función en la que el niño puede sentir por vez primera el gozo del dominio de su cuerpo, frecuentemente es el punto de salida de un calvario. La vida ha hecho que la educación sea un conjunto de normas de obligado seguimiento en vez de una placentera excursión. Mayor interés que los padres, tiene el niño en el dominio de su cuerpo, aunque solo sea para ofrecer este triunfo a los progenitores.

Tal vez en el formidable desarrollo tecnológico de nuestros días se halle la respuesta al actual estado de puerilidad que parece enseñorearse de la sociedad, haciendo creer que las personas por sí mismas son capaces de promover cambios, ha poco reservados a las deidades; una osadía que no es nueva pues que, de siempre, la humanidad ha transitado por trances similares con la sola diferencia de que en el pasado, hallándose más a merced de las

condiciones ambientales, se conformaron con hacer vaticinios acerca del fin del mundo o con peregrinaciones a Fátima o a Santiago a la espera del milagro. Actualmente parece ser que el género humano, no sintiéndose tan a merced de la intemperie y la necesidad, cree poseer un poder tal que le convierte en árbitro del destino propio e incluso del rumbo de nuestro planeta, solo así se pueden entender llamativas escenas actuales en las que una criatura de corta edad, emulando el pasaje de Jesús en el templo y erguida en los más elevados foros mundiales, intimide a la humanidad señalándola responsable de la supuesta aniquilación del planeta. Es el segundo notorio ejemplo de la irrupción de un osado personaje que diagnosticando por su cuenta un mal se apresta a su solución, que todo queda en casa. Así, bajo amenaza de un catastrófico cambio climático -como si el universo fuera estático, hasta su llegada-, el tal Gore recorre los cielos añadiendo restos de combustible a la atmósfera, cobrando ingentes cantidades por conferencia, recibiendo el premio Nobel y, lo que para mí es más deplorable, señalado como premio Príncipe de Asturias, por cuanto el actual monarca tiene, para mí, una categoría incompatible con la audacia de este descarado vividor.

Los dioses que, en su enfado, castigaban la natural curiosidad de sus criaturas convirtiéndolas en estatuas de sal, han venido sufriendo un proceso de humanización, de empequeñecimiento y aún de desaparición, como ya sucediera con el temible Thor, señor de los truenos y tormentas. Todo evoluciona y los dioses también. Mi generación es testigo estupefacto del advenimiento al culto de una nueva divinidad: la diosa salud, porque hasta en esto las deidades hacen el esfuerzo deacompañarse a los tiempos de forma tal que, viviendo, como es el hecho, en plena efervescencia del feminismo, hasta los dioses han cambiado de sexo. Do quiera que estemos, sea en los autobuses, sea en las terrazas de los bares o en los supermercados, difícilmente evitaremos oír, con cierto aire de atrevimiento e ignorancia, hablar de “mi médico dice...”, con la misma osadía con la que antaño se hablara del “mi director espiritual” y pontificar sobre lo que se debe o no hacer, lo que es nocivo o saludable. Cuando soy testigo de tanta audacia, mis pensamientos retroceden a mis años de facultad y en ningún texto hallo precedente alguno de tanta sabiduría y solo en la petulancia de los sermones religiosos encuentro un claro precedente.

En fin, la diosa salud se ha enseñoreado de los espacios do antes reinaba la religión, ocupando profusamente los medios de comunicación y repartiendo pueriles dogmas acá y allá, tales como la fe ciega en pociones rejuvenecedoras o la creencia de que repitiendo periódicamente unos mismos ejercicios, se podría detener el paso del tiempo y burlar el inevitable final, con el pueril razonamiento de que de un día para otro no podrá presentarse la ancianidad. Estamos en la era del culto a la salud y el hombre de las cavernas

ha ascendido de la insignificancia a la altivez. No es infrecuente oír el comentario de que fulano ha luchado bravamente contra la enfermedad, o bien el otro de que, tras un periodo de decidido enfrentamiento, mengano ha vencido a la grave dolencia que lo aquejaba, o bien que zutano nunca se dejó amilantar por el padecimiento, como si la persona tuviera alguna opción contra un enemigo invisible; a tal punto ha llegado el engrheimiento humano. Hasta los colegas advierten que uno de los más importantes factores para el restablecimiento se encuentra en la capacidad de combate de quienes, postrados en el lecho, sufren una de las formas con las que la vida ultraja, antes o después, a sus víctimas. Pero estas reflexiones parecen desviarme del camino.

Así como se puede hablar de una única conciencia religiosa, solamente dependiente de la confesión perteneciente o del acervo cultural imperante en cada grupo social, no ocurre así con la conciencia moral que es particular y privativa de cada individuo ya que cada quien es producto de unas condiciones particulares, distintas aún para los miembros pertenecientes a una misma familia, aunque esta no haya experimentado apenas cambios. Esta afirmación me retrotrae a los tiempos de internado en los que, siendo la misma catequesis para todos, no todos se comportaban de igual forma, ya que unos eran presa de grandes contriciones a la espera de la apertura del confesionario y otros gozaban de manga ancha, hecho que llevaba a pensar que la conciencia moral se gestaba en el seno de la familia o de su sustituto, como en los estados de orfandad. En este mismo sentido llama la atención de que aún suscite extrañeza el diferente comportamiento de los hermanos sin reparar que, por muy cercana que haya sido su crianza, por muy próximos que hayan discurrido sus desarrollos, la historia de cada uno es particular y única.

Hasta este momento hemos conjeturado acerca de los posibles pasos seguidos hasta la formación de la conciencia moral, promotora de comportamientos indebidos e injustamente calificados de forma despiadada, porque ¿es perverso el león por perseguir, tenazmente, a su presa, aprovechando pacientemente cualquier despiste para darla caza?, ¿es inicua la mantis religiosa que, confundiéndose con la rama del árbol, engulle al distraído insecto?, ¿se podría decir que la araña es taimadamente cruel por tejer una red con la que atrapar a sus víctimas?, de igual manera, ¿se diría que las ballenas jorobadas abusan de su fortaleza por levantar una tupida red de burbujas con la que aturdir a los arenques al objeto de propiciarse un banquete en una tan abusiva maniobra?, de igual modo ¿se tacharía a los esforzados pingüinos de estupidez por el hecho de dejar a sus crías lejos de la costa y tener que desandar el largo y dificultoso camino de retorno en una extenuante caminata? En modo alguno. El comportamiento de todas estas

criaturas no hace sino enfatizar el carácter trágico de la vida, regida por las despiadadas leyes de la naturaleza, las de conservación y propagación, dos fuerzas inexorables cuyo propósito se esconde en ignotos rincones a desmano de la razón humana. De estos instintos, de conservación y propagación de la especie, sabemos solamente que son innatos y que tienen una tal desmedida pujanza como para jugar con las esperanzas del individuo, de forma parecida a como lo hace el gato con el abandonado ovillo de lana. ¿Cómo admitir, entonces, que una supuesta voluntad pudiera imponerse a estas descomunales fuerzas instintivas?

Siendo que el conjunto de pautas que la moral social propone y que inicialmente tienen por finalidad favorecer la vida individual y la saludable convivencia entre las personas, ¿no parece incongruente que la existencia esté sembrada de ejemplos en los que se contraviene su observancia, ocasionando así su segregación del torrente social por sociópatas? -otro insulto ofrecido por la jerga psiquiátrica-. Para ellos, la sociedad ha previsto la creación de una compleja ordenación normativa, así como el levantamiento de establecimientos en los que depositar a estos “díscolos”, como las cárceles, los psiquiátricos, los reformatorios y un sinfín de formas de aplicación de unas leyes que, si bien se puede admitir como inevitables, en modo alguno se las puede calificar de “justas”, en el sentido último del término, ya que su administración es indiscriminada al no tener en cuenta la evaluación de factores tan decisivos como son los condicionantes en los que ha tenido lugar el desarrollo individual. ¿Es razonable que la sociedad exigiera a quien ha perdido una pierna la misma agilidad que a quienes la conservan? De la misma forma, no puede ser igual la trayectoria de una criatura que perdiera a los padres apenas nacer que la de otro cuya crianza discurre rodeado de atenciones y entrega. Es evidente que no.

El hecho de que, por los motivos expuestos, la observancia de estas recomendaciones pueda no estar al alcance de todos las convierte en pautas inviábiles porque, al fin y a la postre, todas vienen a converger en la perogrullada de que el mejor procedimiento para lograr el bienestar es querer estar bien. La osadía de aconsejar, de gran predicamento social, está capitalizada en nuestros días por la abundante proliferación de los llamados tratados de autoayuda y es que la natural tendencia humana hacia lo milagrero cree descubrir atajos para lo que, bien se sabe, es una larga y fatigosa caminata. También es verdad que su lectura, tras una fase de euforia, decae en el abandono a la vez que las esperanzas se ven prontamente defraudadas. Claro que si de las librerías domésticas cayeran al suelo los libros nunca leídos, quedarían muchas estanterías despobladas, porque la creencia de que por el hecho de adquirir una enciclopedia va a aumentar el conocimiento del comprador, que recibiendo una colección de música clásica va a aumentar la

cultura musical del receptor o que apuntándose a un curso de idiomas se logra el dominio de una nueva lengua, son milagrosas trochas equiparables a las, no hace muchas décadas, fueron la proliferación de jaculatorias cargadas de millones de años de redención de las penas del purgatorio.

¿Por qué son de tan difícil seguimiento unos patrones de comportamiento, aún a sabiendas de que podrían procurar beneficiosos efectos?, ¿qué clase de voluntad perversa anida en el corazón humano que impide la observancia de las tan, en teoría, saludables pautas? Aparte de que la razón no es la única fuerza que opera en la toma de decisiones, está la sospecha de que hay en todo ello una trampa escondida, algo que pueda explicar que lo que se da por factible sea solamente una creencia ilusoria, cuestión esta que, de descubrirse, harían escandalosas las vejaciones de que son objeto, mal a su pesar, las personas tiranizadas por cualquier tipo de obsesión y adicción. La creencia en la capacidad del ser para optar podría ser sencillamente una utopía y el seguimiento de ciertas normas para determinados individuos un imposible y la razón estribaría en el hecho de que ellas son artificiales, que proceden de afuera y no están enraizadas en la secuencia del curso biográfico de la persona y porque el sometimiento a ellas nunca dejaría de ser una imposición imposible de cumplir. Contra este razonamiento se podrá argumentar que a veces también la persona se somete a disciplinas incómodas, aunque aun cuando así pudiera parecer, solo podría llevarlo a cabo por un tiempo breve. Ejemplo de ello lo tenemos en los ingentes medios empleados en el conflicto originado por la obesidad, que en raras ocasiones consiguen el objetivo buscado y cuando así sucede lo hace de forma temporal o a costa de la creación de nuevas complicaciones. Y es que detrás de la obesidad, como tras de cualquier otra manifestación, hay poderosas fuerzas firmemente empeñadas en su establecimiento y permanencia; solo así se explica que el esfuerzo ciego aplicado a la liberación de un hábito esté condenado al fracaso y, aún, a la extenuación. En esto sucede lo mismo que en las batallas en las que el ejército se presentara, ante el adversario, deshilvanado o con sus mandos en discordia cursando órdenes contradictorias: que sería presa fácil del adversario. Además, ninguna manifestación de la persona es independiente del resto del organismo, como en la actualidad se difunde en los spots publicitarios en los que se habla de la salud del corazón, del cuidado de las articulaciones, etc., como si no formaran parte del mismo organismo. En fin, tal vez suceda esto por influjo de la actual exaltación de las autonomías.

Históricamente, estos estados que desafían la razón, tras ser sometidos a todo tipo de maniobras, con frecuencia despiadadas, como las históricas inmersiones en agua helada, tendentes a restablecer el juicio en la persona “rebelde”, vinieron a ser catalogados como trastornos, enfermedades o comportamientos absurdos. Es bien sabido que la asignación de adjetivos es procedimiento infalible para dar a entender que se conoce todo cuanto se ignora o resiste al entendimiento. La llegada de Freud puso un punto de sensatez a lo que hasta entonces habían sido considerado meros disparates o perversiones del juicio atribuidos a excesos y vicios.

Enlazando con la evolución histórica del pensamiento y habida cuenta de que la contemplación de la persona como unidad compacta, capaz de regirse racionalmente, está en franco desacuerdo con muchas de las conductas observables, era forzoso suponer que tenían que coexistir otras fuerzas que explicaran el impedimento para seguir unas pautas por muy acertadas que fueren. En efecto, nacieron movimientos de disensión a la cortedad de miras de considerar a la persona como un proyecto acabado y potencialmente capaz de decidir racionalmente entre diversas opciones, como tal fue el caso de Martin Heidegger, quien propuso el término Dasein (“ser-ahí”), como integrador e indicativo de que en el ser se hallan incluidos todos los componentes de la existencia, como el de estar en el mundo concernido con los demás, esto es «ser-en-el-mundo-con los demás y confrontado a la muerte». Sin embargo, fue Freud quien, con su análisis de la estructura psíquica de la persona, describe la coexistencia de tres instancias: Yo, Ello y Superego, quien, a mi juicio, concreta lo que hasta su llegada era difuso y especulativo; tres instancias que podrían convivir en armonía o que, por el contrario, pudieran caer en la disensión en el caso de que una de ellas rompiera la concordia y se desvinculara de la empresa común, como así parece suceder en las impropriamente conocidas como enfermedades mentales.

Tengo para mí que el pensamiento filosófico ha venido tratando de la existencia y de la persona en ella imbricada, vista desde afuera, formando parte de un conjunto, como quien enumera los árboles de un plantío, de tal forma que las observaciones tienen el mismo valor para todos. Es Freud quien, penetrando en los entresijos de la persona, la describe desde adentro, es quien verdaderamente la individualiza.

Supongo que el itinerario que condujo a Freud a tal deducción debió ser el acostumbrado: que, consciente de la inutilidad de las propuestas ofrecidas a sus clientes, se viera obligado a preguntar el porqué del fracaso, que es la universal ruta que se sigue en todos los comienzos del ejercicio de una profesión en que, obnubilados por la soberbia, se cae en la creencia de que

nuestra intervención, por el solo hecho de ser nuestra, causará unos efectos que dejarán boquiabierto al mundo. En mis comienzos, exasperaba a mi engrimiento contemplar la “rebeldía” de mis clientes ante las que consideraba ajustadas y juiciosas recomendaciones. Si alguien era adicto al alcohol, debía abandonar el hábito; si otro padecía de celos debía aceptar que sus sospechas podían ser solamente producto de la desconfianza; si algún otro se veía en la inevitable obligación de acudir al confesionario, una y otra vez, sin nunca sentir el alivio del perdón, debería aceptar que su calvario era debido simplemente a un error de razonamiento o a la perseverancia de una voluntad maligna, habida cuenta de que el Señor, infinitamente misericordioso, no toleraría tan injusto tormento. Y así sucesivamente, siempre una argumentación racional, que muy bien podría recibir de cualquier vecino sin necesidad de acudir a ninguna consulta para resolver un complicado rompecabezas. De ahí el irremediable fracaso; un fracaso que, bien pensado, se explica por la tendencia a la imposición de pautas generales a quien es una realidad única: el ser.

Del carácter de estos generalizados comienzos, se puede extraer provisionalmente alguna enseñanza cual es la de que ciegamente se persigue el éxito por la misma razón que el niño busca ser preferido a los ojos de la madre; a su lado, el valor del resto de los móviles implícitos en los inicios de cualquier aventura carece de importancia porque, de entrada, lo que menos importa es el hallazgo del porqué, bastará con que el cliente salga pregonando la sapiencia de su consultor. Otra enseñanza, fácilmente deducible, es la de que la decepción inicial puede ser elemento imprescindible para poder acceder a niveles satisfactorios de conocimiento que son los que, a la postre, proporcionan un mayor bienestar personal que, como ya se ha dicho, es el máximo logro al que la persona puede aspirar.

Una vez aquí, podemos volver a Freud, a su descripción del psiquismo y a la introducción del inconsciente, instancia psíquica cuya existencia explicaría el hecho de que de no todas las motivaciones la persona es plenamente conocedora por lo que, consecuentemente, tampoco dueña de la toma de sus “decisiones”. Para quienes están familiarizados en la a escucha del discurso de los clientes, como psicólogos y psiquiatras, la existencia de esa región del psiquismo humano, del inconsciente, es tan obvia que resulta asombroso que al día de hoy la ciencia médica desdeñe el enriquecimiento que su incorporación podría comportar en aras a la contemplación de la persona de forma cabal. Esta resistencia a aceptar la presencia del inconsciente, pese a la evidencia del papel que juega en los frecuentes comportamientos en los que la razón parece verse excluida, está por otro lado, justificada pues se estrella contra la vanidad del género humano sustentada sobre la cuestionable firmeza de su racionalidad. La vida diaria

ofrece ejemplos elocuentes de su existencia en los conocidos “lapsus linguae”, o errores lingüísticos, expresiones involuntarias que manifiestan justo lo contrario que la persona querría expresar, como el reciente desliz acaecido a un alto cargo político que en una locución se le coló la expresión de “televisión espantosa” allí donde seguramente quiso decir “televisión española”.

Poner en tela de juicio los fundamentos de la tradición es tanto como profanar un lugar sagrado, transgresión que perpetraron Copérnico, Darwin y Freud, infringiendo un desgarró irreparable a la suficiencia del género humano; el primero, por revelar que la tierra que habitamos no es el centro de universo; el segundo, por afirmar que el ser humano no es el resultado de una creación intencionada y sí consecuencia de la evolución y el tercero, por afirmar que las posibilidades del ser están mediatizadas por factores inconscientes, por cuya razón las oportunidades no son las mismas para todos los individuos y lo que sería una inevitable consecuencia, que no todas las personas están igualmente capacitadas para seguir las normas de la convivencia y los dictados de la razón.

Sin necesidad de acatar las deducciones de Freud como si de dogmas se tratara, simplemente apelando a las experiencias personales, será fácil convenir que el pasado del individuo es el vector dominante en su recorrido vital, afirmación que en la edad longeva se puede apreciar con mayor nitidez debido al acortamiento del horizonte que hace que los pensamientos busquen refugio en los días del ayer, al calor de los tempranos recuerdos, quizá por ver de hallar en ellos un refugio ante el final que se sospecha próximo, como cuando el toro, herido, busca en las tablas el último apoyo al término de la lidia. En esos momentos el presente se desvanece, la exigencia cesa y la persona, ya sin máscara, se muestra tal y como íntimamente siempre ha sido. Por ello, y entre paréntesis, la pretensión de hallar un fármaco que “cure” la “enfermedad” de Alzheimer, por poner un ejemplo, es en sí misma una empresa obscena, porque ni se trata de una enfermedad ni de un intruso que rompe la continuidad de un día para otro y, además, porque las manifestaciones que conducen a su diagnóstico, han estado solapadas en la persona e irrumpen inevitablemente cuando ésta pierde la capacidad del control que las han mantenido silentes. Algo parecido al corredor de largas distancias que, ya en la meta, se derrumba y que para la apreciación de algún atolondrado espectador le lleva a comentar: “¡si hace un momento se le veía correr tan campante!” Y, sin embargo, de cuando en vez saltan a los titulares de los periódicos o de los telediarios noticias de prometedores avances científicos que aseguran el pronto final de esta enfermedad que, repito, no lo es tal.

Resulta, cuando menos, asombroso constatar que en los tiempos presentes, cuando el hombre ha pisado la luna, cuando las comunicaciones, verbales y físicas, propician un insospechado acortamiento de las distancias, tenga que estar aún en discusión la existencia de este sector del psiquismo, del inconsciente, cuando la vida cotidiana nos muestra irrefutables señales de su incidencia en los comportamientos erróneamente tildados de absurdos y es que la aplicación del adjetivo “anormalidad” parece maniobra útil para salir del atolladero sin añadir conocimiento alguno, porque las explicaciones de estos estados reposan sobre las capas de una cultura amasada a través de los siglos y consecuentes, por tanto, con su historia, por lo que se puede afirmar de ellos que son razonables y absurdos al mismo tiempo. La consideración del ser como de una obra terminada y que, por tanto, nos hace potencialmente iguales, es sobre la que descansan los ordenamientos jurídicos, las relaciones interpersonales y las normas que rigen una convivencia nunca lograda en armonía. A lo largo de la historia de la humanidad, las guerras se alternan con breves periodos de paz y, aún dentro de estos, la sucesión de crímenes, robos, violaciones, desfalcos y demás actos violentos, hacen que ni siquiera se pueda hablar de tregua. Por muy hábiles que fueren los legisladores nunca podrán remediar con leyes este calamitoso estado de cosas, porque de la misma forma que la luna rige los movimientos del mar, propiciando la ascensión y descenso de las aguas, así la tierra y las personas que en ella habitan están gobernadas por la acción de dos poderosas pulsiones: Eros y Tánatos, personificación de dioses mitológicos, aludidos por Freud en su desarrollo teórico. El primero personifica la vida y todos los aspectos que reman a favor de su mantenimiento, como la búsqueda del placer y la atracción sexual; el segundo, encarna todos los aspectos relacionados con el fin, la destrucción, el envejecimiento y la muerte. Ambas pulsiones se precisan mutuamente, son inseparables y coexisten en todo momento, vida y muerte son la faz y el envés de la misma realidad de la existencia.

La eliminación del síntoma ha sido, y en buena parte lo sigue siendo, la misión encomendada a la Psiquiatría, sin antes conocer la función que desempeña. Así se explican las atrocidades cometidas con las personas que presentaron alguna de las manifestaciones consideradas anómalas, aún sin haber podido precisar la definición de lo que por normal se debe entender. Claro que tratar de determinar lo normal o anormal es una actividad ociosa, por lo que mejor será dedicar la atención al síntoma, y para ello se puede echar mano de algún ejemplo. Imaginemos que una embarcación sufre una vía de agua, es seguro que el primer impulso de la tripulación será el de achicar el nivel alcanzado por el agua en el interior, aunque pronto caerá en la cuenta de que, siendo el mar infinito, la barca no admitirá tanta agua como el mar esté dispuesto a suministrar, por lo que en adelante dedicará los mayores

esfuerzos a taponar la entrada o a combinar ambas maniobras simultáneamente. Pues bien, para la medicina que distingue dos tipos de tratamiento: uno titulado de etiológico destinado a combatir las causas de la enfermedad y otro, sintomático, que una vez conscientes del desconocimiento de las mismas, se ha de limitar al alivio de sus efectos. En el símil propuesto, la maniobra encaminada al desalojo del agua se correspondería con el tratamiento sintomático y los esfuerzos destinados a la oclusión del orificio de entrada, al etiológico.

Por desgracia, es poco lo que se sabe acerca de las causas que están detrás de los padecimientos físicos por lo que la medicina se ha de resignar, en la mayoría de las enfermedades, a combatir sus efectos. La medicina psicológica, por el contrario, sí puede tener acceso a las causas que provocan los sufrimientos espirituales, aunque su supresión sea ya harina de otro costal.

En los momentos en que esto escribo, la práctica totalidad de los habitantes del universo mundo está sufriendo la infección de un nuevo agente vírico del que se dice es oriundo de China, para el que no se conoce mejor terapéutica que la del aislamiento de la población. En torno a este inexplicable evento del que, como digo, nada se sabe ni de su origen ni de su terapia específica, se dictan unas estrictas medidas de obligado cumplimiento, como el confinamiento, el frecuente lavado de manos y la utilización de máscaras, imponiendo significativas sanciones a sus transgresores. El carácter religioso de este nuevo azote se pone de manifiesto en el uso de hidroalcohol, sustituto del agua bendita, ya en desuso. A lo visto, este germen está especializado en el ataque a las personas de edad avanzada lo que, en medio de tanta confusión, parece ser cierto puesto que el virus ha tenido predilección por las eufemísticamente llamadas residencias de la tercera edad, llegando al colapso de las funerarias. Aun siendo todo esto cierto, puede que siempre quede la duda acerca del origen de este invasor ya que lo perteneciente a la vida no puede nacer de la nada, pero, sobre todo, esta circunstancia pone sobre el tapete la cuestión del aspecto dialogante de la dinámica infecciosa, del porqué el germen ataca a unas personas con preferencia de otras y de cuales deban ser las condiciones que favorezcan que el huésped permita la acogida del malintencionado invasor. Por lo demás, parece sensato pensar que estos días sean precursores de importantes cambios en la sociedad, aunque solamente sea en el descrédito de nuestros arrogantes políticos. De otro lado, sería reconfortante pensar que todos estos desmanes sean los sustitutos de las guerras que siempre han assolado a la humanidad y que los virus sean los suplentes de las antaño mortíferas armas.

De cualquier forma, mi escepticismo, favorecido por los apocalípticos vaticinios de los días del aceite de colza, del Sida, el Ébola y de la malévola gripe que en vano se esperó armados con millones de inútiles vacunas, contempla este nuevo episodio con el mismo descreimiento. Como apoyo al argumento de que pudiera ser que aun estemos en el atormentado momento religioso de la evolución, la casa blanca, en Mayo del inicio de siglo declaró el sida “como uno de los peligros para la humanidad, para la democracia, los gobiernos y posible fuente de guerra...” El tiempo ha pasado y...

Volviendo sobre lo andado y aprovechando el símil del que nos hemos ayudado, coincidiremos en que el síntoma en sí mismo no es nada más que la señal que delata la existencia de un incidente que compromete el sistema, algo similar al humo respecto del incendio, del grito consecuente al pánico o las lágrimas seguidas a la pena por la pérdida del ser querido. Tales son las manifestaciones que conducen a la persona a la consulta psiquiátrica, razón por la que es empeño disparatado la insistencia en su erradicación, comparable a la actitud de un atolondrado cirujano que a la vista de un abultamiento lo extirpara sin más miramientos, sin pararse a considerar si es de carácter infeccioso o tumoral y, si de este último, el grado de malignidad potencial.

Como en toda empresa, en el comienzo de una profesión se nada entre dos corrientes: una, la atención a la propia subsistencia y otra, la de dar respuesta a las solicitudes del cliente, entonces llamados enfermos, término este que nunca sonó bien a mis oídos. Las necesidades de afianzamiento profesional hacían que hubiera de atender todo tipo de planteamientos, como por ejemplo el de parejas que, no habiendo alcanzado el punto de entendimiento requerido por ambas partes, acudían en busca de un armonizador de sus inalcanzados anhelos. Solamente después de comprobar la inutilidad de mis dislocados intentos y libre ya de las imperiosas necesidades de subsistencia, llegué a caer en la cuenta de lo descabellado del encargo, porque si, por avatares de la vida, dos personas se encuentran en una situación tal en la que no es posible la convivencia, no es preciso acudir a la medicina, bastará con la aplicación del remedio natural en estas circunstancias, la de la separación, aunque bien es cierto que por aquél entonces ese remedio no era ni social ni casi legalmente aceptable, aunque menos lo era buscar la solución en la consulta médica como si el desencuentro entre dos personas fuera una irregularidad. Pero como el primer impulso terapéutico es tratar de que no exista lo existente, en ese desatino me vi envuelto hasta que, llegado ya al agotamiento, osé preguntar por qué, a pesar de todo, seguían juntos, a lo que recibía la insólita respuesta: “porque nos queremos”. Contra esta réplica sí que definitivamente se estrellaban todas mis pobres argumentaciones, obligándome a pedir un alto

al fuego.

En otra ocasión, y nuevamente aquí retrocedo a las primeras experiencias, cuando movido por la necesidad, aceptaba irreflexivamente cuantos asuntos acudían a la consulta, acertó a llegar una persona con el motivo de que no paraba de llorar, que ya era a su entender excesivo y quería que cesaran las lágrimas, sin que tuviera capacidad alguna para establecer conexión entre los lloros y sus posibles fuentes. Tal era su obstinación en el encargo de que cerrara el grifo de su llanto que a mis preguntas encaminadas al conocimiento de las causas, me espetó, con cierta ira, que el único motivo que le había traído es que no quería llorar más y que todo lo que se apartara de ese recado serían ganas de perder el tiempo. Como es fácil suponer, la consulta fue un fracaso en tanto en cuanto ni ella logró el resultado perseguido ni fui capaz de convencer de que siempre hay una causa detrás de cada efecto. Pero a la larga me proporcionó la enseñanza de que había situaciones en las que estando tan distantes las pretensiones de sus posibles cumplimientos, las hacían utópicas. Esa experiencia contribuyó, también, a la elaboración de la idea de que ya en el nacimiento venimos al mundo provistos de un depósito virtual en donde la vida va depositando gradualmente el exudado de las penas y que, de no poder ser gradualmente evacuada, se va acumulando hasta que sucede lo que me figuro tenía lugar en aquella persona. Porque la vida tiene reservado a cada persona una determinada cuota de lágrimas a derramar y que en determinadas condiciones no siempre el llanto puede acompañar al acontecimiento que lo suscita.

Las lágrimas acompañan a la pena y la pena a alguna pérdida, bien sea la separación de alguna persona amada o el desencanto por no haber alcanzado una empresa largamente anhelada y perseguida. Pero, en general, no se derraman lágrimas por el objeto perdido, se llora por uno mismo, por no haber podido transitar por la vida llevado de la propia iniciativa, por haberse visto obligado a seguir un carril impuesto. Esa puede ser la explicación de los duelos interminables, porque si el valor de la propia persona ha sido invertido en algo, o alguien, se deducirá fácilmente que su ausencia traerá consigo la ruina, la muerte psíquica.

De modo que el relato de la consulta ha de ser previamente depurado porque solo así se puede comenzar la verdadera labor psicológica que no es otra que la indagación acerca del síntoma, de su significado y procedencia, tarea que en modo alguno será de corta duración, por lo que quienes acuden con prisas, con el solo propósito de verse libre de unos efectos sin la suficiente capacidad introspectiva como para, al menos, tener la sospecha de que estos, aun de forma larvada, han estado siempre presentes en sus vidas, están desaconsejados para el inicio de una labor investigadora que, tras todos

estos años de ejercicio, entiendo es el verdadero papel del psiquiatra, el de investigador, que no el de detective, ni mucho menos el de juez, pues aquí no hay delito que descubrir ni causa que juzgar.

Una vez oído el discurso del cliente y considerando que se adecuan al sentido de la consulta, se pasa la siguiente fase que es el establecimiento del pacto bajo cuyas condiciones va a tener lugar la labor investigadora que, repito, es el verdadero cometido de la Psiquiatría. Este planteamiento es fundamental pues sin él, como pude constatar al inicio del ejercicio, sería como un atolondrado andar sin rumbo ni destino para acabar en ninguna parte. Ocurre aquí lo que sucedería en el inicio de cualquier asociación sin antes haber establecido con claridad las condiciones que van a concretar su desarrollo. Lo que en medicina corporal se resuelve en los actos en que se aplica la terapéutica, aquí no tiene el mismo sentido pues abarca todo el tiempo que dura la prolongada relación entre cliente y terapeuta.

Volviendo sobre los días de mi inicio en los que, para la ciencia médica en general y más acentuadamente en el caso particular de la Psiquiatría, un proceder terapéutico basado en la palabra era considerado una herejía, como una profanación del santuario de la ciencia, porque ya es sabido que en la vida todo aquello que se desconoce adquiere un carácter religioso donde la fe ha de suplir a la ignorancia. Debido a ello, no me causaba extrañeza, por tanto, que advirtiera en mí adorado padre algún muy disimulado gesto de recelo respecto del rumbo que tomaba mi profesión, aunque en esto, como en todos los avatares de mi evolución, siempre guardó un tal exquisito respeto que aún me llena de admiración, ternura y gratitud. Su ejemplo, ocultando sus vacilaciones y cuidando de no embarullar con ellas la ruta que el destino había previsto para mí y para el ambiente formado por las personas junto a las cuales se desarrollaba mi actividad de psiquiatra, arroparon mis pasos por el novedoso sendero. Su pasión por mí, su incondicionalidad, me acompañaron constantemente, así que siempre su evocación me llena de ternura y está siempre presente en mí.

Por entonces, como digo, la atención a los padecimientos psíquicos era fundamentalmente farmacológica y la Psiquiatría gozaba del desdén por parte del resto de especialidades médicas, que solicitaban su concurso, no por convencimiento sino por un falso alarde de democratización. Los congresos, patrocinados por laboratorios farmacéuticos, consistían en la ordenada y autista sucesión de intervinientes, cada uno con su disertación, aunque todos unidos en la ponderación de la eficacia de fármacos “de última generación” de los que, se aseguraba, tenían portentosos efectos. He sido testigo de la sucesión de lo que se podría decir tres etapas psiquiátricas: la de la esquizofrenia, asociada al Meleril; la de la depresión, con el Tofranil y la actual

de la angustia con los ansiolíticos, aunque sin nunca penetrar, ninguna de ellas, en el meollo del padecimiento, aunque, eso sí, todas esperanzadas en el inminente advenimiento de un fármaco milagroso. Los congresos finalizaban con solemnes declaraciones de que un nuevo producto, aún en estudio, acabaría con el padecimiento de turno. En fin, desde mi asiento observaba, atónito, lo que me parecía un enloquecido desfile de despropósitos y jactancias.

El tiempo ha pasado y hoy, lejos de las pretensiones de hallar coherencia en todas las acciones humanas, confirmo que era yo quien estaba en las afueras de la vida, con un escepticismo absurdo, esperando de la vida lo que la vida no tiene, como en la canción “a la mar fui por naranjas”. Me doy cuenta de que en el rigor que yo reclamaba se escondía el mismo furibundo egoísmo que en los demás mortales, cosa natural en esta despiadada competición por el protagonismo que asegure al ser que no será olvidado, por aquello de que, en la desbandada de los conciertos multitudinarios, es más probable que se repare antes en la ausencia de los protagonistas que en el anónimo espectador. Por todo ello, toda la crítica que pudiera contener estas páginas son meros desahogos ya que, en definitiva, la existencia no es más que un carnaval, una representación teatral. Pero seguiré en el punto en que esta digresión me desvió del camino.

Reconozco que hay una cierta congruencia en la decepción que me ocasionaban las, para mí, disparatadas defensas de unas píldoras que no pueden producir los extraordinarios efectos pretendidos, porque ¿cómo una sustancia podría provocar efectos tan asombrosos, a espaldas, incluso, de las condiciones que los han provocado?, ¿cómo entender que la pena de un desairado amor pudiera encontrar reparación en la simple ingesta de una píldora?, ¿qué puede saber ésta de la historia vivida? La sola fe puesta en presuntos remedios no puede subsanar los males por mucha urgencia que de ello se tenga.

Pues bien, si no es mediante fármacos, ¿de qué otra forma se puede atender los padecimientos psíquicos?

Antes de responder, unas consideraciones previas. Sabido es que la críticas referidas a las personas relevantes de la vida, como son los padres, es asunto espinoso, tal vez porque el niño conserve para siempre la ya comentada adoración que el hombre de las cavernas tuvo respecto de los dioses, por lo que se puede entender fácilmente que cualquier reproche respecto de ellos, con independencia de lo justificado que pueda estar, se vería afeado por la conciencia moral, por el ya conocido superego, por lo que siendo esos pensamientos intolerables, por la razón expuesta, pero a la vez necesitados de expresión, quedarían depositados en una región alejada de la

conciencia, en la zona del inconsciente, desde donde ejercerían una presión, responsable, a su vez, de la creación de los síntomas.

Además de la creación de manifestaciones psíquicas, hay sencillos ejemplos en los que se puede observar cómo el contenido emocional se puede convertir en efectos materiales. Las lágrimas y el rubor son dos muestras familiares de esta conversión de lo psíquico en lo corporal, proceso que recibe el nombre de somatización; un fenómeno que, a mi juicio, está presente en la génesis de muchos más padecimientos físicos (eczemas, alergia, grado de fortaleza del huesped en las infecciones, etc.) de los que la medicina admite, tal vez porque, aunque lo hiciera, el resultado sería similar. Finalmente, la suerte de la persona está gobernada por el destino, el *Fatum* de los romanos, como así sucede con el resto de las cosas que rodean la vida.

Entre paréntesis, obsérvese que siempre empleo el masculino, que es la forma en que, primeramente dentro de la familia y en el colegio después, aprendí a redactar y a expresarme, sin que esto signifique estar situado a un lado u otro del cansino tema del género; simplemente que la vida no me ha inducido a tomar partido en esta, para mí, absurda contienda. Me ha acompañado la fortuna de venir al mundo rodeado de tres mujeres maravillosas y, consecuentemente, las demás que en algún momento han coincidido en el camino de la vida, han estado al mismo tenor. ¿Cuál otra, con estos precedentes, podría ser mi posición? Considerando que es la vida, y solo la vida, la que trayendo consigo los inevitables infortunios que alcanzan a ambos sexos por igual, la única responsable de los resentimientos que alimentan esta engañosa contienda. De otro lado, ¿cómo franquear el sendero de la vida sin el amparo de la pareja?

Volviendo a lo anterior, la atención psicológica consistiría, en último término, en el recorrido retrospectivo de la vida del cliente a fin de que los reproches ocultos pudieran aflorar a la conciencia y así ser vividos en adelante con naturalidad, eso es todo; solamente así se instalaría en la persona, tras el derramamiento de las inevitables lágrimas y lamentos correspondientes, la aceptación en paz del porqué las cosas no pudieron haber sucedido de otra manera. Así es como puede establecerse un diálogo amistoso donde antes reinaba el tormento de la desavenencia; un dialogo que, en condiciones favorables, debería presidir la intimidad del individuo, porque ¿de qué delito se podría imputar a quienes no fueron consultados si querían nacer ni adonde hacerlo?

Casino de Coyanza

4 EL PASADO

Porque los días del ayer no han quedado atrás del todo pues que, desde alguna esquina, como en la tierna canción de Serrat, “Aquéllas Pequeñas Cosas”, permanecen agazapadas en algún rincón, ejerciendo un influjo determinante, al punto de que bien pudiera decirse que desde allí trazan el sendero de nuestro caminar por la vida. Desde el “todo pasa, nada es”, de no recuerdo a qué filósofo griego pertenece, hasta el “somos fundamentalmente historia”, de Unamuno, la mayoría de los celebrados pensadores han mostrado al hombre desgajado de su pasado y así fácilmente, le han podido atribuir, de manera casi unánime, protagonismo sobre sus pensamientos, ideas y actos, aunque la realidad sea muy otra, como evidencian las ya descritas manifestaciones del sufrimiento espiritual presentes en las obsesiones, fobias y en los pensamientos delirantes. Nadie voluntariamente querría erigirse en salvador del planeta o en el esperado mesías, si supiera que antes habría de atravesar el tenebroso túnel de unas noches febriles de insomnio y zozobra, como probablemente le sucediera a don Quijote antes de saberse “desfacedor de agravios” y destinatario único del favor de Dulcinea. Pero, dado que el sentimiento de insignificancia es difícilmente tolerable, tan pronto su presencia se hace sentir, al punto se desata la urgencia de su erradicación para lo cual el psiquismo tiene poderosos mecanismos inconscientes que acuden en ayuda del atribulado, revertiendo la miserable realidad en otra más tolerable, convenciendo de que todo ha sido una pesadilla y de que, en esta nueva “realidad”, la insignificancia fue solo un engaño, una jugarreta de la mente, ávida de entretenimiento. Todos los citados ejemplos, por fortuna cada vez menos frecuentes, parten de un insoportable estado de minusvalía. Detengámonos, pues, en el análisis de ellos, de su dinámica y del grado de independencia del individuo que los padece.

En vista de que los estados de minusvalía e indefensión son acompañantes perpetuos de los seres vivos, bien podemos afirmar que todos, absolutamente todos, hemos compartido estos episodios, aunque sea en proporciones diversas, argumento por el cual no será posible hacer una separación entre las personas apelando a su esencia y comportamientos, salvo para inevitables propósitos jurídicos.

Se diría que la vida tras el breve, y no siempre complaciente, periodo de niñez, impone al adolescente unos estrictos deberes, obligándole a desviar la satisfacción de los inmediatos disfrutes del placer en aras de empresas puestas a más largo plazo, como son las preparatorias para el ejercicio de alguna actividad, a fin de propiciar su incorporación al “mundo de los mayores”. El destemplado aprendizaje de aplazar la llegada de la satisfacción, que no en otra cosa consiste la educación, proceso al que, el aún niño, -y por más que los años transcurran el adulto será siempre un niño disfrazado de mayor- se someterá a regañadientes entre la desgana y el sollozo, movido únicamente por el interés de no perder la estima de los padres. Para entonces, el pasado habrá ya dejado una impronta que marcará su ruta para el resto de sus días.

Si bien todos los pensadores se han ocupado del tiempo, en su gran mayoría lo han hecho de una manera abstracta, especulativa, considerando el pasado como el tiempo que solo permanece en el recuerdo, como un periodo marchado, inactivo y, en cierto modo, muerto. Algunos, los menos, como los representantes de la escuela existencialista, han profundizado en su sentido y han escudriñado acerca del potencial que el pasado entraña, ensanchando el conocimiento del ser, al dotarlo de otros componentes como el entorno, el tiempo y la muerte. Pero es Freud quien dota al pasado de una transcendencia no tenida en cuenta hasta su llegada. En su obra de teatro “El Pasado que Vuelve”, don Miguel de Unamuno sostiene la tesis de que las conductas humanas tienden a repetirse, incluso en generaciones distintas, observación esta que encuentra explicación en la teoría de que el pasado no es que retorne, sino que está perennemente presente. Con este comentario no es que pretenda enmendar la plana a don Miguel, ¡pobre de mí!, solo procuro resaltar un hecho que no suele ser tenido en cuenta a la hora de explicar las conductas, tanto de las personas como de las sociedades, cual es el de que la existencia es una sucesión, sin cortes, de acontecimientos y experiencias pasadas de forma tal que nunca una respuesta personal o social es nueva o fruto de una decisión nacida en el momento en que parece surgir, sino que hay todo un ayer a sus espaldas que la configura y empuja. También en su obra “Del Sentimiento Trágico de la Vida” sustenta la tesis de que la persona es fundamentalmente historia.

La persona no es una obra concluida, terminada, sino que, mientras sus

días se están sucediendo, se halla en permanente evolución, apenas perceptible conforme se acerca al final e intenso y determinante en los inicios y es natural que así sea teniendo en cuenta el carácter secuencial de la existencia. Con el advenimiento a la vida, los ojos del niño se abren a un mundo virgen sin la contaminación de experiencias anteriores y es entonces un libro en blanco a la espera de que la vida vaya escribiendo sus páginas. Por todo ello, cuando se aconseja, se trata de persuadir o se recomienda, ¿a quién van dirigidas tales indicaciones, a un autómatas capaz de seguir las pautas sin ninguna otra corrección?, ¿tal vez a un ser cuyo pasado ha de forzosamente obstaculizar o modificar su acatamiento o a quien al comienzo de sus días habrá de sufrir en ellos el disgusto por la intromisión de los demás empeñados en enseñorearse de su destino? El sentido de este comentario se puede aplicar a todos los seres vivos, por lo menos a aquellos en los que a sus expresiones se les puede atribuir la comunicación de sus estados de ánimo. Mateo es el nombre de un perro de acogida al que hallaron abandonado y sujeto de una cadena en una nave industrial que, pese a todos los cuidados, nunca pudo abandonar su expresión de tristeza y temor, con la que seguramente quería comunicar la desconfianza de volver a verse en las mismas condiciones de cuando el rescate. Inspira honda ternura la expresión suplicante de su mirada que no se ha modificado pese a las delicadas atenciones de Taniuska. En Mateo se puede percibir el devastador efecto del pasado.

Por sí mismas, estas consideraciones descartan la utilidad de consejos y recomendaciones y sobre ellas descansa el hecho de que las opiniones acerca de temas que afectan a la persona y que, aun pareciendo juiciosas, son mero ejercicio de banalidad. Durante la estancia en Londres, allá por los años setenta, forzado como estaba a ser espectador de los debates televisivos, tan en boga entonces, a fin de tratar de aproximarme al conocimiento del idioma inglés, pronto tuve la impresión de que los participantes concluían las tediosas discusiones tan afianzados, o más, en las opiniones inicialmente sostenidas, lo que es por demás natural porque las convicciones, como los juicios, las simpatías, querencias, amores y aversiones, en modo alguno son prendas de quita y pon pues contienen elementos emocionales pertenecientes a la andadura personal del individuo, a su historia. De paso, encontré estimable explicación a la dificultad en el aprendizaje de un idioma extranjero en la edad adulta, en comparación al materno que no necesita ser estudiado y que se va asimilando a través de las expresiones y gestos de la madre, sin la necesidad de los “deberes para el día siguiente”.

Llegado a este punto, voy a hacer un inciso. Hace muchísimos años que sigo las alocuciones de un indómito comunicador con quien obviamente estoy en completo acuerdo porque sus palabras coinciden con mi pensar, al punto de que las considero mis pensamientos venidos de afuera; únicamente disiento de él en lo concerniente a su fervorosa exaltación del “esfuerzo” que, en mi propia experiencia, es pregón vano pues, de la misma forma que se ha considerado la escasa valía de los consejos, la persona se entrega a una empresa porque encuentra en ella una prolongación de su vida, impulsada por sus precedentes biográficos de forma tal que la entrega es, a fin de cuentas, la prolongación de los juegos infantiles, nunca el resultado de un inviable esfuerzo continuado.

Siendo que el hombre es teóricamente un animal racional, su vida, sin embargo, se caracteriza por la irracionalidad de sus comportamientos porque, bien pensado, esa frenética persecución del poder, el dinero y la notoriedad, son actos guiados por la ceguera sabiendo que el fatal desenlace despojará de todo lo que con tanto desvelo y ansiedad se ha perseguido. Por la vanagloria de ocupar durante unos minutos el centro de los noticiarios, la persona es capaz de incurrir en la mentira, la traición y la deslealtad, renunciando así al único bien del que la persona puede disfrutar cual es el de la amistad con uno mismo y con los demás. Supongo que siempre ha sido así, aunque en los días en los que me toca ser espectador, la evidencia de tales actuaciones se ve agrandada por la abrumadora insistencia de los medios de comunicación. De la notoriedad de Isabel la Católica pudieron tener noticia directa escasos cientos de personas, pero hoy la resonancia de las actuaciones de cualquier político, aunque mediocre, llega a millones de hogares. Empero, las conductas que contravienen los principios de la racionalidad no pueden explicarse con simples calificativos como la ambición el egoísmo o la impudicia; se precisa el añadido de algún otro elemento que les dé sentido, porque nadie en la cuna es poseedor de semejantes atributos, sino que es el desarrollo posterior de cada ser el que da pie a que todos estos adjetivos, tanto vejatorios como encomiásticos, puedan ser aplicados siquiera sea como desahogo.

Tras esta digresión, volvamos a Epícteto una vez ya con el convencimiento de que la felicidad es un bien inalcanzable, una quimera; ya Tomás de Aquino desconfiaba en que la facilidad pudiera ser alcanzada aquí en la tierra por lo que aconsejaba prepararse para la vida venidera. El propósito de todos los seres vivos no será otro que el de la incesante persecución del más alto grado de bienestar posible, por lo que considerando que, teóricamente, hay dos tipos de insultos potencialmente perturbadores y que solamente podremos protegernos de los procedentes del exterior, bien se puede concluir que el bienestar al que se puede aspirar quedaría reducido

al logro de una cierta paz interior. ¡Ah! ¿Pero es que puede darse el caso de que haya guerra en el interior de la persona? ¡pues claro! Ese enfrentamiento es el causante de todo lo que se ha venido entendiendo por enfermedad mental.

Y con esto entramos en otras materias, para lo que habrá de volver sobre la ya mencionada distinción hecha por Epícteto y, aunque la división que propuso es un tanto artificial ya que finalmente todo cuanto acontece a los seres tiene una procedencia externa, acostumbramos a distinguir sufrimientos que provienen del exterior de otros originados en el interior de la persona. Sobre estos últimos, de los que se dice pregonan “nuestra manera de ser”, la persona carece de algún tipo de manejo. Sobre esta distinción, a poco que se reflexione, se caerá en la cuenta de que hay algo que huele a artificio, a falsedad y que estimula a hacer una revisión. Veamos, la asunción de que sobre las causas internas tiene la persona una cierta tutela se sustenta sobre deseos más que sobre consideraciones racionales, porque aunque la persona se resista a aceptar que carece de competencia para el gobierno de sus inclinaciones y deseos ya que ello le relega al papel de comparsa, de marioneta, de simple espectador, racionalmente considerado el tema está lleno de sentido después de constatar que se ha nacido sin consentimiento y que tampoco va a ser consultada en la elección de la hora del adiós. Esto es más de lo que el orgullo humano puede tolerar, por lo que es preferible creer en la quimera de una capacidad de autogobierno.

La vida es una sucesión de vivencias enlazadas, unas con otras, de forma tal que las últimas carecen de autonomía sin la debida consideración a cuantas las preceden y determinan; la vida es un desarrollo secuencial en la que la reacción a todo nuevo estímulo está siempre precedida y modulada por otra anterior en una cadena continua que conduce a los primeros momentos de la vida, y quizá antes. Por todo ello, considerar cualquier reacción aislada fruto de una decisión es caer en la sinrazón.

Al amparo de esta orientación habremos de considerar cualquier calificativo moral aplicado a las conductas, comportamientos o expresiones personales como meros desahogos y siendo esto así, y aplicando este mismo sentido a los hechos históricos, también carecerá de coherencia afirmar que tales o cuales personajes cambiaron el curso de la historia o marcaron un hito en el devenir de los tiempos. Más lógico es acostumbrarse a considerar las personas, no importa el rango que la tradición haya venido a asignar, como volutas de humo que el viento dispersa a su antojo, por lo que tanto las exaltaciones como las censuras no son más que cómodas simplificaciones de la complejidad.

Casino de Coyanza

5 EN TORNO A LO MISMO

Y bien, los elementos que me aportaron los primeros compases de la vida, añadidos al resto de vivencias, han conformado un sentido subjetivo de esta disonante sinfonía que constituye la sucesión de las hojas del calendario; exasperantemente parsimoniosa durante el internado y acelerada en esta última etapa en la que los recuerdos, no digo que se apoderen de mi mente que, por el contrario, es esta la que afortunadamente hoy descansa sobre aquellos. Y en el deleite de esta despreocupada evocación, acuden imágenes que, libre de apremios e incertidumbres, acarician mi alma, como si de los mimos de una enamorada se tratara, deslizándose con suavidad y colmándome de una inesperada paz, regada de vez en cuando de dulces gotitas que se deslizan suavemente por las mejillas, porque volviendo la vista atrás, ni en sueños pude esperar este final tan apacible, comparable a la mar en calma que recibiera al perdido navegante a su llegada a puerto, después de sortear tempestuosas borrascas y no es porque los acontecimientos no me afecten, solo que lo hacen con la distancia propia del espectador que presencia el drama desde el palco.

De mis primeros momentos acá, las condiciones de vida han sufrido cambios tan formidables que, si hubiera de narrarlos hoy a las personas de entonces, difícilmente hallarían oídos crédulos. Variaciones responsables de que la humanidad no esté tan a merced de los factores ambientales como sucedía antaño. Hechos vividos en mi infancia que han quedado por siempre en el ayer y que, evocados hoy, más parecen ficciones que realidades, como cuando los jueves, días de mercado, con la plaza mayor abarrotada de puestos de venta de hortalizas y gente en un bullicioso vaivén, solamente en una ocasión roto por el estruendo de una avioneta que se incrustó en el tejado de Liébana, fotógrafo y saxofonista. Por la tarde de esos mismos jueves, en el salón del Casino, tenían lugar animadas partidas de cartas en las que los

participantes, reparando cercana la hora de salida del tren que había de devolverlos a sus destinos, me gritaban “¡oye, chico!, llama a la estación y di a don Natalio que espere el tren, que ya vamos para allá”; el impactante recuerdo de “Chichines”, desventurado indigente de la localidad, que en una mañana invernal apareció muerto a la orilla del río, como años más tarde, también en el mismo Esla, se ahogara Policarpo, uno de los muchos panaderos de la localidad; los espléndidos bailes del Casino en aquel salón, que más parecía propio de un palacio vienés, con una preciosa araña central y con sus paredes recubiertas de papel de dorados arabescos. No podría decir si aquel mundo era mejor, pero que, aun siendo una época de grandes necesidades, poseía la riqueza especial que para los niños tienen las primeras impresiones del mundo al que están emergiendo. En las fiestas del Cristo era todo un espectáculo presenciar el desfile de la banda municipal, dirigida por don Rodrigo, llevando tras de sí, al son del pasodoble “En Er Mundo”, a la enardecida muchedumbre hasta la soberbia plaza de toros erigida, y más tarde donada, por don Pedro Martínez Zárata e inaugurada por Marcial Lalanda, si mis fuentes no me traicionan, o dando un concierto sobre el templete de la plaza mayor hasta que su derrumbe dio con todos los profesores, incluido el querido tío Minuto, en el suelo lo que motivó su traslado junto al estanque de los patos, en el jardín celosamente cuidado por Jañe. También, recuerdo a la banda acompañando al féretro de Sáenz de Miera, impresionante evento, fuertemente grabado en mí, en el que por vez primera escuché la no menos escalofriante marcha fúnebre de Chopin. También, el pasar de los “mochos”, conjunto de rapados seminaristas que desfilaban, en fila de a dos, camino del río; un grupo de mozos bien plantados de los que, de haberlo presenciado mi suegra sin papeles, lamentaría su porvenir con la expresión “¡qué tordillos tan mal empleados!” Nací al lado de una gramola que reproducía el disco de la risa, que tanto deleite provocaba en el tío Miguel, aunque fue la Leyenda del Beso la primera melodía de mi vida que para siempre estaría unida ¡cómo no! a Paca, nuestra mamá. Los ensayos de las zarzuelas tenían lugar en la sala de billares bajo la dirección de Cornejo y en los que a su esposa recuerdo oír cantar aquello de “he pasado la vida en un sueño...” y que después se representaría en el teatro Coyanza del que fuera taquillera Estrella a la que sucedería Margarita y que para el niño que entonces era, me parecía magnífico, con sus palcos, su gallinero y patio de butacas; nunca entendí el motivo de su desmantelamiento, aunque su cierre propició que en el patio del Casino se instalara provisionalmente el “Cinema Jardín”, gobernado por Gabino, saxofonista, electricista y de todo, en el paréntesis que medió entre el cierre del teatro Coyanza y la inauguración del soberbio Cinema Ortiz, regalo de don Anastasio a su Hija Tere.

Tampoco entendí el derribo del Ayuntamiento al que una persona que me quiso mucho, Máximo Linacero, nos llevaba, a mi hermano y a mí, a escribir a máquina. Aún se me representa entonando la canción “Le dije a mi Chiclanera...” y sin que sepa bien por qué su recuerdo está unido a la canción: “La Hija de don Juan Alba”. De niño tuve amigos mayores, como el antes mencionado y el gigante Marcial Junquera que me hablaba de coches, que probó a que condujera su primitivo Ford y que, haciendo el servicio militar, me visitó al internado.

Y así, mis días de hoy están poblados de recuerdos de aquellas fechas que se fueron y hoy son recuerdos enternecedores como la cocina de don Pio, responsable de la cárcel, con vivienda familiar aldeaña a ella y en la que, junto con la familia, cenaban los presos. Era, por entonces, juez de primera instancia don Antonio Molleda, que liberó al bueno de Onésimo, a punto de pasar la noche en la prisión adonde le había conducido el infundio de algún esquinado vecino, que de todo había.

En los soportales de la Iglesia de San Juan, hoy desaparecida, pasaban las frías noches invernales los mendigos del lugar. Después vendría la época de desmantelamiento de la bonita ciudad de mi niñez con las desproporcionadas construcciones que, acercándonos a la modernidad, destruían poco a poco la urbe de mi infancia. Llegado a este punto echo de menos al querido hermano con quien gustaba recordar los tiempos pasados y que nunca perdió contacto con su querida Valencia. En fin, como en una incesante procesión, han ido desfilando las personas y los hechos, como cuando la banda municipal dejaba tras de sí las calles vacías, hasta que los gigantes y cabezudos volvieran a congregarse a la chiquillería.

Hoy todo ha cambiado, ya no pasan las galeras de la fábrica de harinas tiradas por los soberbios caballos percherones: el monumento a los caídos ha sido arrinconado, como en un exilio, a las puertas del cementerio; la iglesia de san Pedro ha prácticamente cerrado sus puertas y los aún perseverantes feligreses se congregan en una capilla, donación de un vecino de la ciudad, Domingo Morán; los “mochos”, que desfilaban camino del río no han regresado más y el seminario se ha convertido en una especie de parador en el que los religiosos restantes fabrican los mejores embutidos del mundo.

Me veo niño, correteando por los senderos de la cárcava, el “cubarro” y por los estrechos y peligrosos del castillo con el intrépido amigo Ramonín al frente. Ahora, en medio de los nostálgicos recuerdos, pienso que nada me ha enseñado la vida que no conociera por aquellas fechas, pues ya se había afincado en mí el escepticismo respecto a las cosas tenidas por transcendentales. En estos días en que se dice tiene lugar la irrupción de un

virus con corona, mi incredulidad, contra toda aparente evidencia, me hace pensar que todo es una bufonada. Ni siquiera la abrupta separación camino del internado creo que modificara la idea inicial acerca de la vida, como tampoco el ejercicio de la Psiquiatría lo hiciera después; todo lo contrario, contribuyó a afirmar aún más mi inicial descreimiento. Y, en estas, tras tan largo recorrido, sigo sin saber algo acerca del propósito de la vida; únicamente que tiene, como todo en la naturaleza, un carácter secuencial, que la persona accede a la madurez a través del consumo de una serie de sucesivas etapas: lactancia, niñez, adolescencia y juventud, un proceso evolutivo que, además, no discurre en solitario sino en el concurso de otras personas que, partiendo de padres y familiares, se sigue con los compañeros del colegio, hasta la inclusión en la sociedad. Nada procede de la nada, todo tiene un precedente del cual es consecuencia; hasta las montañas que hoy contemplamos son el resultado de violentos choques, desplazamientos y erupciones de forma tal que cuanto percibimos está en incesante cambio. Nada más.

Aun así, mi pensamiento escarba en los lejanos recuerdos de la niñez, cada día más vivos, tal vez persiguiendo el rescate de aquél crío que ya recelaba de la seriedad de la vida, quizá porque ya notara la falta de una respuesta atinada al “¿para qué?”, algo que me asaltaba cuando, por ejemplo, presenciaba el arduo trabajo de las mujeres que, cargadas con la taja, ropa, “pozaleta” y jabón, descendían trabajosamente a lavar al río, siendo la vuelta aún mas fatigosa ya que al peso acarreado en el descenso había que sumar el agua de la ropa húmeda y la cesta arriba. Eran tiempos en los que todavía no llegaba el agua a las casas y había que ir con cántaras al jardín de santa Teresa. Cuando hoy contemplo cómo en los supermercados la gente mira con desconfianza la fecha de caducidad de los productos, tengo que contener el reproche “¿pero de dónde procedéis?, ¿qué otros frigoríficos había aparte de las mosquiteras?”, hasta que caigo en la cuenta de que aquellos días se han desvanecido con el soplo del tiempo y que ahora toca vivir el presente.

Y al presente se ha llegado a través de profundas transformaciones, tanto en la disposición urbanística como en la forma de vida de sus habitantes. Aquellas riadas que cada invierno hacía peligrar la existencia de Cabañas ya dejaron de ser las terribles amenazas que obligaban a subir, a sus escasos habitantes, a la torre de la iglesia en busca de refugio. Pienso que la evolución de la tierra y sus moradores es similar, que la diferencia entre ambos es solamente cuestión de tiempo. Muchos autores han propuesto esta comparación ya que, finalmente, ambos proceden de un ignoto origen que comparten, en tanto coincidentes, un mismo proceso evolutivo y encaran un incierto final. Solamente se diferencian en la medida de los tiempos: escuetos para los seres vivos y abrumadores en el caso del mundo y el universo.

Nada sabemos de nuestros orígenes y mucho menos de la finalidad de la presencia de los seres vivos en la tierra. Eso sí, acostumbramos a adjudicar una autoría a todo cuanto percibimos lo que para un corto trecho es válido, no así para magnitudes colosales. Y de todo ello, tanto de lo minúsculo como de lo inmensurable, ¿quién es el autor? Y es aquí donde entra en escena la persona con su pequeñez y su grandeza. La búsqueda de las causas es labor intrincada. Propongámonos, como ejemplo, rebuscar en la historia de cualquier invención y veremos que a la hora de adjudicar su autoría tropezaremos con la dificultad de que tras de la persona que aparece como protagonista encontraremos un sinnúmero de precedentes, razón por la cual la precisa asignación se hace prácticamente imposible pues todo acontecimiento tiene unos precedentes sobre los que, incluido el azar, juega un papel decisivo.

Detrás del llanto se esconde la pena y tras de la risa la alegría; cualquier expresión es consecuencia de un estado previo que lo provoca, de forma tal que la conexión entre ambos, precedente y consecuente, permite establecer una explicación coherente de las manifestaciones personales en las que, si bien no es posible conocer las causas remotas, sí que es posible explicar los comportamientos estableciendo una conexión entre ellos y las razones próximas. En el hallazgo de estas conexiones, estriba la labor psiquiátrica.

Por lo demás, la vida sigue pareciéndome igual que me parecía en mis primeros recuerdos, cuando mirando a través de las rendijas de la ventana, sin ver una imagen definida, me parecía contemplar un paisaje árido, invernal, con arbustos dispersos de ramas heladas como en las botellas de anís escarchado que veía en el mostrador del Casino; un paisaje sombrío, desolado y triste. Allí creo que ya estaba configurado un sentimiento de recelo ante la vida, sin que las experiencias posteriores hayan modificado, pese a tener la convicción de haber sido una persona muy querida y de disfrutar largamente de la amistad, al punto de que ni las ascuas del enamoramiento pudieron desplazar a este bien tan excelso. La amistad de Jesúsín, el de la “Más Barata”, la de Palomo, el compañero de destierro allá en Palencia; la de Conrado, el amigo de la Alta Fría, cuya ausencia aún no he acabado de llorar y así un sinnúmero de personas que lamentablemente se han esfumado con los días, me arrojaron en las fechas de nuestra coincidencia.

El supremo valor de la amistad me viene de Onésimo y de Páca, su esposa, nuestra mamá. Fui querido también por Molina, mi maestro e impulsor que, viéndome dudar entre ir a un congreso a Nueva York o permanecer en Madrid, comentó con bienintencionada sorna: “Es claro, Onésimo, usted lo que debe hacer es volver a su pueblo”, así como también al regreso del mismo me advirtió, ya en un tono más serio: “Onésimo si la persona no sale del pueblo y conoce lo que hay afuera, está sentenciada a ser un aldeano”, advertencia que como, un explosivo, trastocó la cómoda rutina que disfrutaba, trasladándome a Londres, donde viví un hermosísimo capítulo de la vida. Aun así, el sentido de la vida ya estaba establecido en mí, trayéndome, de vez en cuando, a la memoria el tenebroso paisaje invernal, desolador, de mis primeras impresiones. Y al cabo, vuelvo sobre mis orígenes y contemplo la existencia como una broma del creador, como así pensaba en las largas y tristes jornadas de capilla, en torno al Pange Lingua, al Tantum Ergo y al Veni Creator, en medio de cuyos cantos mi pregunta era siempre la misma: “¿qué pinto aquí?”. Con estas premisas, ¿cómo podría ejercer de psiquiatra más que viéndome reflejado en el otro?, ¿cómo podría ser partícipe del juicio generalizado que merecían quienes se acercaban a la consulta o habitaban los psiquiátricos? Imposible, cada persona era una copia de mí, o más propiamente, yo una copia de ellas. No achaco a estas tristes horas el resquebrajamiento de mis principios religiosos porque ya hacía tiempo que estaban arrumbados. En las tediosas horas de capilla del internado, me indignaba particularmente el culto a la Virgen por el lugar en que ponía a mi querida mamá cuya ausencia lloraba en las interminables noches de exilio.

En adelante, estando ya en el Sanatorio psiquiátrico, el contacto con el drama de la vida en grado de caricatura, contribuyó al afianzamiento en la incredulidad. Recuerdo recibir a un padre, soliviantado por el comportamiento del hijo, oírle afirmar, con aquella prepotencia que generalmente exhibían los padres en aquéllos exigentes momentos, que en modo alguno iba a permitir su conducta que, tras un compasivo silencio, advertirle, con la mayor delicadeza de que fui capaz, aún a costa de perder su necesaria colaboración: “piénselo con calma, porque de no llegar a entenderle, no tendrá lágrimas suficientes para llorar lo que le espera”. Finalmente, el infeliz hijo, que ni siquiera pudo ser protagonista de la consulta teóricamente reservada a él, puso término a su desdichada vida arrojándose de un tren en marcha. En este pasaje no hubo de mi parte censura alguna hacia el desdichado padre, ni satisfacción por la premonición porque esas mis primeras impresiones ya habían hecho su trabajo y habían configurado en mí un dramático sentido de la existencia, por lo que si a compasión me moviera la trayectoria del hijo a no menor piedad me movía la situación del desventurado padre.

Así, presencié muchos desencuentros de los que, al principio y para mis adentros, hacía responsables a los padres hasta que, pasadas unas cuantas experiencias, se fijó en mi la conclusión que la vida no es una película de vaqueros, de buenos y malos, que todos podíamos ser víctimas y verdugos en el arbitrario acontecer de la vida que, si tenía algún propósito, era insondable para los humanos. Finalmente, tras una etapa de dudas, me vi sólidamente asentado sobre mis primeras convicciones: si había algún ser superior de cuya voluntad dependíamos, se dedicaba a jugar con las criaturas como el viento juega con la hojarasca, en un entretenimiento de imposible comprensión, como inalcanzable me fuera encontrar sentido a la leyenda del pecado original, un juego que sabiendo de antemano el resultado ¿para qué la prueba?, es tan descabellado como “si fueras a confesarte con un cura que tiene el propósito de enviarte al infierno”.

Al cabo, siempre se abría paso el perenne escepticismo, nada había aprendido que no estuviera presente, cuando menos en ciernes, desde mis primeros días. El resto de la vida, todo lo más, vino a afianzar este antiguo sentimiento de descreimiento y rebeldía por lo que, en adelante, me sentía más legitimado para defender que la moral social no puede ser contemplada como un conjunto de normas de obligado cumplimiento ya que hay quienes, no es que no quieran es que no pueden seguirlos por más empeño que en ello pusieran, por la misma razón por la que ciego no puede ver ni el sordo oír por fascinantes que fueren los paisajes o sublimes las melodías. Salvando la circunstancia de que puede que tenga que haber un conjunto de preceptos para que la sociedad no descarrile en nuevos desconciertos, las reglas morales, psicológicamente consideradas, son un conjunto de preceptos inútiles sino, contrátese a quien ha perdido el sentido del gusto a ser catador de vinos, porque, de la misma forma que para percibir es preciso disponer de los órganos precisos, para el seguimiento de unas pautas se ha de poseer las capacidades indispensables. A pesar de ello, y contrariamente a lo que la realidad demuestra, se ha dado por hecho que todas las personas, no importa cuales hayan sido sus circunstancias, están capacitadas para el seguimiento de unas pautas y el hecho de que todas las sociedades hayan tenido que recurrir a medios coactivos, como los juzgados, las cárceles y las deportaciones, obliga a admitir que la “maldad” del género humano es únicamente una manera eventual de desahogar la impotencia.

Y en estas estando, viene a mi recuerdo Fremantle, localidad de Australia adónde arribaron los presos procedentes de la metrópoli quienes, además del tormento de saber que nunca volverían al hogar, debieron construir sus propias mazmorras; negro episodio que inspirara la triste canción irlandesa, “The fields of Athenry”, narradora de la estremeceadora despedida de dos jóvenes esposos que en el puerto desde donde el barco de presidiarios había

de zarpar sin retorno, recuerdan los días pasados, “Cuando veíamos a los pajarillos volar libres y nuestro amor iba en sus alas; cuando aún teníamos sueños y baladas por cantar...”.

En fin, tantos son los sórdidos pasajes en la historia de la humanidad que se puede afirmar que está edificada sobre la sangre, lágrimas y miserias de batallones de desventuradas criaturas. Y pese a todo ello, es milagroso que aun así haya habido tiempo para la asombrosa conquista obrada por el hombre sobre la tierra, construyendo increíbles puentes, amansando salvajes ríos, trazando interminables redes de ferrocarriles y carreteras, llevando agua, calor y frío a los hogares, surtiendo de alimentos procedentes de los más exóticos países y sustituyendo el músculo animal por máquinas portentosas con la consiguiente liberación del agotador esfuerzo.

Me considero privilegiado por la buena estrella de haber venido al mundo en el lugar donde nací, por no haber conocido ni la guerra, ni las catástrofes, ni la hambruna, pero sobre todo porque la cigüeña me depositara en el seno de una familia extraordinaria. Todo es fruto de la casualidad y es el azar quien rige la vida de las personas por lo que, bajo esta consideración, ¿cómo admitir que una determinada conducta pudiera producirse de otra manera?, ¿cómo integrar en la cadena del razonamiento lógico que la persona pudiera torcer el sentido que el destino ha impuesto?, ¿cómo aplicar tan alegremente adjetivos a las personas? Aspiramos el aroma de una flor pero no decimos de ella que sea buena o mala; simplemente describimos una característica, pero si calificamos a una persona de malvada, perezosa o torpe, saltamos de golpe sobre el “porqué” que, si una vez fuera descubierto, nos conduciría a reconocer en ella al semejante que, ante todo, es. Por esta razón es tan importante el conocimiento del pasado, porque lo mismo que los sepultados hallazgos explican al arqueólogo el presente, para el quehacer de la Psiquiatría también permite entender a la persona sea cual fuere su postura. Es el pasado, el ayer siempre presente y actuante, el que conduce nuestros actos y reaviva esa nostalgia que invade a la persona, cuya procedencia se ignora, pero que inopinadamente se instala produciendo las, a primera vista, extemporáneas emociones.

El azar gobierna las vidas a espaldas de la razón, sirviéndose de los instintos de conservación y propagación, cuya acción comienza con el encuentro de dos células dando lugar a la vida; de los millones de espermatozoides solo uno mete la cabeza en el óvulo y de esta manera tan arbitraria, da comienzo la vida. Todo ello precedido de unas fechas de obsesión e incertidumbre, seguidas del cortejo que permite a la pareja creer en su protagonismo y libertad. El doncel adorna a su amada con las prendas deseadas y se convence de que no podrá vivir sin ella y el mismo camino

sigue ella, hasta la llegada del otoño.

Llegados a este punto, nos podemos preguntar si la atención por los días pasados tiene algún interés, cuestión a la que se puede responder con un rotundo sí. Volvamos al símil del arqueólogo. Pues bien, habrá exploradores movidos por el deseo de hallar tesoros ocultos o alcanzar el sueño de pasar a la celebridad, pero el genuino arqueólogo busca otro tesoro aún más valioso que es el de la satisfacción íntima que supone el hallazgo del eslabón que une la interrumpida cadena que conecta el presente con el pasado y encontrar así una explicación del ahora como producto del ayer. Pues bien, aplicado este símil a la reconstrucción biográfica de forma tal que queden repuestas las conexiones que el paso de los días parece haber interrumpido, pudiera la persona disfrutar de una paz interior libre de reproches, insomnios y tormentos. Rellenar con entendimiento los huecos ocupados por las injustas acusaciones, es la misión encomendada a la Psiquiatría no farmacológica. Pero es que, además, el seguimiento de esta línea -desgraciadamente no al alcance de todos, pues de creer lo contrario iría en contra de todo cuanto pienso y creo ser-, comporta para el profesional bienes incalculables cuales son, y volvemos nuevamente al símil del arqueólogo, el regocijo de vivir acorde con el rol adjudicado por la vida. Para el psiquiatra, la aspiración no puede ser nunca el ocupar la cabecera de los periódicos ni la obtención de pingues ganancias, no; el beneficio que únicamente reporta es la paz consecuente a la atinada interpretación lograda tras el buceo en el mar del pasado; algo parecido a la reconstrucción de un edificio renqueante.

Recientemente ha saltado a las noticias de prensa que renombrados profesionales se hallan imputados por inadecuados comportamientos, por conductas impropias -humanas por otra parte-, porque cuando alguien confía a otro su intimidad, hace entrega de su bien máspreciado, por lo que la traición a esa entrega es de los mayores agravios que una persona puede recibir. Que una persona te permita penetrar en los entresijos donde celosamente se guardan los secretos máspreciados, es de los regalos más excelsos que se pueden recibir y sería una perversidad que quien es depositario de ese privilegio se considerara equivocadamente superior en relevancia ya que, en ese escenario, no se es más que la representación de relevantes personajes de la vida pasada de quienes se reciben, transferidos, tanto la necesidad de ser querido como la reparación de su descuido, por lo que a nadie le está permitido apropiarse de ventajas que no le pertenecen. El ejercicio de la Psiquiatría, como el de cualquier otra profesión, no implica el disfrute de unos bienes que a la profesión no pertenecen; nada más sencillo para los padres, que abusar de su status y gobernar la vida de los hijos, aunque su función no sea esa sino la de estimularlos hacia el incierto

futuro y en ese empeño hallar el deleite. El psiquiatra debería ser la persona que se ve suficientemente compensada por el acompañamiento de quien en él deposita su intimidad y junto a quien pasea por las sendas de su biografía sin introducir opinión ni juicio alguno, en un proceso en el que únicamente cuenta es el otro. Aún debiendo ser así, no puede olvidarse el hecho de que cualquier obra es gestionada por personas y que, habiendo comentado antes la diferente variedad de conductas producto de infinidad de circunstancias, serían contradictorios los juicios que sobre sus comportamientos se pudieran hacer.

6 LA HISTORIA

Se atribuye a Karl Abraham, discípulo de Freud, el comentario de que los relatos míticos entrañan las aspiraciones de los pueblos primitivos, de la misma forma a como el niño magnifica el poderío de los padres porque, en esto, las sociedades y los individuos tienen un desarrollo similar, siendo ambos dependientes de las condiciones imperantes.

Los imperios, como de las personas, ya han tenido su comentario en la consideración de que ambos siguen cursos semejantes, diferenciándose únicamente en las magnitudes de tiempo, porque en esto lo diverso no reside en la esencia sino en la circunstancia. Creo que los individuos, al igual que las naciones, caminan hacia la uniformidad como nos podemos dar cuenta viendo que las fronteras son más permeables; las distancias, merced al establecimiento de Internet y Google, entre otras invenciones, se han acortado en términos inimaginables hace apenas unos años; los gustos son cada vez más generalizados y los afanes idénticos. Con referencia a este comentario sobre los efectos del paso del tiempo, recuerdo que, en los inicios de la profesión, en los establecimientos psiquiátricos, había una sala llamada “de profundos” poblada de seres que, como el nombre ya lo anticipaba, parecían vegetar en los primeros estadios de la humanidad. Por fortuna eso ha pasado a ser un capítulo superado, lo mismo que creo sucederá con las personas y las naciones con esta imparable tendencia a la homogeneización. Es posible que hasta llegar a la consagración de esta meta se haya de sufrir algún que otro cataclismo, pero parece seguro que ese es el destino, como estimo que la evolución de la Psiquiatría contemplará el final del sufrimiento espiritual expresado en las formas enigmáticas y severas a como lo hizo ayer y aún hoy.

Con el paso de los días, y a la par con la evolución de la humanidad, la región del inconsciente camina hacia un empequeñecimiento en la medida en que los tiempos son más fáciles y las prohibiciones menores, por lo que es de esperar la llegada de un tiempo en que los síntomas aparecerán claros y no precisarán de deducciones para llegar a su entendimiento. Por fortuna los tiempos de los profetas, napoleones y licántropos han pasado a la historia y llegará un momento en que el grado de permisividad sea tan alto y la crianza de los hijos tan libre que la atención psiquiátrica no será requerida.

Actualmente está teniendo lugar un fenómeno nuevo, inesperado, cuál es la invasión de un malvado microorganismo, dicen que un virus. Mi extrañeza ante este hecho tiene sus raíces en la época de estudiante de medicina y más exactamente en las enseñanzas de un chusco profesor de microbiología que, pese a su habitual malhumor, tenía ocasionalmente salidas de pata de banco que provocaban la hilaridad del alumnado, tales como su repetida sentencia: “El coco tiene padre, la bacteria tiene padre y aquí todo dios tiene padre y quien diga que existe la generación espontánea, miente”. Debía haber hecho algún curso en el Instituto Pasteur y gustaba recordar lo que debió ser su etapa gloriosa por lo que seguía al pie de la letra las enseñanzas de los discípulos de Pasteur, padre de la bacteriología. Aparte, ponía especial énfasis en el hecho de que los virus no eran microorganismos visibles con el microscopio simple sino que había que acudir al electrónico, instrumento que, por descontado, no corrían buenos tiempos como para que la facultad lo tuviera, de tal forma que en una clase sucedió que preguntado a un compañero acerca de lo que estaba viendo en el microscopio, respondió que un virus ante el escándalo del catedrático que, con grandes aspavientos, nos requirió a todos a acercarnos burlándose del prodigio presenciado por el infeliz compañero.

Aquél entonces era la época de notable predominio de las bacterias sobre los virus, porque también la patología infecciosa tiene su historia. Hoy estamos en la era de los virus y aunque estos microorganismos no son nuevos, mi sorpresa proviene del hecho de que este, que hoy provoca la inquietud a escala mundial, parece contradecir la sentencia del ocurrente profesor, pues, al parecer, no tiene padre reconocido. El caso es que está ocasionando un sinnúmero de fallecimientos, largas jornadas de confinamiento, un gran desconcierto a la hora de proponer medidas defensivas contra el malvado bicho y, sobre todo, un insuperable pretexto para la permanencia de nuestros ineptos gestores.

Ante este inesperado y desconocido inquilino, las sociedades han respondido de forma diversa, unas tempranamente con el cierre de las fronteras y el confinamiento de sus habitantes y otras negligentemente, retrasando la reacción hasta la conclusión del magno desfile feminista, como es el caso de nuestra desamparada nación, comportamiento que de nuevo pone sobre el tapete el molesto y conocido tema de las comparaciones entre los habitantes de las distintas naciones y que da pie al resurgimiento de nuestro familiar sentimiento de inferioridad, cuando lo mismo que las personas, las naciones, son obra del destino. Si el azar depositara a la raza blanca en suelo africano, su piel oscurecería al cabo de los años hasta volverse color ébano; si la escasez de alimentos no hubiera forzado a la multitud de emigrantes irlandeses a abandonar su tierra, tampoco sus conmovedoras baladas rezumarían la nostalgia por la lejana y añorada patria. El comercio de esclavos no hubiera tenido lugar de no ser por el descubrimiento de extensos territorios que reclamaran mano de obra para su colonización. Allá donde pueda llegar el sentido común, sobran los adjetivos.

Cuando el equipo favorito pierde un partido decisivo a última hora por el lanzamiento de un penalti y posteriormente se ve la repetición, suele aparecer la irracional esperanza de que el portero detenga el balón antes de chocar contra la red o bien que el delantero falle el disparo, en una descabezada maniobra mental que trata de enmendar el roto ocasionado a la pasión, nunca conforme con el revés sufrido. Así suele suceder siempre que se establece una identificación masiva entre la persona y el equipo o entre aquella y la familia, la localidad de origen, la provincia, la nación, el continente y, si hubiera otros mundos, sucedería lo mismo. Esta pasión, que puede nacer tanto del cariño como del desamor, lleva al historiador a emitir juicios acerca del comportamiento de los pueblos, las sociedades y, en definitiva, a enjuiciar el desarrollo de unos eventos sobre los que, como en el ejemplo del penalti, no tienen marcha atrás. En los estudios de historia del bachiller, ¡cuántas veces lamenté la derrota de la Armada Invencible e imaginé que la tempestad no azotaba a la expedición y saliera ésta victoriosa...!

En otro sentido, también recordando los bachilleres textos de historia, en los que el último capítulo se detenía antes de abordar los acontecimientos previos a la contienda civil, me parece hoy un elegante tratamiento del drama que había asolaría nuestra patria, hecho que de haber vivido bajo el gobierno de los actuales políticos, no habrían cesado de descargar la inquina sobre el bando vencedor en el sempiterno empeño de que cuanto sucediera no hubiera tenido lugar y al objeto de que quienes perdieron la contienda resultaran, al fin, victoriosos, lo mismo que en el ejemplo del penalti. Pues bien, cuando se llegaba al capítulo de la Armada Invencible, tenía lugar en mí la misma maniobra intelectual consistente en retorcer los hechos a fin de que

el orgullo herido resultara al fin triunfante. “¡Ah!, si el Marqués de Santa Cruz, de trayectoria siempre victoriosa, no hubiera perecido vísperas de la batalla, ¡vaya si habría bajado los humos a esos petulantes ingleses!” Y, de paso, el curso de la historia habría cambiado. Me hallaba entonces bajo el síndrome del penalti y es que los fervientes deseos buscan cualquier resquicio a fin de resarcirse de las contrariedades.

Igualmente, los tratados sobre historia contienen los mismos prejuicios y apasionamientos que ocupan las relaciones entre las personas e imposibilitan el logro de la ecuanimidad, por otra parte, imposible. La investigación de los hechos históricos y el hallazgo de nuevos datos en perdidos legajos, es labor encomiable, pero no así su enjuiciamiento que, aparte de no necesitar trabajo alguno y estar al alcance de cualquier desaprensivo, es un ejercicio ocioso en el que cada autor, impelido por la necesidad de la simplificación, pone en la cabecera de cada pasaje a una figura como si tras ella no alentara una multitud. Las victorias en las guerras son atribuidas a grandes generales como si hubieran librado las batallas solos, así se dice que un gran militar ganó tal o cual contienda, como si tras ellos no hubiera un ejército librando la batalla, aunque es bien cierto que no es posible nombrar a todos los participantes porque ocurriría entonces lo mismo que sucedió al infeliz estudiante que, al que al ser preguntado en el examen por el topónimo de los habitantes de Salamanca, respondiera asustado: “¿de todos?”

Y de vuelta sobre los pasos, las sociedades, tanto como las personas, están movidas por afanes que el entendimiento humano no alcanza a identificar. La causa de la decadencia de los grandes imperios no se encuentra en la depravación de las costumbres, como habitualmente se tiende a pensar, sino en las mismas leyes que gobiernan la existencia: nacimiento, esplendor y ocaso. El Impero Romano queda fatigado tras haber extendido las calzadas a lo largo del mundo y haber universalizado su idioma y cultura; forzoso era que el agotamiento diera un descanso a tan descomunal esfuerzo. España, tras el descubrimiento del nuevo mundo, queda exhausta, como agotado queda el atleta tras la maratón. En definitiva, mal que nos pese, somos autómatas, marionetas cuyos hilos son movidos por desconocidas manos sin que los habitantes tengamos capacidad alguna para alterar sus designios. Por más que se quiera, los acontecimientos de la historia han de ser considerados tan inevitables como forzosos se han de suponer los comportamientos personales.

Mi generación ha sido generosa en el menosprecio a lo nuestro, movimiento en el que reconozco haber participado en mi época de juventud. Es cierto que la estancia en Londres me ofreció la visión de una sociedad más permisiva, con ingente cantidad de medios como, por ejemplo, cuando la vez que unos vecinos denunciaron la existencia de ratones, al punto vino un vehículo con hombres y medios dispuestos a su exterminio ante mi incredulidad, acostumbrado como estaba a que los gatos se encargaran de la tarea. Pero una cosa es contar con mayor prosperidad y otra que las personas pertenecientes a dicha sociedad sean superiores porque nada hay que no tenga un precedente. La historia no se puede juzgar y menos establecer diferencias entre los habitantes de este prodigioso e ingrato mundo. Aquí, haciendo del dictador el origen de todos los acontecimientos posteriores y precedentes a su llegada, aconteció que, lejos de depositarle en la historia, se le deificó. Y gracias a la inhumación que perpetró el último mandatario, persona de escaso caletre, se volvió a cumplir la ley del penalti fallido, aunque esta vez con engaño completo. El juicio es un alivio provisional, una descarga emocional pero nunca un sustituto del conocimiento basado en la razón.

Los hechos históricos están ahí y ahí permanecerán como quedan los fósiles engastados en la roca como prueba de la existencia de un tiempo pasado. Pues así sucede con la historia. ¿Es frustrante pensar que somos solamente espectadores de cuánto acontece a nuestro alrededor? Seguramente lo sea, pero la historia discurre por derroteros que no tienen en cuenta las decepciones que pueden provocar. No es de extrañar, al mismo tiempo, la humana tendencia a la simplificación como medio para el alivio del malestar. Hay quien piense que esta visión fatalista de la vida induciría a la pasividad, lo que creo sería una falsa conclusión, sino que alguien pruebe a vivir en el abandono y el ocio.

En todo caso, la Psiquiatría debe estar preparada para el acompañamiento por el recorrido biográfico de las personas con independencia de su religión, ideología y nacionalidad porque su propósito ha de ser el conocimiento, nunca el juicio.

Casino de Coyanza

7 EL AMOR. LA PAREJA. LOS HIJOS

Habiendo, como hay, tantos fallidos intentos para definir el amor, no incurriré en el desatino de ensayar otro nuevo, por lo que dedicaré estas letras únicamente a comentar su trascendencia y el trasfondo psicológico que este estado puede implicar. Lo que comúnmente entendemos por amor, o por mejor decir, el enamoramiento, queda plasmado en el embeleso de dos personas, la una por la otra, precedido de horas en las que el pensamiento se halla secuestrado por el objeto de la persona amada. El enamoramiento así entendido es el pasatiempo más eficaz en la vida de los seres, el que más exaltaciones suscita, el ardor que a más temerarios afanes induce y la obsesión que más tiempo ocupa. Es el sentimiento que mueve toda creación artística, el que más bellos oleos crea y, en fin, el que inspira las más sublimes composiciones musicales. Es un verdadero estado de enajenación por cuanto el enamorado, o la enamorada, vive fuera de sí.

Básicamente, hay dos tipos de amor: el galante, cuyo precedente se remonta, según autores a Leonor de Aquitania, y el amor desairado, porque para que el amor alcance las mayores cuotas de sublimidad ha de ser desatendido, tropezar con algún obstáculo insalvable o tener algún componente trágico porque, de lo contrario, desembocaría en la rutina. En la creación artística, Romeo y Julieta, Los Amantes de Teruel o Werter, tienen que salvar obstáculos, para nunca ver cumplidas sus ansias. La fatalidad es lo que confiere a estos personajes resonancia universal. Si las dificultades fueran invencibles, con mayor delectación vivirían su idilio, por lo que se puede deducir que el amor, para ser sublime, ha de ser inalcanzable. Si sus amores hubieran desembocado en la rutina, ni Cio-Cio San, la heroína de Madama Butterfly, ni Mimí de La Bohème hubieran adquirido renombre universal.

En la mitad de la proyección de películas, allá en mi niñez y mocedad,

había un descanso, seguramente debido a que habiendo solo un proyector era inevitable que, entre cambio y cambio de rollo, hubiera un vacío que fuera aprovechado para hacer una visita al ambigú a tomar un refresco. En la vida nada es para siempre, como siempre escampa tras el aguacero, como después de la tempestad regresa el sosiego y tras el afán, el descanso. Pudiera ser que el Autor, pesaroso de tanta cólera y tan desmesurado castigo contenido en las maldiciones: “¡ganarás el pan con el sudor de tu frente y parirás hijos con dolor!”, se apiadara de la infeliz pareja y concediera una tregua con la que engatusar a los estupefactos moradores del vergel perdido a quienes había que compensar con alguna golosina a fin de que no optaran por la inmolación, poniendo así término a la obra de la creación y como sucede en los juicios en los que, llegado un punto de confusión, el juez ordena un receso; así en la vida, las personas encuentran en el enamoramiento, ese misterioso impulso que, despertado en la adolescencia, aísla a los jóvenes para un mejor disfrute de la recién aparecida obsesión, hallando un alivio a los pesados nubarrones que amenazan las esperanzas del futuro. La persona, bajo el influjo de este arrebató tiene la convicción de que, de cumplirse su recién nacida esperanza, hará que el resto del camino no sea en soledad y que con la nueva compañía la vida carecerá de rigores que no sean fácilmente superables. No es la primera vez que al estado del enamoramiento se le califica como el de trastorno mental transitorio y no es para menos porque bajo el influjo de ese estado los enamorados ven al objeto de su pasión a través de un prodigioso filtro en el que quedan ensombrecidos todos aquellos componentes que pudieran empañar el encanto del momento y la esperanza del futuro. El enamoramiento y la razón son incompatibles porque cada componente de los enamorados apenas llega a conocer al objeto de su arrebató ya que en el otro se ve a quien se “necesita” ver.

La vida es como encontrarte metido en un tren que desde el inicio sabes va a descarrilar antes de llegar a la inexistente estación de destino y el amor, el enamoramiento, es el ardid, el reclamo con el que la naturaleza trata de paliar el desconcierto del andar por la ruta; es como si, ante el sinsentido de la existencia, la naturaleza quisiera compensar con un pasatiempo al desconcertado caminante, como los caramelos con los que se trata de aplacar la rabieta del chiquillo; una ilusión comparable a la que experimenta el extraviado en las monótonas dunas del desierto y que, sediento, alucina oasis allá por donde mira; algo así como el recreo para el escolar que rompe el tedio de la clase.

De otro lado, el enamoramiento no es una nueva experiencia, ni tampoco el primer amor; en innumerables boleros se habla de un conocimiento previo, de un presentimiento. En muchas canciones se dice que antes de ver a la persona amada ya era presentida, ya era esperada e incluso ya era amada. Tampoco el primer amor es producto de la suerte y en ello, la naturaleza obra con astucia añadiendo los goces propios de la procreación a los afectivos, disfrazando así los intereses de la continuidad de la especie como aspiraciones pertenecientes al individuo.

Justo es reconocer que, en la mayoría de los casos, una vez descornado el velo de la ensoñación y puesto al descubierto el misterio, la pareja acepta haber sido objeto de un encantamiento y que, de vuelta a la realidad, los enamorados acepten de buen grado cambiar el hechizo por la amistad para embarcarse en la empresa del cuidado de los hijos, renunciando con ello a la fusión con la pareja para conservar la propia individualidad. Parece esta una reducción prosaica del prodigio del amor, omnipresente en todas las artes, pero es el desenlace cabal para el cuidado de la especie.

Pero antes de continuar es indispensable hacer un paréntesis para comentar que, en el proceso de evolución, el individuo pasa por unas etapas, pudiendo en condiciones desfavorables quedar estancado en alguna de ellas. En el nacimiento, la criatura es un cúmulo de necesidades al punto de que bien se podría afirmar que el niño, de conocer algo, sería su propia ansiedad, el resto no existiría. El pecho de la madre no sería sino prolongación de su ser. El niño comienza a conocer el mundo a través de la boca y es por esto por lo que también se llama a este momento como la fase oral del desarrollo. También se la conoce como narcisista, nombre propuesto por Freud basado en el mito de Narciso personaje de la mitología griega que, enamorado de sí, murió ahogado cuando trataba de besar su imagen reflejada en las aguas de las que, se dice, emergió la hermosa flor del narciso.

Aparte de que la teoría psicoanalítica distinga dos tipos de amor: el narcisista, que nunca llega a conocer que quien parece ser el motivo de su atracción es otro distinto e independiente, y el “objetal”, que, por el contrario, distingue que el destinatario de su inclinación es otro con sus peculiaridades. Para andar por casa, podemos distinguir dos modalidades: el amor rutinario y el amor sublime. Al primero pertenecería el amor habitual que, tras el fogueo del enamoramiento, desemboca en la empresa del cuidado de la prole o en su descuido, en la dedicación a otras empresas sustitutivas; al segundo pertenecen los amores de los que se ocupan los grandes relatos de la literatura universal de un final trágico, como si los protagonistas amaran más los obstáculos que se oponen a su realización que la unión con la persona amada. Estos últimos serían los renegados del mandato de la naturaleza que

posiblemente precisan proclamar que su amor está por encima del común de los mortales, por lo que esperan aplazar la unión hasta después que pase la vida. La condición de los grandes amores reside en el fracaso de su realización.

A tenor de los predicamentos de las ministras actuales, podríamos añadir otro tipo de amor, o mejor de desamor, que sería el amor odioso o despechado, basado en el rencor y en el odio al varón, un nuevo descubrimiento de la clase política actual que, ayuna de conocimientos, imparte dogmas con la osadía del majadero.

Tras de la unión comienza el verdadero conocimiento de la pareja en la que cada parte, aún sin querer, trata de imponer al otro las costumbres de procedencia y así comienzan las comparaciones entre los guisos que hacía mamá y los que cocina la suplantadora o entre la virilidad del padre y la pusilanimidad del suplente, tirando cada cual en dirección al mencionado origen. Solamente tras periodos de tira y afloja, se va cayendo en la cuenta de que ningún príncipe galante vendrá a rescatar a ella del ensueño y que ninguna princesa encantada está a la espera del beso liberador. Se caerá entonces en la cuenta de que son dos incautos seducidos por las ceremonias, los trajes, y promesas de un eterno amor que superará la abundancia y la pobreza, la salud y la enfermedad y así entre felicitaciones, parabienes y regalos la vida les introducirá en el despertar y con un poco de mala suerte se verán inmersos en una relación policiaca, en un interrogatorio con culpabilidad previa en el que cada parte propondrá las normas de “cómo deben ser las cosas”. Pudiera suceder que incluso, si los vientos fueran propicios, libres ya de las máscaras, cayeran en la cuenta del papel de comparsa que la vida les ha reservado y se atuvieran a la nueva empresa de la crianza de los hijos, en la que definitivamente sí que podrán emprender el sendero de esa amistad tan finamente descrita en los versos de Khalil Gibran: “Amigo mío, mi senda no es tu senda y, sin embargo, caminamos juntos, tomados de la mano”. Porque es la amistad la que tolera los silencios sin sobresalto.

El ejercicio de la Psiquiatría puede ofrecer una idea acerca de lo que pudiera ser más conveniente para una mejor crianza de los hijos, aunque es lástima que esas posibles enseñanzas no puedan ser llevadas a la práctica pues, como tantas veces he repetido, los padres a su vez están movidos por los vientos del pasado, ya se hallan estructurados y ningún consejo pueden seguir; lo que no impide, pese a todo, que la observación psicológica pueda ofrecer un sentido más cabal de los hechos de la vida. Por ejemplo, con frecuencia se oye afirmar de ciertos padres que son sobreprotectores a la vista de la escrupulosa vigilancia con la que acompañan a la crianza de los hijos. Qué duda cabe que la criatura que accede a la vida, siendo como es menesterosa, precisa de los cuidados necesarios, pero siempre que a un adjetivo se le

antepone la preposición “sobre” se está indicando una alteración, porque cuando las medidas aconsejables, como el abrigo en invierno, superan la finalidad de su cometido, dejan de cumplir su función de forma tal que lo que estaba destinado a ser una prenda protectora se convierte en un peso asfixiante. Tal es el caso de muchos cuidadores cuyo celo aparece a los ojos del mundo digno de admiración cuando, en el fondo, no es más que una sutil forma de dominio y apropiación del destino de los párvulos.

En los inicios de la formación de la pareja la relación que frecuentemente se instala, tras del fugaz intervalo del “contigo pan y cebolla, es la inquisitiva, basada en la sugerencia primero e imposición después, de cómo las cosas han de ser y del “porqué viniste más tarde ayer”. Y es así como subrepticamente se va instaurando la disensión que retira la venda que Cupido había puesto sobre los ojos de los tórtolos. Es la poderosa fuerza de la naturaleza que tras una efímera tregua se abre paso con todo descaro.

Releyendo estas líneas se podría sacar la conclusión de que hay en mí una posición negativa ante la vida y una visión pesimista acerca de las posibilidades de las personas y admito que tal vez sean acertadas tales observaciones. Sin embargo, no me veo enrabiado don mi destino. He tenido días felices, gozado de la amistad y el cariño de muchas personas. La vida ha permitido que muchos de mis anhelos hayan logrado su realización; he viajado y conocido mucho más mundo de lo que hubiera imaginado en mis correrías por las orillas del Esla, he conocido personas nuevas, he reído y divertido, aunque detrás de todo, en un rincón de mi mente siempre ha estado la plataforma del cansino tren y la temprana despedida de mi Paca de quien, pese a todas las diversiones y a todas las novedosas experiencias y aventuras nunca debí haber salido. He vivido divertidísimas situaciones, he reído y gozado; he tenido grandes amigos y en todo aquello, que la seriedad de la vida puede permitir; he gozado de momentos alegres, pero reconozco que en un escondido “rincón del alma”, siempre ha estado presente el andén de la hoy desaparecida estación de mi querida Valencia de Don Juan, de mi Coyanza, de los temerarios pasos por las aristas del castillo y de mi querido Casino que siempre permaneció en mi corazón; también del querido hermano con quien ya no puedo compartir los entrañables recuerdos de nuestra niñez.

Y al final, como en el cuento de Hansel y Gretel, vuelvo a mi casa tras librarme de la bruja de la vida, aunque ya nada sea igual, porque muchos de los personajes de antaño se han deslizado camino adelante de la fábrica de harinas de Ortiz, sin ya tener que subir la pasarela desde la que Manolo Alija y su banda tiraron piedras al tren en una emulación de los asaltos de las películas del oeste. Y, como en el citado cuento, la casita de chocolate y caramelo atrajo el interés de los hermanitos y mío, ignorantes de que era la mansión de la bruja de la vida. Hoy, ya de vuelta, nada de cuanto dejé permanece y me encuentro extraño en un mundo irreconocible en el que mujer y hombre han dejado de ser, si alguna vez lo fueron, amigos de un viaje que incluso al atravesar por paisajes fascinantes, una persistente voz acusa de estar contribuyendo a su degradación; que, al respirar el aire de la campiña, de nuevo esa misma voz insiste en la acusación de que estamos degradando el ambiente y que cada vez que disfrutamos de la comodidad de un viaje sin fatiga la misma testaruda voz nos acusa de estar destruyendo la capa que nos protege de los malignos rayos del sol, por lo que, no importa lo que hagamos, seremos reos de perturbar nuestro planeta. Todos los pasados empeños en mejorar las condiciones de nuestro estar en este mundo, han resultado nefastos, porque siempre está presente la sempiterna lucha entre las pulsiones de vida y muerte, entre Eros y Tánatos, de modo que, cuando la risa cesa, aparece el tormento de la culpa.

Hace unas pocas fechas, en uno de las frecuentes notificaciones que nos dispensan las publicaciones médicas, se anuncia que unos cuantos sabios colegas han llegado al descubrimiento de que en los homosexuales no se ha hallado un gen distintivo para explicar dicha particularidad. ¡Faltaría más! En la genética se han depositado muchas esperanzas de explicación de situaciones vitales que parecen contravenir un orden inexistente. El amor, el cariño, la atracción no se para a sopesar la conveniencia del objeto de su seducción. Por fortuna, han quedado atrás los tiempos en que todo comportamiento debía estar reglado, y hoy a los zurdos ya no se les puede atar la mano izquierda para impedir su uso y estamos más próximos a aceptar que cualquier comportamiento no es en sí condenable o plausible, sino testimonio de la particular evolución de cada cual. Tampoco en este campo, como en ninguno otro, se puede hacer alarde de haber elegido una determinada orientación sexual que, como su opuesta, está determinada por factores ajenos a la decisión personal. Pero sigamos con el amor, aunque el amor puede sentirse entre personas del mismo género, porque la necesidad de amparo, de querer y ser querido es el móvil de la vida.

Impregnadas de esta misma pasión giran las grandes obras literarias que, cuando no tratan de desencuentros, se ocupan del incierto destino de los amantes, cuando no del amor desairado, pero siempre de un anhelo casi

imposible porque a fin de cuentas ¿qué atractivo artístico tienen los amores duraderos, por otra parte, los más deseables, que desembocan mansamente en el mar de la ancianidad? El amor sublime, aquel que ha de consumir sus energías en el enfrentamiento de la invencible adversidad, el que merece ser tema de los más conmovedores relatos no es, sin embargo, aliado de los afanes de la naturaleza, como remeros que movieran sus palas a contrapié. Los sublimes raptos de los héroes de las tragedias son, para el propósito de la naturaleza, verdaderos herejes que conspiran bajo el disimulo de la queja contra un proyecto que no alcanzan quien sabe si por incapacidad. Pero como todo en la vida es ajeno al deseo de las personas, en la farsa que es, ha de haber un hueco para todos, porque todos hemos de tener nuestra oportunidad, hasta los indigentes políticos que aplauden sus propios desahogos a falta del reconocimiento de los demás.

Siempre permanecerá siendo el amor más grande el dedicado a los padres porque el amor por la pareja es una reedición del que un día se sintiera por los progenitores, un subrogado de aquel, del que conserva parecidas características con las que posteriormente se configurará el segundo amor. Y, en este sentido, es poco probable que haya alguien que no haya soñado con ser el Peer Gynt, quien, al cabo de sus muchas correrías, pudo escuchar las dulces palabras de su Solveig: “Pasarán los días y yo te seguiré esperando, porque una vez te prometí que lo haría...”

Casino de Coyanza

8 EL ANDÉN. EL ETERNO RETORNO

Ayer uno de nuestros hijos comentó que estas páginas eran un tanto pesimistas y sé que lo son, pese a que me considero una persona jovial y que, al igual que a todos los hermanos, gusta de la broma, la socarronería y la guasa. Pero a la hora de plasmar en el papel cuanto pienso y de cuantas experiencias he sido testigo, ¿habría de escamotear los pasajes en los que el lado sombrío ha estado presente?

Al cabo, de todas estas páginas llega la hora del recuento comenzando por el hecho de que la redacción del presente escrito fue impulsada por el cumplimiento de unos deseos: el primero, dedicar un cálido homenaje a nuestra querida Valencia de Don Juan, a la Coyanza que nos vio nacer; en segundo lugar, envolver en un interminable abrazo, a la extraordinaria familia en la que el destino me depositó y en tercer lugar, que me sirviera de soporte sobre el que expresar la serenidad que rodea la última parte de la vida, en la que el ejercicio de la Psiquiatría ha sido un regalo sin igual. Me tengo por una persona afortunada porque mis últimos días están rodeados del cariño de nuestros hijos y nietos a quienes mal entiendo porque hablan inglés y con quienes, aprovechando las ventajas de los whatsApps, hablo, veo y siento la ternura de estar presente en sus crecimientos y testigo de sus primeras gracias y monerías. La vida no quiso que al hogar llegara una hija a quien, a veces he echado de menos porque la figuro enamorada de su papá. A cambio, el destino ha traído cuatro: una hija, Ana Mari, procedente del país de los mil lagos; Cristina Adriana, la hija rumana, con quien he pasado las últimas navidades en Australia; María, autora de las portadas de mis libros y verdadera amiga de Javier, y de Isabel, la zamorana que pese al dicho de no “ganarse en una hora”, trajo a Nicolino que, ante mi deleite, grita al verme: ¡yayo! Además, la vida ha sido generosa preservándome de enfermedades y conservado todos los sentidos, hasta el común, espero. Las escasas personas que tienen

conocimiento de estas circunstancias opinan, con intención complaciente, que es el resultado de la sembrera hecha años atrás, a cuyo gentil comentario respondo con una sonrisa de suspicacia, incredulidad y con un disimulado gesto de disgusto porque, aun agradeciendo la amabilidad, en mi interior una vocecilla se abre paso proclamando que nada se puede poseer que no haya sido previamente recibido y que el mérito es una extravagancia intelectual y así doy por zanjada la cuestión afianzado en la explicación de que la fortuna ha sido generosa conmigo. Nada recuerdo haber sembrado por lo que no me corresponde recolectar cosecha alguna y, sin embargo, sé de quienes lo hicieron con sudores y esfuerzos sin ni siquiera recuperar la simiente. En mi opinión estas líneas no rezuman tristeza, aunque sí la nostalgia de quien contempla los días y con ellos los recuerdos, a sus espaldas. Luego, no es la tristeza, es la añoranza propia de quien recrea las páginas del libro de la vida, porque me considero una persona alegre lo que no se contradice con el indiscutible hecho de que la vida, con su final irrevocable, fuerce a derramar unas lágrimas a cada ocasión en que seres queridos nos dejan o ante la ternura que suscita siempre que nuevas criaturas abren sus ojos a la vida. En el mismo funeral de Onésimo, a la salida de la iglesia de San Pedro, despedí también al bueno de Jose Garrido, como antes lo hiciera con el intrépido y noblote Lolo Palacios.

También hubo abundantes momentos para la hilaridad, muchos. En el Casino, eran habituales las partidas de cartas que se prolongaban hasta altas horas de la noche y en las que nunca faltaba el clásico espectador que indefectiblemente se dormía al cabo de unas cuantas manos, lo que dio pie a que los jugadores urdieran la broma siguiente: apagaron todas las luces y siguieron simulando jugar la partida entre voces y comentarios propios hasta que el durmiente despertó y, sintiendo que la partida continuaba, lleno de espanto, comenzó a gritar despavorido en la creencia de haber perdido la vista.

Pues bien, cumplido ya el deseo de ofrecer el sencillo homenaje a mi querida ciudad, de testimoniar mi afectuoso recuerdo a cuantos clientes desfilaron al otro lado del mostrador de nuestro recordado Casino cuyas enseñanzas, unidas a posteriores experiencias, han configurado mi personal sentido de la vida y después de exponer algunos rasgos biográficos que sustentaran mis convicciones acerca de la existencia, junto a alguna de las experiencias que el ejercicio de la especialidad me ha deparado y, finalmente, una vez dejado constancia de mi indecible devoción a la espléndida familia en la que la fortuna me situó, a mis amados padres y hermanos, estoy presto a acometer el capítulo final.

A lo largo de este escrito he prestado alguna atención acerca de la

particular significación que el sufrimiento tiene para la especialidad psiquiátrica, netamente diferenciada del sentido que tiene para la medicina del cuerpo y así, he resaltado los desacuerdos que hay entre ambas facetas de la medicina, la física y la espiritual, razón por la cual la terminología empleada sea distinta en la una y la otra. Pese a que en la persona se hallen integradas estas dos esferas, la psíquica y la somática y que la división sea debida a la incapacidad humana de integrar esta dualidad en la unidad que es el ser, es por lo que resulta inevitable considerar a la persona dividida en partes de forma que lo que vale para la medicina física no es aplicable a la medicina espiritual.

En este recordatorio, aparte de las personas mencionadas, quiero citar a otras, a José Ortego, que no teniendo obligación alguna para conmigo, me hizo el regalo de su elegante y considerada amistad en los días difíciles y que, discretamente, acudió de propia iniciativa a Valladolid. También, a un nuevo hermano, Nino, compañero las fatigosas jornadas de mostrador y que por aquellas difíciles fechas tuvo la delicadeza de dejarme su Vespa en la que, junto al perrillo, iba a nadar al río. Como en esto de los agradecimientos no encuentro la forma de terminar, quiero dejar una cariñosa mención a los muchos y buenos amigos que me acompañaron en aquellos felices años de mi estancia en León, mi tierra, tanto como a los inmejorables compañeros y colegas de Santa Isabel.

En este breve recuento deseo, también, hacer hincapié en la obvia circunstancia de que la persona nunca está sola, nace de una madre y su vida discurre en un continuo diálogo interno lo cual no se puede perder de vista a la hora de intentar su conocimiento; de hecho, para la especialidad que me ha tocado en suerte ejercer, tener presente esta realidad es esencial para el entendimiento de los síntomas que encaminan a la persona hacia la consulta del psiquiatra.

Igualmente, he querido detenerme en la distinción entre las dos formas de sufrimiento, físico o espiritual, resaltando que la Psiquiatría se ocupa de un padecimiento distinto al que atiende la medicina física. Por ejemplo, una persona puede acudir al médico de medicina interna con relativa independencia de cual haya sido su pasado, cosa evidente en los cuadros infecciosos dónde hay un agente que de forma arbitraria intenta invadir el organismo del infectado; contrariamente, el sufrimiento espiritual es un fardo que camina con la persona como formando parte de ella, durante todo su recorrido biográfico. El sufrimiento psíquico hiende sus raíces en los primeros días de la vida, acompaña a la persona a lo largo de las jornadas de su existencia al punto que si fuera posible su completa erradicación dejaríamos al portador irreconocible, como siendo otro, tal cual si le fuera

amputada una parte de sí mismo, algo semejante al caso de una pareja en la que, pasados los días de la luna de miel, encontrara en el acompañante rasgos que prefiriera cambiar porque, aun siendo ello posible, dejaría de ser, él o ella, la persona que un día suscitara tanta atracción.

A lo largo de estos párrafos he hecho mención de lo comprometido que resulta comprender lo que con tanto celo se busca y es de tan difícil entendimiento para la persona, sumida como está entre tanta incertidumbre y expuesta a tantos riesgos de los que, sin duda, querría librarse, aunque nada puede hacer en favor de su remedio. Me refiero al empeño de lograr la tan cacareada libertad, porque nadie decidió nacer a una vida que tiene por único seguro desenlace la muerte. Es por eso que la existencia es un permanente adiós; ya desde el nacimiento, los días nos van despidiendo de la niñez, de la juventud, de las personas y acontecimientos junto a ellas vividos. De pocos adiestramientos se dispone para contemplar con serenidad cada despedida, pese a que en cada una de ellas, como sucede con los vestidos en el roce con las zarzadoras, que se van quedando jirones y que en cada separación va muriendo algo de nosotros.

Para la Psiquiatría hay términos que tienen una significación precisa, cosa distinta en su empleo coloquial. Por ejemplo, el empleo de términos cuyo uso extendido desentiende su significado preciso, tal es el caso de la palabra estrés que se suele aplicar a las personas cuya actividad no parece tener pausa -a la “desinquietud”-, jocoso síndrome referido por la doctora Baquer- lo que con mayor propiedad debiera ser calificado como de agotamiento, fatiga, cansancio o expresiones similares. Pero el término estrés hace primordialmente referencia a las condiciones en las que tiene lugar la vida de la persona, no a la gran actividad propiamente dicha, puesto que el estrés puede asentarse en la más absoluta inactividad. En el mencionado diálogo que toda persona mantiene consigo, cuando la conciencia moral es excesivamente exigente y somete a la persona a una tiranía insostenible es cuando, con propiedad, se puede hablar de estrés, ya que cualquier movimiento en esas condiciones es un tremendo esfuerzo. De otra forma, tendríamos que considerar a todos los deportistas de élite víctimas del estrés y no es así, como no lo padece el compositor emborrachado por días y noches en la creación artística que lejos de experimentar fatiga, vive momentos de envidiable euforia. Ha de haber algún otro factor añadido para que la actividad sea angustiada.

Asimismo, he comentado que la terapéutica psiquiátrica es muy distinta a la de la medicina física. Así, el estrechamiento de una válvula cardíaca puede hoy, merced a los extraordinarios avances de la cirugía, ser ensanchada consiguiendo así que el flujo de sangre sea mayor y que el paciente se

encuentre incluso aún mejor de lo que nunca había estado; no así ocurre en la medicina espiritual que, limitada en sus aspiraciones, se conformará con que, mediante una mayor consciencia, la persona pueda vivir en una mayor paz interna, libre de los aguijonazos de la conciencia, de la angustia, la tristeza y el abatimiento.

También, me he parado un momento en recordar la división que Freud hace de las instancias psíquicas describiéndolas como Yo, Ello y Superego, descripción fundamental a la hora de entender la formación de los síntomas.

Pues bien, una vez vertidos todos los ingrediente en la alquitara y aplicado el fuego solo me resta esperar a que las gotas de la destilación caigan a través del serpentín (de un serpentín parecido al del Casino que, con mayor frecuencia de lo deseado, se perforaba y que las habilidosas manos de la entrañable familia "Tirillas" volvía a poner en funcionamiento), y pueda recoger el producto final que, en una sola imagen resume la variedad de ingredientes vertidos en la cuba, ¿y qué es lo que tengo?, la imagen que nunca se ha apartado de mi mente: el andén de la modesta estación del pueblo, con el señor Febrero, con su afabilidad y su banderita roja plegada, dispuesto a dar la salida al negligente tren que, a veces, tardaba en obedecer su mandato, aunque para mi infortunio, al final siempre emprendía una marcha que al cabo de las vacaciones me transportaba al destierro. Con la pena en el alma y los ojos húmedos miraba fijamente el andén que, ajeno a mi dolor, se alejaba imperceptiblemente y aunque el tren lo hacía visiblemente, en mi mente podía ralentizar el movimiento y decirme "aún está allí, aún lo puedo ver, apenas hay distancia, podría retroceder", pero de muy mala gana tenía que aceptar que la distancia aumentaba sin cesar y las tenues lucecillas de mi Valencia, difuminada contra el cielo del amanecer, palidecían hasta desaparecer. Tenía que admitir que las personas que más quieres y la mayor parte de mí, quedaban atrás y que al día siguiente me despertaría y estaría solo. Embebido en estos pensamientos cruzaba los interminables campos de Castilla, sin que el andén se apartara de mi pensamiento; no lo hizo en aquellos momentos, ni nunca, ¿cómo lo iba a hacer, si lo era todo?, ¿qué tenía yo que ver con el dormitorio corrido de cien camas en fila de a cuatro? Ya no me despertaría el ronroneo de mi fiel gatita, presta y gozosa siempre de acudir a mis silbidos.

Pues bien, la imagen del andén ha quedado tan grabada en mi mente que ha pasado a ser para mí el símbolo de mi viaje por la vida, la respuesta a mis interrogantes acerca de la existencia. Posteriormente, siempre que mis pensamientos llevaban a preguntarme por el sentido de la vida aparecía la imagen de aquel andén a manera de respuesta, como si de una adivinanza se tratara, como si un geniecillo quisiera decirme: "eres tonto, no te lo puedo poner más claro", pero arrancado del sitio de mis amores, no podía descifrar

el mensaje que la imagen del andén me enviaba, como tampoco pude entender la necesidad de aquel viaje que, separándome de mi propia vida, no podía conducir a ningún buen lugar, de ahí que siempre me sentiría extraño allá donde fuera.

Pasaron los años y con ellos vinieron los cambios a nuevos escenarios sin que ellos ayudaran a desentrañar el enigma; seguramente era temprano para resolver el jeroglífico, se necesitarían la suma de nuevas experiencias. Los frailes del colegio, otros desterrados, como yo, en nada podían ayudar a la resolución de la adivinanza. Después la universidad, la facultad más tarde, la sala de disección con unos preparados de formol a quienes preguntaba “¿cómo es que has venido a parar aquí?”, pregunta que me hacía en las inhospitas jornadas de las míseras pensiones vallisoletanas. Por fin, la irrupción del paraíso “Peña Retama” y con ella el advenimiento de una época dichosa, razón por la que la pregunta sobre el sentido de la existencia quedaría aplazada durante todo el tiempo que estuve en Madrid y que se prolongaría en los años sucesivos, aunque siempre, como de soslayo, la imagen del andén aparecería en mis pensamientos, ocurriéndome con el enigma algo parecido a aquél que acudió a la consulta del psiquiatra porque se orinaba durante el sueño hasta que, pasado un tiempo y ser preguntado por el beneficio del seguimiento psiquiátrico, dándose por sentado que el síntoma habría desaparecido, replicó que seguía mojando el lecho pero que ya no pasaba mal rato a causa de ello.

Pasaron los días, llegó el matrimonio y con él los hijos cuyas entradas en la vida fueron los eventos de mayor emoción jamás sentida, el milagro de la vida, la aparición de nuevos huéspedes en el hogar, criaturas a tu merced que solo esperan de ti la complacencia de tu mirada. Fueron años de resarcimiento por todas las fechas de incertidumbre y desconcierto vividas, hasta llegar a hoy cuando, cercano ya el final del trayecto, puedo encarar la imagen del andén con serenidad y estar cercano a descifrar su misterio.

La impasibilidad es el término que más acertadamente podría expresar mi estado en este último tramo. En mi última vuelta de Australia, las amistades comentaban los atroces incendios habidos, profusamente difundidos por televisión y de los que no tenía noticia debido a la vida de aislamiento en que discurre el día a día de allá, como tampoco se suele tener idea de que aquella nación sobrepasa en extensión a Europa entera. Eso es cuanto me ocurre con los acontecimientos de la vida diaria porque mi mente habita preferentemente en el pasado. Cuando murió la gran Nati Mistral, a quien vi actuar en el primero de cuantos espectáculos me llevó el hermano, en la función “Te Espero en Eslava”, junto al no menos grande Tony Leblanc, en el teatro Calderón de Valladolid, me di cuenta de que también comenzaría a hacerlo

la generación precedente. Así me sucedió cuando se fue la “Señora” de la escena, y de la vida, María Dolores Pradera. Menor impacto me causó el adiós de Chavela Vargas, la voz en las muchas horas de Peña Retama, bien porque su marcha hacía años que era presentida dada su agitada existencia. Pero tuvo que ser, no obstante, el adiós del cantante y poeta Alberto Cortez el que certificó la proximidad del colofón de mi viaje, aunque hasta que ese momento llegue, todos los recuerdos seguirán guardados “en un rincón del alma”

Sin darme cuenta, la vida me fue introduciendo en medio de una sociedad extraña de forma que yo, que había vivido junto a la familia los días de penuria y del empeño en salir de ella, me sorprendían las justas protestas de quienes venían pisando los talones, hasta que se impuso la reflexión: “¡no te sorprendas, tu obraste igual!”, ponía término a mis incipientes quejas. Igualmente, los repetidos slogans de que “el hombre es el destructor del planeta”, “autor de que muchas de las especies se hallen en trance de extinción”, “el hombre es el más letal de los depredadores, responsable del cambio climático” y otras tantas lindezas que a punto estuvieran de temer ponerme ante el espejo hasta que, nuevamente la reflexión vino a poner orden, recapacitando que siempre el mundo ha sido así, que los de atrás, la nueva generación, viene empujando para hacerse con el sitio que ocupas y del que, a tu vez, desalojaste a otro, porque así es la vida: un reemplazo de los que llegan por los que se van.

Este alocado desvelo por el riesgo del planeta se complementa con la obsesiva ocupación en la salud personal de forma tal que, a falta de otros spots publicitarios, los productos para farmacéuticos invaden los espacios de publicidad con las promesas de siempre, “te crecerá el pelo”, “borrará las arrugas de la piel”, “mantendrá jóvenes tus articulaciones”, “activará tu sistema inmune” y así un largo etcétera hasta desembocar en los productos de última generación: píldoras y ungüentos “antiedad”, que detendrán el paso del tiempo; anhelos todos que en mis tiempos se solventaban en los púlpitos, confesionarios, penitencias, indulgencias plenarias, primeros viernes de mes y adoraciones nocturnas. El discurrir de los tiempos ha traído estas modas indicativas de que la esperanza no está del todo depositada en la vida después de esta vida, sino que se pretende apurar el presente, seguramente por aquello de “más vale pájaro en mano...”. En todo caso, si las reflexiones de Séneca, nuestro cordobés insigne, pudieran llevarse a la práctica, cosa como he dicho imposible, animaría a la persona a sustituir el horror del paso del tiempo por su aceptación y un plácido caminar por la senda de la senectud.

Doy por bien idos los pasados días y en modo alguno quisiera volver

sobre los tiempos del bachiller y tener que entender el significado de la malsonante palabra sintagma y los continuos cambios en la nominación de las naciones que hacen del atlas, un lugar al que, si no hay otro remedio, me acerco con la desconfianza de no hallarlo en la misma disposición que lo dejara el día anterior. Tampoco me vería en la precisión de sustituir las Ciencias Cosmológicas, de la academia de don Marcelo, por el actual Conocimiento del Medio. Pertenezco a la generación del acento y me sigue sonando extraña la tilde. Vivo en un tiempo que apenas es ya mío, en el que la altivez viene reemplazando a la ancestral sumisión en la que todo acaecimiento era acatado como un designio del Altísimo en consideración a quien era únicamente capaz de escribir recto con renglones torcidos. Así, escucho con asombro la noticia de que tal o cual persona, luchó bravamente contra la enfermedad y que no se doblegó, que la plantó batalla y nunca se dio por vencida. Oigo estos testimonios con sorprendente admiración porque en un tiempo en el que las guerras, las masacres, los ingentes movimientos de población, cargados de incertidumbre y miseria, asolaron la tierra no ha mucho, han dejado de tener presencia en mi tiempo, por lo que me sorprende oír hablar de lucha cuando entonces solamente se hablara de esperanza. Lo que creíamos sólido cimiento religioso, hoy no puede impedir que se filtre el ocurrente comentario de que el Espíritu Santo se ha debido equivocar al señalar con su lengua de fuego la testa del nuevo pontífice. Claro es que todo en la vida es cambio y ese cambio comenzó cuando, para poner al alcance del entendimiento de los feligreses la letanía religiosa, se desterró la versión latina con lo que, si bien se consiguió el objetivo, desapareció uno de los elementos básicos de toda creencia: el misterio. Ocurre algo similar a la atracción física que es fuerte cuando los cuerpos aún conservan alguna vestimenta y aún se puede imaginar el contenido pero que una vez desnudo ya no queda espacio para la conjetura, igual que el regalo aún empaquetado que pierde el misterio una vez libre. Algo semejante también sucede con las incertidumbres del amor que una vez complacido pierde el sin vivir que, en las vísperas, ocupara tantos raptos. A lo visto, es claro que no se puede repicar y estar en la procesión a un mismo tiempo.

Como cuando ya, de vuelta a casa, va enmudeciendo el bullicio y los ecos de la verbena llegan lejanos, así de debilitados se me acercan los rumores de la vida cotidiana conforme el tiempo me distancia de ella, haciendo que la indiferencia sustituya a un interés que apenas hace unas fechas moraba en mi espíritu. Hay expresiones como, por ejemplo, “sostenible”, generosamente empleada por los destarifados políticos, cuyo significado se me escapa, porque es una expresión que, tomada como sinónimo de levantado o erecto, bien se ve que el transcurso de las fechas trunca tan loables intenciones. Muchas son las cosas que me sorprenden, como la grande difusión de los tatuajes, reservados en mis años jóvenes a legionarios y navegantes y que me

siguen pareciendo profanaciones del hermosísimo revestimiento con el que aparecemos a la vida y que a lo largo de ella, y a su través, acostumbra a llorar el alma en forma de eczemas, psoriasis y el resto de dermatitis. Y para más abundar en mi asombro, leo y oigo el singular vocablo “resiliencia”, que no es sino el falso descubrimiento de un tecnicismo inútil y mal sonante que alguien ha querido incorporar a la jerga psicológica para significar lo que ya el idioma español poseía con más que sobradas expresiones; no se explica que Cervantes pudiera escribir sin contar con su ayuda porque a estas alturas estaríamos hablando del “resiliente” don Quijote, salido con mayor empeño aún de cuantos fracasados lances le proponía su delirante imaginación.

Cada día trae su afán y cada época el suyo. Mientras las naciones están a la espera de diluirse en sociedades más amplias, nuestra pobre patria se afana en modificar el resultado de nuestra dolorosa contienda civil; incluso compositores musicales, antaño largamente celebrados, como Jesús Guridi, autor, entre otras muchas composiciones, de las Diez Melodías Vascas y de las Seis Canciones Castellanas, inexplicablemente parece haber sido excluido de los repertorios. Tal vez a la misma corriente de revisión obedezca el hecho de que la antaño celebrada zarzuela Katuska esté desaparecida del catálogo zarzuelista. Son los tiempos.

Conforme se iban consumiendo las fechas del calendario aparecía, no ya incipiente como en los primeros días sino fortalecida y razonada, la aversión acerca de las comparaciones y las sentencias, que ambas a la postre son una misma cosa. A través de la confrontación se abre paso el afán de dominio; es un alivio del sentimiento de inferioridad e impotencia que acompaña al género humano desde los albores, solamente dulcificado por el grado de atención y protagonismo disfrutado al amor de los padres. Por lo demás, difícilmente se concibe una sociedad sin leyes y castigos a sus transgresores lo que no impide aceptar que las legislaciones contengan un elevado grado de artificialidad, y no digamos nada acerca de las personas encargadas de su aplicación. Hay un claro ejemplo en el que la legislación aplicada al consumo de sustancias adictivas se muestra plenamente injustificada y aberrante y como argumentos precursores están todos los vaivenes acaecidos en torno a la implantación y posterior abolición de la Ley Seca en los Estados Unidos. La vida es comparable al ascenso al monte Everest al que hay quien puede acceder sin el auxilio de oxígeno, con variables tiempos de aclimatación, aunque todos equipados de ropas especiales y materiales modernos, amén de con un abnegado equipo de sherpas y es que la escalada, como la vida, está llena de dificultades y riesgos causantes de no pocas tragedias. Pues bien, también para la travesía de la vida es preciso un adecuado equipamiento que no a todos se les proporciona. Los hay que se auxilian de un apego obsesivo al trabajo, hay los que precisan de unas copichuelas para afrontar la empinada

senda, hay los para quienes las obsesiones son procedimientos menos malos para acometer la ardua tarea, sin mencionar a aquellos que hallan en los delirios el único refugio a tan intolerable realidad. Así sucede con el tema de la drogodependencia, a la que las naciones responden con medidas coactivas de cuya finalidad no se sabe si son tendentes al abordaje del tema o a su incitación; una nefanda versión de la comedia de “Guardias y Ladrones”, aunque sin la amabilidad y candidez de la celebrada película del neorrealismo italiano.

Tal vez siempre haya sucedido lo mismo, aunque en estos días, debido al sensacional progreso de las comunicaciones, tenemos noticia puntual del comportamiento de los personajes rectores con una prontitud antes reservada a su estrecho círculo, el caso es que ahora no hay día en que los noticiarios no se abran con nuevos escándalos, desfalcos y latrocinios llevados a cabo sin el menor pudor, aunque sí con generosas asignaciones. Los dirigentes políticos nombran a familiares, amigos y compañeros de partido para ocupar cargos públicos, consejerías de grandes empresas y medios públicos de comunicación, sin otros méritos que los arbitrarios de ser parientes, amigos, camaradas o amantes. Repito que tal vez las cosas siempre fueran así y no llegaran a mi conocimiento salvo en forma de rumores a los que se asignaba la credibilidad que cada cual quisiera, pero hoy el dirigente es capaz de copiar la tesis doctoral con todo desparpajo que hasta llega a parecernos lógico porque la clase política inicia su “carrera” en las aulas de sus partidos y así van ascendiendo por los méritos desplegados en el halago, el aplauso y la zalamería. Parece fallar aquí la teoría de Charles Darwin que predica la supervivencia de los más capacitados.

Tampoco sería justa la crítica a estos indigentes gobernantes pues todas las personas habremos de tener alguna ocasión de protagonismo y esta parece ser la forma que la vida tiene de igualar las oportunidades sin recurrir al comunismo. Aun así, ¡no!, no es así como Paca y Onésimo nos educaron con su ejemplo, de ahí mi fundamentado asombro.

También, ha sido comentado que el proceder psiquiátrico no está supeditado a las normas morales que rigen el desenvolvimiento social, en razón de que ninguna investigación puede verse afectada por otra consideración que no fuere la propia, que en el caso de la Psiquiatría es la de desbrozar el desarrollo del individuo de las injerencias que determinaron su servidumbre a ellas, con el consiguiente desvío del que hubiera podido ser el desarrollo espontáneo. En la intimidad de las sesiones ha de reinar, sobre todo, la libertad de expresión. Y, consecuencia del comentario anterior, cualquier juicio vertido en el marco de la relación médico-cliente sería tan disparatado como entonar el “feliz, feliz en tu día” en un funeral. Además, el

juicio acaba siendo un adjetivo, una forma de calificar una conducta que nunca ha sido deliberadamente buscada.

Por todas estas consideraciones, en la terminología psiquiátrica muchas de las expresiones de la relación diaria, como las que hacen referencia a la moral, a la ética, a la religión y a las costumbres, están de sobra. En el ámbito de la consulta es de trascendental importancia la clara diferenciación entre causa y culpa que, de lo contrario, se continuaría la labor de la vida que en el pasado contribuyó a llenar de culpabilidad a quien acude a ser atendido. Si no hay bien ni mal, si no es posible hablar de libertad, tampoco podremos establecer juicio alguno, ni podremos hablar de culpa con lo que, siguiendo esta cadena de razonamiento, menos se podrá hablar de culpa, remordimiento y perdón puesto que nada ha sido hecho de forma voluntaria y que todo lo acontecido es producto del azar, de la fatalidad.

Pertenezco a la generación del “tienes que”, “hay que” y de nada vale la consideración de que el extraordinario esfuerzo, antaño inevitable, haya quedado obsoleto, como el arado manual de los campos; la conciencia ha quedado impregnada de aquellos heroicos días y sigue ejerciendo su infatigable influjo. Llegados a este punto, la enseñanza debería ser aquella que moderando, al menos, el sentido del deber, (¿a qué obligación hay que sujetar a quien no viene a la vida por gusto propio?), se consagre a la empresa de estimular la curiosidad, suscitando el gusto por el aprendizaje. El buen maestro, teniendo inevitablemente una representación de figura paterna o materna, tiene en sus manos algo más importante que la transmisión de conocimiento cual es la continuación de la buena labor iniciada por los padres o bien, si fuera posible, la reparación de su precariedad o usencia. Como consecuencia de los orígenes de la humanidad y de la maldición bíblica, está muy arraigado el sentido del deber en la vida de las personas y, por consiguiente, en la educación. Por fortuna, las condiciones han cambiado a mejor y hoy las máquinas sustituyen los esfuerzos que ha pocos años descansaban sobre los hombros de la persona. Los espectaculares movimientos de protesta contra la guerra de Vietnam, entre otros, hablan de una rebelión contra el sentido del deber acerca del cual ya Tomás Iriarte publicara, en la segunda mitad del siglo diez y ocho, la comedia “Hacer que Hacemos”, caricaturizando al atareado personaje que no cesa de agitarse en movimientos infructuosos.

Como advertí ya al comienzo, la profesión que he ejercido tiene por finalidad el esclarecimiento racional de las causas próximas de los sufrimientos, en modo alguno el enjuiciamiento de los mismos. En el fondo de todas las conductas subyace el anhelo universal de ser amado; ambición no privativa de unos cuantos, aunque reflexionando sobre estas actitudes,

particularmente ostensibles en la desenfrenada ambición de que da ejemplo la clase política, pronto se ve la irracionalidad que ellas encierran, pues que por mucho beneficio que llegaran a acumular, un día ha de llegar, más pronto de lo esperado, el irremediable desenlace arrebatando cuantos honores y bienes se acumularon con tan insidiosas maniobras, por lo que dichas adquisiciones no podría nunca justificar una existencia de sobresaltos, argucias y engaños que, finalmente, convierten a las personas, que así se ven forzadas a actuar, en víctimas del torbellino de una vida, en desdichados actores de una farsa.

Por eso que, sobrepasado en mucho los inconvenientes a las ventajas, el saldo final sea poco envidiable, ya que se puede engañar a otros, pero llegada la noche y reposada la cabeza sobre la almohada, no hay truco con que desorientar a esa conciencia, a ese superego, que ni en sueños descansa. En todo caso, lo que subyace en estas actuaciones no es otra pulsión que la ambición, el irrefrenable impulso de la demanda de una notoriedad que cuanto más enmarañado es el camino que lleva a su adquisición mayores son las torturas que se han de sufrir a cambio porque, poniéndose en su lugar, podemos imaginar los tormentos que ocupan sus sueños poblados de pesadillas. Y es que en el ya mencionado diálogo que toda persona sostiene con su censor interno, con la ineludible conciencia moral, por lo menos en sueños, cuando cesa el aturdimiento del frenesí diario y la fatiga pilla indefenso al individuo, se resarce, bien con insomnio bien con horriblas pesadillas, de forma que nadie envidiaría ocupar el lugar de estos infortunados personajes que, desde esta perspectiva, moverían más a la compasión que al reproche por el ingrato papel que la vida ha asignado a estos despistados seres. En la desmesurada ambición se oculta el afán de obtener relevancia ante los demás y en los estratos más profundos del inconsciente palpita la pulsión imperecedera de ser querido, tanto más intensa cuanto menor atención fue dispensada en los inicios de la vida. Así es y así será porque la ausencia del cumplimiento de esta necesidad condenará al niño primero y al adulto después, a buscar la negada atención por otros derroteros y así, por grande que sea la celebridad y el triunfo alcanzado, nunca compensará suficientemente el daño ocasionado por el vacío inicial. Sucede aquí lo mismo que en la crianza y elección de las razas caninas que, siendo que el perro es esencialmente un animal que busca el calor del hombre y su protección a cambio de su inquebrantable lealtad, es impropio determinar que una raza sea, en sí misma, violenta o peligrosa porque, como en las personas, el comportamiento del perro no está sino destinado a complacer al amo, como el del niño a los padres, por lo que cuando ocurre algún percance es consecuencia del torcido comportamiento del dueño, pues que si el animal se sintiera arropado y alentado a convivir con las personas nunca desarrollaría las temidas conductas.

Calificar a una persona de ambiciosa o decir de ella que está movida por el deseo de poder no añade nada al conocimiento de la misma, porque, en verdad, se habla de una fuerza que mueve la vida de todas las personas y que no es más que la manifestación del instinto de conservación encarnado en alguna empresa determinada. Cuando el niño ha sido ciertamente querido y respetado en sus inclinaciones no precisará en adelante de la persecución de artificial notoriedad ni necesitará llamar la atención del mundo porque sus anhelos están ya satisfechos. A esto se reduce el papel de la ambición por lo que cuando el Eclesiastés sentencia “Vanidad de vanidades y todo vanidad” no hace sino pregonar de forma encubierta la pulsión universal de ser querido, o de haberlo sido, aspiración que no habiendo sido atendida en su momento oportuno, se perseguirá a través de vías sustitutorias, como la búsqueda de la riqueza o el poder. Es el irrefrenable impulso que, siendo fácil objeto de descuido y origen del sufrimiento, llevara a Schopenhauer a equiparar la supresión de la aflicción con la negación de “la voluntad de vivir”, como remedio de la aflicción ocasionada por la existencia, cuando el anhelo de ser “uno mismo” fue cercenado. Claro que la pregunta que a continuación se plantea es ¿y cómo se lleva a cabo esta tarea si, como se deduce, la persona es como el polvo que una leve brisa zarandea a su antojo?

Con ello. enlazamos con el tema de la crianza y con los muchos desafueros que, disfrazados de cariñosas expresiones, ocultan las más crueles previsiones que, sigilosamente, van apartando al niño de su sendero natural. Es frecuente, en las películas americanas, oír al padre dirigirse al niño con la expresión de “campeón” con lo que subrepticamente se envía un mensaje “cuanto más te acerques a este patrón más te querré”. Rebautizar al niño de “campeón” es una grosera argucia que, tratando de esquivar la aduana, pasa de contrabando la imposición disfrazada de exaltación. En el mismo nivel de petulancia y falsedad se halla la creencia y glorificación de la persona “hecha a sí misma”, como si de dioses se tratara. Y todo para enaltecer el sentido de un deber que a ningún buen fin conduce.

Es bien cierto que los tiempos pasados, tiempos de escasez, guerras, sufrimiento, y miseria obligaron a la humanidad a un esfuerzo titánico del que se benefician las generaciones presentes por lo que su crítica al pasado sería la mayor ingratitud e infamia que se podría cometer. La tarea de armonizar el pasado con el presente, pasa por la aceptación del hecho de que aquello que fue necesario puede no serlo ya. Solo la consideración del carácter secuencial de la vida puede alejar de la simplificación, de la creencia de que un personaje o un hecho es autor y origen de lo que a continuación acontece. Con frecuencia se mitifica a los grandes pensadores de la cultura helénica aún a sabiendas de que no han sido exclusivamente las ideas las

que han traído la prosperidad que hoy se disfruta, que han tenido que pasar siglos y calamidades para que esas mismas ideas pasaran de la especulación y se concretaran en realidades prácticas a lo largo de una evolución ininterrumpida. De otro lado, no se puede menospreciar la condición paradójica de la vida que explica que toda edificación está precedida de una destrucción, que la mayoría de los bienes que disfrutamos son, en alto grado, consecuencia de la evolución del armamento militar, hecho que, desgraciadamente, mantiene vigente el aforismo romano “Si quieres la paz, prepara la guerra”, de modo que placer y dolor forman inseparables pares antagónicos. El perfeccionamiento de los sistemas de seguridad domésticos ha precisado de la existencia de cacos dispuestos a apropiarse de lo ajeno; tampoco la policía existiría sin la delincuencia, ni el día sin la noche y así.

Estas son las convicciones que el correr de los años se han sedimentado en mí. Al final, mi mente nunca se pudo dispersar en los acontecimientos que en cada momento me tocaba vivir porque siempre permaneció fija la imagen del andén como representación de la esencia, de lo fundamental de la vida, de mi vida, en tal manera que aquellos desolados paisajes vistos al través de la ventanilla del tren empañado su cristal por la lluvia y el vapor, alejado ya del andén que nunca volvería a pisar y cuya imagen ha permanecido indeleble en mi memoria. Sí, la imagen del andén compendia el paraíso perdido del que sin delito alguno fui expulsado; era Paca a quien el dolor me impedía reconocer en la imagen del andén y de quien nunca debí salir. Yo, que fui su amor incondicional, sufrí por su aparente frialdad, por su excesiva entereza, hasta entender que por muchos esfuerzos que hiciera para mostrarse emotiva, su pasado, hija entre once hermanos, no podía jugar al no ha pasado nada. Salvando esto, recuerdo en ella a la madre que sabía de todo y todo lo hacía bien, cocinar, tejer, coser, hacer vestidos y tener un fino sentido del humor. Eché en falta alguna manifestación de flaqueza, de debilidad, de ternura, de algún gesto con el que decir: “hijo, no es que te quiera menos, es que tengo miedo de que sufras y es por ello por lo que repito la letanía del “no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”, “a quien madruga Dios le ayuda”, “por la boca muere el pez” y toda esa sarta de admoniciones que, creías eran garantía de una singladura a resguardo de vientos adversos. Paca era la respuesta al acertijo del andén al que, como la patria para el emigrado, siempre suspiré por regresar. La vida me hurtó la contemplación de su pena por la temprana partida de su niño pequeño que en algún recoveco de su corazón debió tener siempre guardado para sus a solas, aunque en todo tiempo me acompañó la certeza de que, junto a mis hermanos, fuimos el objeto de su vida. En Paca tuve una buena madre y de ella recordamos, los hermanos y yo, su sentencia: "no hay mejor relación que la de uno consigo mismo, llevándose bien". Pero la vida impone su ley y el quebranto de la separación es el ineludible paso a

dar en la loca persecución de un nirvana que para siempre queda atrás y que solamente parece volver en las sombras de la nostalgia. He caminado sin saber adónde ir, con la vista más fija en lo que dejaba que en lo que iba a encontrar. En el año de mi nacimiento, Orson Welles filmó su célebre Ciudadano Kane, la historia de una desmesurada ambición que, en el fondo, solamente encubría el anhelo por la recuperación de un tiempo sin vuelta, personificado en el juguete infantil, Rosebud, un pequeño deslizador de nieve. A esto tan sencillo se reduce la vida de las personas y por ello no puedo dejar de considerar afortunadísima la sentencia que una vez oí al término de un reportaje sobre el retorno a la tierra de emigrantes irlandeses: “Las personas viajan por todo el mundo en busca de lo que necesitan y regresan a casa para encontrarlo” Esta es la esencia de la Psiquiatría, por más que se hayan descrito toda una jerga de nombres, transmisiones nerviosas y píldoras milagrosas capaces de transformar la pesadumbre en contento y el desasosiego en placidez.

El anhelo por el retorno, presente en tantos ejemplos de la naturaleza, motor de la azarosa vuelta de los salmones al origen, de las tortugas al mismo lugar del desove tras el vencimiento de tremendos riesgos, son demostraciones de la existencia de que un enigmático móvil guía a las criaturas hacia sus inicios. En el conmovedor hecho de que el pastor envuelva al huérfano cabritillo, recién nacido, en la piel de la madre, se esconde la realidad de la vida, la querencia del ser vivo a los orígenes. Los celos, la celotipia en términos psiquiátricos, es una malentendida figura que pregona, sin palabras, que la compañera o el compañero, sigue siendo tan infiel como ya lo fuera alguno de sus progenitores y que la persistencia en tan impar compañía no solamente no es irracional porque obedece a la aspiración de que en un nuevo escenario queden finalmente restañadas las lejanas heridas. Son estas, según creo, explicaciones sencillas a la mano de cualquiera sin necesidad de acudir a tecnicismos que nada añaden al entendimiento de hechos tan naturales como son los celos. En este sentido, obran con gran desatino los tratados de autoayuda que, para los casos de pronunciada inseguridad, recomiendan proveerse de una mayor tasa de autoestima como si de comprar cebollas en el mercado se tratase, cuando la estima personal es un legado que otorga, o niega, la vida y que de ninguna otra manera se puede adquirir sino ha sido concedido en los brazos de la madre.

Sobre la imagen de la madre mirando con embeleso a su criatura y sintiéndose con ella una unidad inseparable, un único ser, descansa la elaboración de la pulsión por el incesante anhelo del retorno al lugar adonde la necesidad aún no había hecho su aparición y desde el cual empuja a la persona hacia una actividad una vez salido sin retorno del edén.

En resumen, la vida convencional, aquella que se sostiene sobre las normas de lo que se debe o no se debe hacer, de cómo y cómo no debe ser el comportamiento y las censuras aplicables a los desvíos, es como la torre formada por los naipes de la baraja de la que, si se retira una de las cartas de la base, todo se viene abajo. En el caso que nos ocupa, el edificio se sustenta sobre la existencia de la voluntad, pero que, puesta en tela de juicio, la construcción se viene abajo.

9 EPÍLOGO

Ninguna recomendación encuentro para ofrecer como colofón de las páginas precedentes, pues ya he repetido, tal vez de manera excesivamente machacona, la inutilidad de esa empresa debido al desigual recorrido que para cada criatura es la experiencia de la vida, comparable al mercado de la plaza mayor de Valencia adonde acudían con sus productos, con desigual fortuna, todos los hortelanos del partido menos aquellos que habían perdido previamente sus cosechas. Es la vida el trecho que media entre los cálidos brazos de la primera luz y los gélidos de la muerte. “Por un mundo mejor” es el sempiterno eslogan de toda iniciativa humana, manifestación inequívoca del desencanto inherente a la existencia. Contrariamente a las irracionales expectativas de la juventud, en las que me ví como un mago capaz de “curar” los males de la mente, hoy ya de vuelta sé que la cura es término inadecuado y solo aplicable al proceso sometido a los embutidos y salazones, lo que en modo alguno implica una decepción; por el contrario, el ejercicio de la profesión psiquiátrica ha facilitado no pedir peras al olmo ni buscar naranjas en la mar, a aceptar las cosas tal y como se presentan y, por tanto, a despedir con naturalidad los sueños que sin duda tuvieron la misión de propiciar el nacimiento de la ilusión imprescindible para el emprendimiento de la aventura, del mismo modo a como la chispa detona la explosión de la pólvora que dispara el proyectil. Así es que ninguna conclusión ni sugerencia puedo ofrecer de cómo hacer más llevadero este tránsito, cosa inaudita en los tiempos que corren en los que hay la creencia de que para toda adversidad hay un remedio. Por ello, este ensayo, mezcla de datos biográficos y experiencias asistenciales, no es más que el sumidero donde se vierten las necesidades de expresión de todo aquello que conturba el espíritu.

Así es que las conclusiones de todo el recorrido son obvias, porque más o menos con la misma nitidez, ya se conocen al comienzo de la partida. El pasado, ese profeta del futuro, como así lo sentenciara Lord Byron, se halla en la recóndita memoria de todas las personas gobernando sus actos y su destino, de modo que el azar es quien rige fatalmente las acciones humanas por más que se enjuicie a sus “autores” y se les atribuya alguna capacidad de gestión. El sostenimiento de esta tesis, aparte de estar fundamentada en datos irrefutables de la vida cotidiana (harina de otro costal son las conclusiones que de ellos se deduzcan), tiene consecuencias que pueden ser recibidas como amables y, también, como desesperanzadoras. En el primer grupo encontrarían asilo todos los careos a que los comportamientos fueran sometidos al estricto juicio de la conciencia, con el resultado de que, no siendo ciertamente autores de las acciones, tampoco serían determinantes las sentencias que de ellos pudieran derivarse, con el consiguiente alivio. En el segundo grupo encontrarían alivio las decepciones causadas por la insignificancia de la humana autoría en los comportamientos. De un lado, la paz consiguiente a la aceptación de la escasa resonancia de las humanas acciones y, de otro, la liberación del juicio del censor interno, en mi opinión fundamento de todos los sufrimientos del género humano, porque estar perdido en la selva y encontrarse a merced de la embestida de un hambriento león debe producir insuperable pánico, pero experimentar el mismo pánico sin la presencia del león, como es el caso de los episodios angustiosos que, en las pesadillas, conducen despavorido al niño a la cama de la mamá, es cosa llamativamente distinta.

Al tiempo que esto escribo escucho el tema de Deborah, perteneciente a la, para mí gusto, soberbia película “Erase una vez en América” de Sergio Leone, compuesto por Ennio Morricone, fallecido hace pocas fechas; película y composición a la que accedí por recomendación del entrañable amigo Alfredo, perteneciente al extenso grupo de personas que han contribuido a crear recodos apacibles en el discurso de este turbulento río.

Según estas apreciaciones, si la suerte del individuo se cuece en los brazos de la madre, toda prescripción para una vida en paz sería pedir un imposible como es una amorosa atención de los padres, cuando el tiempo oportuno ya pertenece al pasado; por desgracia, la restauración de los efectos del pasado no pueden ser sintetizados en píldoras que se puedan recetar; todos sabemos que a espaldas de cada persona palpita un pasado fuera del alcance de nuestros propósitos, lo que no desmiente el hecho de que toda persona aspira a reparar en el presente el tiempo no vivido y a resarcirse del daño provocado por su ausencia. La inexistente “fuerza de voluntad” es incapaz de hacer entrega de algo no previamente recibido.

La ciega creencia de haber hallado, en fechas precisas, el origen de acontecimientos previamente calificados, es engañosa, aunque, por otra parte, sea este un proceder inevitable, pues de lo contrario los días de la vida discurrirían en una interminable disquisición. En todo caso, la circunstancia de la inevitabilidad de este proceder no desdice su flagrante falta de rigor. En los frecuentes documentales que versan sobre la segunda guerra mundial todo confluye sobre la figura de Hitler, como si tras el apoyo que disfrutó no hubiera una opinión mayoritaria y unos hechos precedentes, capitalizados por el tratado de Versalles que puso término provisional a la contienda anterior, y así una interminable sucesión de acontecimientos que confluirían en el origen de los tiempos, aunque nunca a conclusiones diferentes de aquellas que adjudican las causas a la propia naturaleza de la existencia.

Los personajes históricos, como el resto de los nacidos, somos marionetas cuyos invisibles hilos están movidos por el destino. La necesidad de simplificación es la que determina la emisión de tan terminantes sentencias. Y no es que el tiempo sea en sí mismo un bien tan preciado que pudiera desdejar la realidad profunda encerrada ya en los versos de Jorge Manrique, cuando glosa que el final de todos los afanes y “señoríos allí van a se acabar y consumir”.

Hay, sin embargo, en física un término, entropía, que se ocupa del estudio del rendimiento de un sistema dinámico y que, más o menos, se refiere a que todo lo que se transforma en calor debido al rozamiento, va en detrimento de la eficacia del sistema. En la vida de las personas, es posible entender cómo la existencia de este mismo principio, aplicado al plano psicológico, propicia el enlentecimiento de las capacidades intelectuales, cuando no su casi completa abolición, como ocurre en los llamados deterioros psicóticos en los que parece haber una cierta pereza a la hora de su ejercicio, como si un invisible tope pusiera freno a su natural desenvolvimiento. Por ello, todo juicio sobre los hechos de la vida no sería sino un desahogo del malestar causado por las condiciones inherentes a ella, nunca un elaborado producto del raciocinio; cualquier manifestación de odio es, en última instancia, un subrogado del malestar de la vida, habida cuenta de que ni la perversidad ni la veneración son patrimonio de persona alguna y sí al adeudo de la propia vida.

Comenzando con la advertencia de que, bajo este punto de vista, no existen las acciones voluntarias y recalando, una vez más, en la irracionalidad de la adjetivación moral, traigo a este párrafo la sentencia gitana que reza: “no quiero a mis hijos con buenos principios” porque lo que parece un comentario jocoso puede que encierre una profunda enseñanza. La urgencia de la vida y el agobio que ocasiona la crianza de los hijos facilita el apremio

para su individuación, con el consiguiente acortamiento del periodo de dependencia, indispensable para un saludable crecimiento. La historia y aún la actualidad están repletos de ejemplos de eminentes figuras del arte, con un pasado de “niños genios” tras de sí, que al paso de los años concluyen sus días en medio de sufrimientos, torturas y adicciones, suspirando por la niñez perdida, porque todo aquello que en su momento no es vivido reclama su resarcimiento. Pero la vida es la que es y aquí no vale elección alguna. Dos empresas distintas no pueden ser atendidas simultáneamente sin menoscabo de una de ellas, de la misma forma que no se puede repicar e ir a la procesión a un tiempo.

Podría tener el atrevimiento de adelantar alguna recomendación con la que alcanzar la ansiada paz interior (que para la psicología es coincidente con el estado de felicidad porque ella transmite una ausencia de lucha entre los sempiternos Yo y Superyo, entre la aspiración y el deber) y de la mano de la osadía, aconsejar que ante todo la persona ha de quererse a sí misma incondicionalmente, seguimiento que sería tan inútil como cuando, desde el púlpito, se alentaba a la conveniencia de que todos fuésemos piadosos, caritativos y buenos. Porque la relación con uno mismo no está regida por decisiones optativas, sino determinada por el inmodificable grado de aceptación que se ha disfrutado en los amaneceres de la vida. Ser, lo que se dice ser, todos somos iguales, no así las circunstancias que han facilitado, o entorpecido, la creación de tensiones que perturban esa paz interna. Por todo ello, la disciplina psiquiátrica, como la arqueología, son solo hábiles para la reconstrucción histórica pero incompetentes para su modificación. Por ello, en vez de consejos, será más provechoso glosar todo aquello que estas disciplinas no pueden ofrecer y que, sin embargo, constituyen falsas creencias y esperanzas ilusorias ampliamente extendidas en el común de las personas y aún entre los propios profesionales.

Yendo a ello, podemos comenzar por despojar de falso significado a muchas palabras corrientemente aplicadas como las de reintegrar, restablecer, restaurar, rehabilitar, devolver y retornar, aunque antes tal vez fuera necesario responder a la siguiente pregunta: ¿es posible que la persona experimente un cambio? De todo cuanto se lleva dicho, de que el pasado es como un carril que obliga al tren a caminar por una obligada ruta, si cada acontecimiento biográfico está predeterminado por sus precedentes, si como se ha dicho la persona, como la historia, tiene un carácter secuencial como los problemas matemáticos en los que cada paso repercute inevitablemente en el siguiente, sería necesario para un cambio algo así como un nuevo motor que alterase la trayectoria biográfica, algo semejante a un milagro que recompusiera el organismo, dotara de un nuevo miembro apto en sustitución del mutilado, algo de naturaleza sobrenatural capaz de modificar el orden natural. En

consideración a esto, ¿cómo se podrá hablar de reintegrar lo que nunca se ha poseído?, ¿cómo de restaurar o rehabilitar lo que nunca ha sido edificado?, ¿cómo retornar al lugar adonde nunca se ha estado? Unamuno en su “Del Sentimiento Trágico de la Vida”, aun dando por hecho que utópicamente se pudieran producir cambios en la personalidad, añade que “a estas personas se les arruinaría la memoria, y solo les quedaría, como substrato de continuidad individual, -ya que no personal-, el organismo físico lo que equivaldría a la muerte para el sujeto que experimentara este cambio”.

Se decía de los sastres que todos aquellos objetos a los que no encontraban aplicación lo guardaban en un cajón a la espera de rendir alguna utilidad. Algo parecido sucede en la disciplina psiquiátrica en la que todo cuanto se ignora, o no se aviene a la corriente científica imperante, es adjudicado al generoso almacén de la genética, como en un reciente titular se difunde que en las drogodependencias no se han hallado factores genéticos determinantes. ¡Vaya descubrimiento! que considera estos estados como si de arbitrarias picaduras de avispa se tratara y que ignora la realidad de que no es posible atravesar el incierto trecho de la vida sin el asidero de una dependencia que para unos será el trabajo, para otros un producto químico, para otros el seguimiento de un orden, como la puntual travesía de Kant a la plaza del lugar. Cualquier agarradero es bueno siempre que permita a la persona la ilusión de habitar en un mundo más amable. Se achaca, de forma despectiva, que para la Psicología cualquier síntoma es una camuflada huida de la realidad lo que, en buena lógica, aunque la intención del comentario sea de menosprecio o censura, no deja de ser una interpretación razonable pues, al cabo, todas las acciones humanas pueden ser entendidas como una evasión de los males de la existencia.

Sobre la atención psiquiátrica basada en la administración de fármacos creo haber expresado mi opinión contraria ya que, obrar así, es procedimiento tan irracional como lo sería para el arqueólogo echar tierra allí donde supone están enterrados los buscados restos de pasadas civilizaciones.

Conscientes de las normas que rigen la vida, no debe sorprender, al menos intelectualmente, la ausencia de equidad en ella. La historia nos alerta de los peligros que encierran los movimientos libertadores que ofrecen equidad para todos, cuando la propia naturaleza se encarga de establecer diferencias, como en los casos de malformaciones congénitas. Ese sempiterno afán salvador está hoy instalado en los temas del sexo y medio ambiente. En ambos, el comportamiento de la sociedad es preferentemente gregario, conduciéndose como antaño lo hiciera la feligresía con las predicas religiosas. Amenazante, el fin del mundo siempre ha estado revoloteando sobre las cabezas de la humanidad de modo que hasta tanto se confirme, se deberá atribuir a la

incertidumbre y menesterosidad ante la vida. Yendo a lo concreto, el primero de los dos movimientos, el que hace referencia a la lucha de sexos, capitaneado por un grupo de despechadas mujeres que han encontrado en el otro sexo la causa de sus calamidades al punto de perder el sentido del ridículo y, aún más, el sentido común; mentes sesudas que, tras muchos y complicados cálculos, han llegado a tan aplastante conclusión. En relación al segundo, más me inclino por el predominio de la acción de unos desahogados personajes dispuestos a medrar a costa de la credulidad de otro nutrido grupo de incautos que, en la pequeñez experimentan la grandiosidad de ser artífices de la restauración de la salud del planeta. En ambos casos no es la naturaleza de la propia existencia donde se hallan las causas, reside en el ancestral sentido de culpabilidad del género humano. Pero, en fin, estas corrientes redentoras carecen del protagonismo que creen tener y deben ser contemplados fuera de la crítica racional ya que pertenecen a la propia evolución de las sociedades de la que son, como todos, meras comparsas formando parte de una misma comunidad arrojada a la vida.

Es más que probable que el paso del tiempo y el acercamiento a la meta hagan que se experimente la actualidad con diferentes ojos que al inicio cuando todo el afán miraba hacia el mañana. Seguramente, entonces, sea a través del cristal del escepticismo que veamos los eventos del presente. También, que la vejez sea la edad en la que, presintiendo el final, el amontonamiento de los recuerdos hagan devaluar la importancia de los acontecimientos del día a día, sin descartar que en el último tramo de la vida se contemplen las cosas con el mismo interés con el que un espectador acude a una representación presionado por el cumplimiento de un ineludible compromiso: que estará más atento al movimiento de las agujas del reloj que a lo que acontece en la escena.

A medida que el pasado va engullendo los días y las perspectivas del futuro se tornan sombrías, es inevitable hacer una comparación entre los tiemposidos y los presentes a los que uno se agarra bien que con muy poca firmeza. En mí, las fechas actuales, comparándolas con las pasadas, son fuente de inagotable extrañeza, de un sentimiento de contrariedad como si una voluntad malévola quisiera convencerme de que lo vivido carece de valor en relación con la moda predominante en la actualidad. Así, las composiciones melódicas de poéticas letras han sido arrinconadas por otras estridentes y recitativas, tal vez para facilitar un aturdimiento liberador de los inconvenientes de la vigilia y que, por contraste, me evocan la Serenata de Drigo, que el amigo Palomo hacía sonar en las dominicales comidas del internado y que despertaban en mí la nostalgia por la familia lejana.

Hubo un momento en que, llevado de la corriente, pretendí incorporarme

al ensalzado movimiento de la progresía y así, adquirí de un golpe los numerosos tomos de la obra "En Busca del Tiempo Perdido" con el resultado de que a la lectura de las páginas que resistió mi voluntad, el libro se me cayó de las manos, no sin antes pasar por momentos de aburrimiento y sopor. El entusiasmo por formar parte de la exquisitez sufrió un ligero quebranto, parecido al que experimenté en posteriores empeños al acometer la lectura de las, por entonces, glamurosas novelas "Trópico de Cáncer" y la "Conjura de los Necios". Fueron andanzas que, si bien me parecieron extraviadas, contribuyeron a aceptar que esos nuevos tiempos tal vez no fueran los míos.

Mas, no del todo convencido de mi criterio y llevado por el espíritu de estar al día (eran los años en los que solapadamente comenzaba el revisionismo), me apunté al cineclub y allí, en ese ambiente intelectualoide, "disfruté" del aburrimiento que me proporcionó la proyección de "Viridiana" y del "Ángel Exterminador", hasta que con "Julieta de los Espíritus" se colmó mi capacidad de incorporación a la nueva ola y me dije: "Si estar en esta ola, comporta tanto tedio y me produce tanto desconcierto, hasta aquí hemos llegado". Rompí el carnet, acepté ser un ignorante y, en adelante, disfrutar de la paz y la genial simplicidad del entrañable John Ford. Porque, finalmente, a las salas de cine iba en busca de diversión, no de sufrimiento.

Y para debilitar aún más mi enflaquecido espíritu "progresista" llegó la experiencia del viaje a Nueva York, y allí me vi arrastrado al museo de arte moderno, al celebrado "MoMa", donde, ya a la misma entrada, me topé con el cuadro, para mi extravagante, del "Guernica", motivo suficiente como para abandonar inmediatamente el santuario de la modernidad, al tiempo que mis vacilaciones eran calmadas por una interior voz amiga que decía: "puede que no sea tan horrible como piensas, puede que tu tiempo esté cambiando; en todo caso, tienes derecho a quedarte con Goya y sus Fusilamientos del Dos de Mayo". Total, que me fui paseando intranquilamente por sus avenidas, porque por aquellos días Nueva York era una ciudad extremadamente peligrosa, hasta llegar al hotel.

Así fue como se inició y concluyó mi incursión en la corriente del progresismo (curioso movimiento que aún persiste y que da por sentado que lo que a él no se abandera es "regresista", palabra que, no hallándose en el diccionario, podría sustituirse por la de inmovilista), bien que ya en aquella época lo menos habitual era la quietud. Finalmente, hube de aceptar que los tiempos discurren ajenos a nuestros gustos y que, por más que los personalicemos, están gobernados por fuerzas ajenas a los deseos. Lo que sí ya se había afianzado en mi es el dogma de que, antes que cualquier corriente, estaba mi persona.

Por lo demás, en mi sentir, esta nueva era se caracteriza por una despiadada, aunque sutil, censura y dirigismo de los comportamientos que solo tuvieron parangón en las admoniciones proclamadas en los púlpitos. Desde los altares de los telediaris, atrevidos personajes conducen al rebaño con atrevidas normas como la de lavarse las manos al menos quince veces al día o no estar a distancia menor de metro y medio del prójimo, espacio que, según parece, es insalvable para el virus de la corona, porque se ha debido observar que siempre que lo intenta, se mata de bruces contra el suelo.

También en esto he de aceptar que los tiempos van por un camino que nada tiene que ver con mis razonamientos y deseos porque, contrariamente a las creencias en las que fui educado, hoy acceden a los cargos dirigentes, no los más capacitados sino los más pusilánimes y con menor grado de inhibición y sentido del ridículo. En todo caso, todos hemos de tener una oportunidad.

Como digo, los tiempos han traído esta sociedad restrictiva y arrogante, que cree saber la mejor receta para el bienestar de sus componentes y aún para la permanencia de la armonía del sistema solar. La culpabilidad, en otro tiempo procedente de la religión es ahora impuesta por la ecología, religión de los nuevos tiempos. Así, cepillarse los dientes con el grifo abierto es un crimen ecológico. Parece ser que en ello la humanidad sigue bajo el sempiterno peso de la culpa, de forma que cualquier nueva ventaja a disfrutar contiene una prohibición. Las bolsas de plástico, que tanta comodidad proporcionan, son instrumentos asesinos de los océanos; los vehículos que permiten salir del escuálido entorno en que no ha muchas fechas estábamos confinados, ocasionan un daño irreversible en la capa de ozono de forma tal que se pronostica una inminente generalización de dermatitis cancerosa y cuadros asmatiformes. El pecado sigue en todo su vigor, solamente ha cambiado su apariencia. Los magníficos reportajes que nos muestran paisajes y animales prodigiosos y que pueden verse en los estupendos televisores de última hornada, finalizan con la amarga sentencia de estar en peligro de extinción y la recriminación de la miseria que vamos a legar a nuestros hijos, tras lo cual no queda otra salida que la penitencia y el confinamiento como antaño se hacía con los retiros espirituales y lazaretos. El arma para combatir el maligno virus de hoy es el de siempre: el hostigamiento de la promiscuidad. Todo ello va a dar la razón a nuestro gran Calderón, cuando por boca de Segismundo afirma que “el mayor pecado del hombre es haber nacido”.

En fin, la modernidad me ha traído, además de cosas estupendas, el tormento de las siglas que, pretendiendo el ahorro de tiempo, llena la memoria de la que uno no está, lo que se dice, sobrado. Además, tiempo es

lo que sobra y prisa ya no se tiene a estas alturas de la vida. Parece irremediable que en un futuro próximo haya una nueva profesión que bien pudiera ser bautizada como la de “siglólogo”, con el mismo derecho que han nacido los politólogos y calentólogos. Como siempre ocurre, a esta generación que conoció el trabajo llevado a cabo con herramientas, sorprende sobremanera la irrupción de tan nuevas profesiones cuyo sentido no se llega a entender del todo, porque el ejercicio de la política, por poner un ejemplo, es una cuestión que no sería más complicada que la organización de una saneada economía familiar.

Los días presentes se caracterizan, además, por el infantilismo y la hipócrita afectación: hay un sinfín de spots publicitarios dirigidos a enseñar el lavado de los dientes, la mejor postura para la lectura y la luz adecuada para alcanzar el sueño, conjunto de enseñanzas tan disparatadas como serían aquellas destinadas a aleccionar a un arroyo a seguir su cauce, o a llorar a un niño ante el desamparo o como si ante el pretendido “calentamiento global” nos sirviéramos de sombrillas o extender enormes capas de plástico negro, en la creencia de que así libraríamos a la tierra de la acción del sol. La absurda censura a los “conguitos” o a películas tales como “Lo que el Viento se llevó”, es otra muestra de la afectación de la sociedad actual que no se sabe bien si está destinada a favorecer la convivencia o al cultivo de la segregación, tal como ocurre en determinadas obsesiones en las que una oculta intención pone en primer plano aquello que se desea, aunque enmascarado en un acto repulsivo.

Será por influjo de la profesión que todo lo contemple a través de su cristal, interpretando así muchos de los chocantes hechos como si de obsesiones se trataran y sintiendo latir en ellos la reminiscencia del pecado y el contagio; es por ello que identifique el hidroalcohol de estas fechas del virus con el agua bendita, las mascarillas con la protección contra la promiscuidad y la realización de test con las confesiones.

La racionalidad no rige la vida que si de otra forma fuera, exigiríamos a nuestros dirigentes una serie de requisitos sin los cuales no podrían ocupar puestos rectores. Entre ellos, sería de obligado cumplimiento haber vivido fuera de nuestra nación sin el socorro de becas políticas, que el mundo no se acaba nuestras fronteras; haber iniciado una empresa y corrido el riesgo consiguiente, saber de la responsabilidad que conlleva soportar nóminas; lo que es contratar y lo que es defender, lo que es representar y no este conjunto de desahogados. Aquí vendría a cuento el dicho de don Quijote: “viendo cuales sean las causas nadie se maravillará de los efectos”.

Muchas son las figuras mediante las cuales se ha tratado de representar la

vida, como la de un viaje en un tren destinado a descarrilar; la cosecha que nunca se ha de recoger; el día de mañana que jamás llegará; el camino que nunca se recorrerá completo... Quien, a pesar de todo, pueda pasar los días con sosiego la valoración de la misma será positiva, pero será vista como nefanda para aquellos sumidos en la tribulación. Ocurre aquí igual que en los mercados: que su duración será corta para quien tiene muchos productos que ofrecer y tediosa para quien carece de medios para adquirir. Así, la evolución que, entre otras novedades, ha traído un considerable alargamiento de la vida, será una adquisición celebrada por unos y desdeñada por otros. En medicina se habla de homeostasis como la capacidad del organismo de mantener sus componentes fluctuando entre estrechas variaciones; de la misma forma, el aparato psíquico trata de reducir las tensiones espirituales, al punto de que bien pudiera ser aceptado que “hay una tendencia de todo lo vivo al retorno a un estado inerte”.

A estas alturas de mi vida, con tantos vendavales y soleados días a mis espaldas, creo pocas cosas me sorprenderían y hasta es posible que todo lo pudiera aceptar sin sobresalto; sería capaz, incluso, de la renuncia a ser español, si no fuera porque en el interior de la idea de mi querida España, de su Valencia de Don Juan, de su Coyanza, del Casino, del Castillo y del Soto, está esperándome Paca, cuyo regazo, la vida nunca debió obligarme a abandonar.

FIN